



DESEARÁS

Erika
Halvorsen

SUDAMERICANA

Erika Halvorsen

Desearás

Sudamericana

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg_

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A los que sienten

*¿Cómo decir este deseo del alma?
Un deseo divino me devora;
Pretendo hablar, pero se rompe y llora
Esto que llevo adentro y no se calma.*

ALFONSINA STORNI

Capítulo 1

Latido

OFELIA

Sentí que el galope de mi corazón iba más rápido que el de Paloma, mi yegua zaina. Estábamos tratando de escapar de algo. No sé de qué. Ni Paloma ni yo lo sabíamos. Las montañas me daban esa sensación de trinchera, de protección, de muro, pero esa mañana necesitaba mirar más lejos, más claro, más blanco. Las mañanas siempre habían sido confusas para mí. El sol de la mañana ponía en duda todo. Incluso lo que había pasado la noche anterior. La diferencia entre el sueño y la vigilia había marcado mi vida. Y mi memoria.

Salí temprano de la casa, tenía que tomar una decisión. Andrés dormía. Eso jamás pasaba. Paloma podía percibir mi intranquilidad. Paloma se parecía a mí, era inquieta y libre. Los Pedersen me la habían regalado para mi primer cumpleaños allí, en la Patagonia, junto al cerro Fitz Roy.

El ritmo de la yegua solía tranquilizarme, algo que también me pasaba cuando grababa mis pensamientos en voz alta. Esa mañana necesité hacer las dos cosas. Galopar, tomar distancia y escucharme.

Dejé a Paloma al pie del cerro y subí caminando. El latido de mi corazón aceleraba mi paso y me llevaba adelante.

Mi cuerpo solía ser como Paloma. Él iba siempre adelante.

Subí sin mirar arriba ni atrás, subí mirando los pies. Eso me había enseñado Andrés, a estar pendiente de cada paso, no mirar el sendero recorrido ni la cumbre, ir paso a paso.

Así nos conocimos. Yo intentaba un viaje de limpieza y sanación luego de una temporada asfixiante en una escuela de meditación. Había escuchado sobre un destino en la provincia de Santa Cruz adonde llegaban escaladores de otras partes del mundo para hacer cumbre en el cerro Fitz Roy. Oí un relato y mi cuerpo vibró. Mi cabeza estaba tan confusa que sólo podía confiar en las señales del cuerpo. Y hacia allí fui.

Andrés fue mi salvador camuflado de guía de montaña; cuando lo tuve enfrente supe que mi cumbre era él.

Llevábamos cuatro años sin salir de ese paraje entre cerros. Cuatro años de aire frío, de piel seca, de caminatas, campamentos. Su familia tenía una estancia y poco a poco aprendí los trabajos y la rutina del campo. Esa rutina me mantenía a salvo: la leña, el pan, rodear. Juntar los huevos, sacar la nieve del camino con una pala. Esperar a Andrés con caldo caliente durante una noche entera de escarcha. Andrés dormía con las botas junto a la cama y perdí la cuenta de las veces que se levantó de madrugada para vigilar que los animales estuviesen bien en plena noche de voladero.

Andrés era mi rescatista, el único que había logrado que, en cuatro años, yo no sintiera ningún tipo de amenaza.

Pero esa mañana la amenaza había llegado. Una carta de mi madre que suplicaba mi presencia en la boda de mi hermana Lucía... “Lucía”. Volver a leer su nombre me erizó por completo. Andrés no entendía lo que me pasaba en el cuerpo cada vez que el recuerdo de mi hermana me sobrevolaba.

Esa mañana tenía que tomar la decisión más difícil de los últimos cuatro años. O de los últimos diez. Hacía siete años que habíamos decidido no vincularnos. Yo le hacía mal a ella. Ella me hacía mal a mí. ¿Por qué juntarnos? ¿Sólo por haber nacido de los mismos padres?

La sangre es tirana. La sangre obliga a que la gente se junte. Mi cuerpo pedía alejarse de ella a la vez que la sangre insistía en reunirnos. La sangre suele ser como un inquilino endeudado que no se quiere ir y molesta.

O quizás le decimos sangre a algo mucho más poderoso: nuestra madre.

Esos pensamientos quedaron impresos en mi grabadorcito la noche anterior. Y no pude dormir. Me molestaba sentir que el poder de ambas dominaba mi cuerpo otra vez. Mi madre quería atraerme y Lucía, como siempre, me rechazaba.

Llegué al final del sendero que Andrés y su familia habían abierto con hacha y pico. Así eran mis días junto al río de las Vueltas. Recorrer huellas, senderos y caminos abiertos por los Pedersen. Una familia silenciosa, una familia que había aprendido a escuchar sin hacer preguntas. Recibían visitantes del mundo sin indagar en su pasado.

El silencio de los Pedersen me mantenía a salvo de mi propia historia. O lo que es mejor, de mi memoria frágil.

Me abrí paso entre lengas y ñires y llegué por fin a la vista abierta. Desde allí podía ver los ventisqueros. Gigantes, blancos, poderosos. Millones de años de hielo movedizo.

Los glaciares tenían un poder magnético e indescifrable. Eternos. Estáticos. Y a la vez, impermanentes. La calma inquieta. Me perturbaba pensar que lo que a simple vista parecía inmóvil estuviese tan lleno de ríos, cuevas, laberintos. Nada estaba quieto. Nunca. Nada está quieto. Ni siquiera yo y mi quietud campesina. Ni siquiera yo y mi primera pareja estable, sana y duradera. Quería congelarme. Congelar el tiempo. Congelar a Andrés mientras dormía.

Quería tallar una vida feliz y familiar en ese hielo. Quedarme para siempre ahí. Inmóvil.

La carta de mi madre comenzaba a abrir una fisura en mi vida helada.

Ni siquiera confiaba en los recuerdos que tenía de mis últimos encuentros

con Lucía.

Abrí mi mochila, tomé de allí mi cantimplora con agua fresca del lago. Cuando bebía agua del lago sentía que el glaciario y yo estábamos hechos de la misma cosa. Algo así me pasaba con mi yegua cuando sentía su sangre caliente aun en inviernos crudos, cuando me sacudía su galopar excitado. Paloma de pronto me llevó a mis ocho años y ese primer galope.

Estábamos en La Soñada, la casa de la playa que mi madre, y el poder de su belleza y persuasión, habían logrado construir. Mi padre ya había muerto. Era nuestro primer verano sin él en esa casa y mi madre se había convertido en un espectro omnipresente.

Lucía y yo estábamos en la cama grande. Mi madre también había querido congelar el tiempo y el espacio. Los almohadones, los acolchados, la decoración se congelaron en esa casa el día que papá murió.

Recuerdo el estampado de los almohadones, que se mimetizaba con el empapelado y la alfombra. Cuando probé LSD recordé algo de esos estampados. Eran lisérgicos.

Mi madre siempre fue una adelantada. La casa de la playa parecía un viaje al futuro en esos tiempos. Las telas, los diseños, nuestra ropa, hasta los cócteles que ella tomaba parecían venidos del futuro. O de lo que en esa época era futuro: sus viajes a Europa y Estados Unidos.

Lucía y yo estábamos cabalgando sobre esos almohadones. Mamá estaba en la galería, o la piscina, no puedo recordar si había alguien más con ella ese día. Siempre se nos llenaba la casa de gente pero yo borraba sus rostros. Sólo me quedan algunas voces. Alguna risa.

El almohadón tenía unos bordes sobresalidos. Las costuras. Como cordones. Nosotras estábamos en bombacha y camisetitas punto smock.

Ese borde, la costura del almohadón, comenzó a hacer fricción en mi entrepierna. Sentí un ardor, raro, desconocido. De pronto me empezó a subir un calor por el ombligo, un nervio, eso era, un nervio eléctrico. Creí que me

estaba haciendo pis porque al nervio lo siguió una humedad. Y mi corazón se aceleró, empecé a hacer sonidos extraños. Lucía, que cabalgaba su almohadón a otro ritmo, más desperejo, me miró asustada.

Me puse blanca, o roja, o las dos cosas. Abrí grande los ojos. Ella me miró con pánico. Mi corazón había empezado a galopar más rápido que mi trote en almohadón. Lucía intentó detenerme, me tomó del brazo y me sacudió.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa, Ofelia? ¡Mamá!

Lucía me zamarreaba y gritaba aterrada.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Me empecé a reír. No podía detener ese cosquilleo. Los pies se me pusieron tiesos. Los dedos. Pero no quería detener el ritmo y empecé a reír a los gritos, gritos que me venían desde el fondo del cuerpo. Desde atrás del ombligo. Gritos de ardor. Calor. Estaba roja. Ahora sí. Me sentía caliente como una brasa. Sentía fiebre de golpe. Y me veía roja en las pupilas de Lucía, que había pasado de los gritos a un llanto frenético.

De pronto, el grito de mamá.

—¡Abran! ¡Abran, chicas!

Lucía había cerrado la puerta con llave. A ella siempre le gustaba encerrarse.

Mamá golpeaba y los golpes se sumaban a mi frenesí, a mi galope, a mis gemidos, a las cosquillas.

Lucía por fin abrió, llorosa, aterrada. De pronto, sonido de vidrios rotos: la copa que traía mamá en la mano se estrelló en el suelo.

—¡Tiene el diablo! ¡Ofelia tiene el diablo! —repetía Lucía. —Se puso toda roja. Los ojos blancos. Temblaba.

Mamá se lanzó encima de mí y me tomó del mentón buscándome la mirada. Me apretó con fuerza la mandíbula, me metió los dedos buscando mi lengua. Yo no entendía qué pasaba. Lucía lloraba y mamá hacía cosas raras. Olía a martini. Sus dedos sabían a martini.

—Es una convulsión —sentenció mamá, condenándome.

Me tomó en brazos cubriéndome con el acolchado lisérgico.

—Ponete algo encima y subí al auto. Vamos a la salita —le dijo a Lucía.

Yo pataleaba, quería explicar que estaba jugando, que había sido lindo, que estaba contenta, que no tenía miedo, que no me sentía el diablo. No tenía palabras para calmar a mamá. No conocía la palabra exacta. Mamá me diagnosticó epiléptica y me medicó sin dudarle.

Conocí el efecto de los barbitúricos el día que tuve mi primer orgasmo. Podría contar mi vida como una sucesión de pastillas. Una pastilla para cada etapa. Siempre una pastilla nueva para probar. Las pastillas que me daba mi madre borraban palabras, imágenes, momentos, pero nada borró ese primer ardor.

Mis ojos seguían clavados en el blanco glaciar que veía a lo lejos.

—La montaña también borra. Borra todo rastro de mar. Como si nunca hubiese existido —dije al micrófono.

El mismo micrófono de ese mismo grabador que me había acompañado la última mitad de mi vida.

—Por fin te encuentro —dijo Andrés, con su voz seca y precisa—. Fue raro no verte en la cama.

Andrés estaba ahí, en el cerro. Nunca supe cómo hacía para oler mis rastros.

—¿Viste lo que se siente? —respondí, con la serenidad que él lograba darme con sólo aparecer.

—¿Te estás vengando por mis madrugones?

—Necesitaba pensar. Tenías razón. Al alba todo se ve más claro.

Andrés tomó la cantimplora de mi mano y bebió un sorbo largo. Estaba sudado. Esa caminata era de las más cortas pero de las más empinadas.

—Ya lo decidí —dije con voz temblorosa.

Andrés me sonrió con piedad. Me sentía una nena indefensa frente a la

transparencia de sus ojos.

—Si te agarra un perro salvaje te come. Estás muerta de miedo. Lo puedo oler.

—Odio tener miedo.

—¿Entonces?

—Vamos a tener que ir. Mamá tiene un poco de razón. Somos grandes.

—Buena decisión.

Andrés me acarició la cabeza como premiándome. Como dándole una recompensa a alguien que acababa de dar un paso al frente con el objetivo de superar un trauma.

—Te va a hacer bien. ¿Preferís ir sola?

Un escalofrío parecido a la muerte me recorrió la espalda.

—No. Vamos juntos o no voy.

Andrés sonrió.

—Yo te defiendo de las fieras.

Andrés enarboló su machete y se adentró en el bosque. Lo miré de espaldas abriéndose paso, cuchillo en mano.

“La fiera soy yo”, pensé.

Capítulo 2

La novia

LUCÍA

Miré a través de la ventana que daba hacia la pérgola y la piscina. Cuando uno mira sin ser visto se vuelve un poco fantasma. Un poco invisible.

Había llegado el día. Mi día. Ese día con el que tanto me había obsesionado, y me sentía ajena. Tanto había esperado ese momento y ahora una parte mía sentía que le estaba sucediendo a otra persona. Me veía disociada, pero no era extraña esa sensación en mí.

Miré el vestido colgado en el respaldo de la silla.

—¿Debería estar emocionada? —pensé.

No sentía nada especial. Sólo extrañeza por estar otra vez ahí. En esa habitación. Con esos muebles. Otra vez mirando por esa misma ventana. Todo se mantenía igual. Intacto. Detenido. Eso me tranquilizaba.

Los golpes en la puerta me trajeron al presente.

—¿Se puede? —preguntó mamá, desde afuera. Y entró de inmediato.

—¿Desde cuándo golpeás? Es tu habitación.

Mamá traía una caja en sus manos. Clavó los ojos en el vestido blanco. No la dejé acompañarme ni opinar en el proceso de diseño y confección. Sabía que eso la tenía mal y sabía que me lo iba a reprochar.

—¿Quién iba a decirlo? —deslizó.

—¿Que me iba a casar con Juan?

—Que tu vestido iba a ser tan poca cosa.

—Juan eligió la tela.

Mi madre prefirió evitar comentarios. Posó la caja sobre la cama y la abrió ansiosa.

—Estaba en el placard de tu hermana. Necesitás algo azul, algo nuevo, algo viejo y algo prestado —dijo encimando todas las palabras para que la mención de mi hermana me pasara inadvertida.

—No creo en supersticiones.

—Deberías empezar a creer.

Mi madre abrió la caja, sacó de allí un alhajero y me mostró una cadenita de la que colgaba un dije con una piedra azul, puntiagudo.

—Viejo, azul y prestado.

—Ni muerta.

—El azul es para la fidelidad. Dicen que tenés que tener algo prestado por una persona que sea feliz como símbolo de felicidad compartida. Ahora somos felices las tres —agregó, insistente.

Preferí hacer silencio. No necesitaba discutirlo. Jamás usaría en mi boda algo que pertenecía a mi hermana.

Mi madre revolvió dentro de la caja y sacó varios carretes de cintas magnéticas. Cada cinta llevaba en su etiqueta el nombre de mi hermana y el año: 1962. Yo sabía perfectamente de qué se trataban.

—¿Por qué no las probamos? Quizás hay algo entretenido para bailar. — Ella insistía sin que le importara mi resistencia. Mi madre no conocía de resistencias.

Aparté las cintas de un manotazo. Ni siquiera sabía cómo habían sobrevivido tantos años. Las dejé sobre la cómoda para ocuparme de ellas en algún momento.

—No tenemos grabador —respondí.

Mi madre le colocó la tapa a la caja. Volvió a tomarla en sus brazos y salió, altanera.

—Hora de mi martini con gin.

Esperé que se fuera para abrir el puño de mi mano. Ella no se había dado cuenta pero yo, además de las cintas, me había quedado con el dije azul.

Busqué rápidamente una tijera. Recordé que la modista me había preparado un costurero de emergencia para la playa, con agujas, hilos, cinta al bies, alfileres. Por fin encontré la tijera.

Volví a las cintas. Sabía que tenía que destruirlas.

—Lucía. —Era la voz de Juan, detrás de mí, siempre en el momento exacto.

Me volví hacia él y lo vi más elegante y sofisticado que nunca. Traje de lino celeste, impecable. Juan parecía siempre recién salido de la foto de campaña de alguna marca de ropa italiana.

Los ángulos de su cara lograban perderme. Llevábamos cuatro años viviendo juntos y todavía no me acostumbraba a su belleza.

Él no me estaba mirando a mí. Miraba las tijeras en mi mano.

—¿Qué hacés? —Su pregunta dejó entrever cierta sospecha.

Intenté desviar su atención, no quería que Juan viese los rollos de cinta. No quería despertar su interés ni su curiosidad.

—Últimos detalles.

—No te habrás arrepentido.

—No te hagas ilusiones.

Juan me tomó del rostro, clavando sus dedos en mis quijadas, y me miró con sus ojos hipnóticos. Le sonreí y lo besé.

—Ya te cacé —le dije.

—No te equivoques. Yo te cacé a vos.

Él tenía siempre la última palabra. Juan me besó con ganas. Hacía tiempo que no me besaba así. De pronto vi que sus ojos estaban abiertos haciendo un

paneo por los detalles de la habitación. Él también estaba dissociado. Como yo.

—No tenías que verlo. Al vestido.

—¿Te pusiste supersticiosa de golpe? Demasiados días con tu madre.

—Era sorpresa.

—¿Te arriesgarías a aparecer sin que yo lo vea antes?

Juan torció la boca en una sonrisa indescifrable y fue hacia el vestido. Lo tomó en sus manos, lo examinó. Yo estaba bastante segura del resultado final, no me importaba la opinión de mi madre, pero sí necesitaba la aprobación de Juan.

—No está mal.

Ese fue su veredicto. Escueto, y hasta podría sonar mezquino, pero eso me gustaba de él. Eso me había atrapado. Su búsqueda de la excelencia. Juan era un exquisito, un perfeccionista, y yo era su mujer. No existía en el mundo mayor halago que ese.

—Ya conozco tus gustos.

—Algo aprendiste. —Su acidez lo volvía tan despreciable como sofisticado.

Juan me acarició el pelo, me miró en detalle. Sabía que buscaba una imperfección, pero yo me había ocupado de estar a la altura de su exigencia. Lo que no podía maquillar era mi intranquilidad. Y sabía que Juan me había descubierto.

—Es tan raro estar acá —dije, adelantándome a alguna pregunta. Yo sabía que él estaba buscando un brillo en mis ojos que yo no podía fingir.

—Vos insististe —respondió acertado y se fue de la habitación.

Yo insistí. Era cierto. Y no sabía por qué había caído en la trampa de mi madre. Ella estaba empeñada en hacer de su soñada casa en la playa un lugar especial. Pero, hasta ahora, La Soñada sólo nos recordaba dolores y pérdidas.

Mi madre tenía el don de traspasarnos sus caprichos. Sembraba sus propios

deseos dentro de nosotras y hasta lograba que los sintiéramos como sueños nuestros. Los trasplantaba. Así fue siempre, sobre todo luego de la muerte de papá.

Mamá se dedicó a vivir a través de sus hijas y hasta su piel se mimetizaba con la nuestra.

Volví a clavar los ojos en el vidrio y fugué mi vista hacia el bosque que se encontraba junto a la casa.

Ese bosque era mi escondite preferido. Allí mi madre, año tras año, nos dejaba los regalos de Reyes.

Imposible no pensar en aquel verano de 1962. El filo puntiagudo del dije azul se incrustó en la palma de mi mano y se me aceleró la respiración. Me recordé agitada, jugando una carrera con mi hermana: competíamos a ver quién encontraba primero los regalos que mamá había escondido. Sabíamos que los Reyes Magos no existían, pero conservábamos la tradición de la búsqueda del tesoro.

Yo tenía diecisiete y mi hermana dieciséis. Ella vio una cinta roja amarrada con un moño a un pino alto. Esa era una señal. Ella la vio primero pero yo fui más rápida, corrí y encontré el primer paquetito. Estaba envuelto en papel plateado. Lo abrí con prisa; quería ser la primera, siempre. Parecía una polvera, era un estuche redondo. Me decepcioné al ver que era un pastillero repleto de píldoras. La que tomaba remedios era ella, no yo.

Mi hermana llegó rápidamente y se enojó al ver que yo había abierto el paquetito, hasta que de pronto vio otro, con papel dorado y un cartelito con su nombre.

—¡Este es el mío! —dijo tomándolo de un manotazo.

—Se equivocó mamá. Yo no soy la enferma —le grité furiosa.

La cajita de mi hermana era igual a la mía. Píldoras para ambas. Píldoras numeradas y organizadas en una ruedita. Regalos idénticos, como siempre. Nos llevábamos un año de diferencia pero nuestra madre nos había hecho caer

en la trampa del mellizazgo.

Arrojé mi blíster de pastillas, la cajita, el papel plateado y corrí hacia la playa, descalza, clavándome la pinocha en la planta de los pies. Mamá nos esperaba en la arena, más cerca de la orilla del mar, orgullosa por la sorpresa que nos había pergeñado.

Llegué furiosa hasta el médano donde estaba mamá tomando sol. A ella le encantaba tomar sol con las tetas al aire. Decía que se sentía libre, salvaje y moderna dejando sus senos sin cubrir. Odiaba las marcas de los trajes de baño en la piel y le encantaba provocar y sentirse una adelantada para la época. Mamá tenía complejo de europea. No había ido tantas veces a ese continente, pero siempre hablaba como si estuviese recién llegada de Europa.

Mi hermana había recogido la cajita de pastillas que tenía mi nombre y mamá prometió que al atardecer, junto a la puesta del sol, nos ocuparíamos de hacer el ritual en el que nos explicaría la utilidad de esas pastillas.

Nos tiramos de panza en la arena, cerca de mamá. Yo estaba ofendida y con bastante mal humor. A mi hermana le habían regalado un grabador de cinta abierta para Navidad y yo parecía estar de más. Ahora sólo se dedicaba a grabarse y escucharse. Mi presencia había dejado de tener sentido.

Un redoble de tambores comenzó a sonar cada vez más cerca. El sonido venía de la playa, e inquietaba. Mi hermana estaba tan concentrada en sus audios que parecía no escuchar nada más, y nuestra madre se había quedado dormida en tetas con la capelina cubriendo su cara.

Los tambores estaban a pasos de nosotras cuando por fin vimos de qué se trataba. Eran dos muchachos, fornidos y sudados. Traían pantalones arremangados por debajo de las rodillas. La tela era clara, lino o arpillera.

Sus torsos desnudos y brillantes parecían aceitados, resbalosos. Mi hermana los miró de lleno, era una mirada distinta, rara.

—No los mires así —susurré incómoda.

—¿Así cómo?

Me asustó descubrir que venían hacia nosotras. Me dio pudor ver a mi madre con los pechos al aire.

Le grité para que reaccionara y se cubriera, pero estaba profundamente dormida. Nuestra madre siempre tomó pastillas y eso le provocaba un sueño imposible de interrumpir. Salté hacia ella y, de un manotazo, cambié la posición de su capelina.

—Está fuerte el sol. Cuidado. Son muy blanquitas —dijo uno de ellos. Su acento era especial, claramente eran uruguayos.

El otro me miró fijo. Sus ojos negros me asustaron. Parecía no tener pupila. Nunca me había sentido tan mirada. Nunca había visto unos ojos tan negros.

Yo traté de no mirarlos. Me ocupé de sostener la capelina de mamá sobre sus pechos para cubrirlos de las miradas de los dos muchachos.

No podía descifrar su edad. Parecían más grandes que nosotras, pero sus pieles gruesas y morenas se veían jóvenes y eternas a la vez.

Mamá despertó y se excusó con los hombres. A veces despertaba enérgica como si hubiese estado pausada, no dormida.

—Descanse, señora. Para eso Dios hizo el verano —dijo el que parecía más grande de los dos.

—Siempre tan sabia la juventud. Así que músicos. Lucía toca muy bien el piano. Cuando gusten pueden pasar por un aperitivo, detrás de esta duna nos encuentran —agregó.

—Mire que le tomamos la palabra —respondió el mismo, el mayor, el más audaz. Ese no era el que me miraba a mí. Ese se había quedado cerca de mi hermana.

—Más lindas que mis hijas no van a encontrar este verano. Apúrense antes de que se me vayan con algún turista —les dijo, ofertándonos.

Mi madre lograba ruborizarnos. A mí particularmente me daba pudor verla y escucharla. Siempre parecía hambrienta, devoraba con sus ojos todo lo que se le cruzara por delante.

—No se asusten. Mis hijas son más serias que yo.

Los morenos eran hermanos y se llamaban Roberto y Enrique.

Vi a mi hermana mirar a Enrique. De pronto reconocí la misma voracidad de mi madre en sus ojos, como un destello que aparecía por primera vez. Como un rasgo familiar que asomaba desde el fondo de su ser. La soledad me invadió al instante. De pronto me había visto extranjera entre mi madre y mi hermana. Ajena, diferente, yo no miraba así. Mi cuerpo no reaccionaba así.

Los morenos se despidieron con la promesa de volver a buscarnos la noche siguiente. Ofrecían una fogata a la orilla del mar y tambores. Mi madre escuchaba la propuesta con una sonrisa y un deseo en los ojos que me incomodaban más.

Me despedí de los cuatro, trepé la duna que separaba nuestra casa de la playa pública y me metí en la ducha.

Decidí esquivar a mi madre y a mi hermana hasta el atardecer. Las espíe desde el mirador, estaban juntas en la pérgola, juntas en la piscina. No paraban de hablar. Seguramente hablaban de ellos. Los hermanos uruguayos habían traído una novedad. A mi madre le encantaba hablar de los varones. Ese verano mi hermana comenzó a parecerse tanto a ella.

Al atardecer mi madre nos llamó para su ritual. La puesta de sol era religiosa en nuestra casa, siempre nos sentábamos a contemplarla mientras comíamos aceitunas y mi madre tomaba martini con gin y limón. Nosotras tomábamos limonada. Ninguna puesta era igual a la otra. El sol parecía una bola de fuego y el cielo se teñía de un color diferente cada vez. Mi madre siempre decía que el sol era ella y el mar era nuestro padre y que en la puesta de sol volvían a encontrarse. Ella lloraba cuando el sol caía en el horizonte y se perdía dentro del mar. Yo trataba de no escucharla. Cerraba mis oídos y sólo me concentraba en la belleza imponente de ese suceso que nos unía todas las tardes.

Mi hermana y yo teníamos cada una su blíster de pastillas sobre el platito

que usábamos para los carozos de las aceitunas.

Cuando el sol comenzó a rozarse con la línea del mar, nuestra madre descorchó el champagne y sirvió las tres copas.

—Tienen que tomarlas todos los días a la misma hora. Veintiún días de corrido, luego se descansa una semana.

—¿Para qué sirven? —preguntó mi hermana.

—Para la libertad. Es el mejor regalo que la ciencia podría darnos a las mujeres. ¡El mejor regalo que podían traerles los Reyes Magos! ¡Ustedes van a poder disfrutar todo lo que mamá no pudo! —exclamó, como siempre, con ajeno entusiasmo.

Nosotras no entendíamos del todo por qué, si eran tan buenas, mamá no podría consumir esas pastillas. Yo tampoco entendía por qué tendría que tomarlas, si la que tomaba remedios era mi hermana.

—No es un remedio, Lucía. ¡Son píldoras para el amor! Para que no se queden con las ganas de nada, para que puedan tener todas las experiencias que quieran hasta elegir al mejor padre para sus hijos.

Mi madre siempre fue una fanática de los descubrimientos de la ciencia, de los remedios, de los químicos. A mí me daban miedo. Mi hermana, sin embargo, miraba la píldora con deseo.

—Este es un secreto entre ustedes y yo. Las hice traer desde Estados Unidos, en España están prohibidas. Son pocos los países de Europa que las están aceptando. —Las palabras de mamá me aterraban. Nos estaba obligando a cometer un delito, a ingerir medicación prohibida.

—Con esta pastillita vas a poder ponerte de novia con Roberto. No tengas miedo —susurró mi hermana antes de tomar su propia dosis.

Preferí no opinar. No me gustaba hablar de varones y no quería hablar de los hermanos morenos. No podía salir del estupor y no podía creer que a Ofelia no le diese miedo tomar esa pastilla prohibida.

—Buenos mozos, los muchachos. Los afroamericanos son los mejores

amantes. Lo llevan en la sangre, son serviciales, nos adoran, nos idolatran. ¿Están listas?

Mamá alzó su copa. Mi hermana se colocó la pastillita en la lengua y yo no pude ser menos. A cada minuto que pasaba me sentía más sola. De pronto mi hermana y mi madre estaban atravesando una raya que me dejaba a mí del otro lado. En algún otro lado donde se quedan las menos valientes, las más temerosas.

—Gocen, hijitas. Acuérdense siempre: la vida está hecha para gozar. No le crean a nadie que les diga lo contrario.

Mamá gritó emocionada por la despedida del sol y eufórica por las copas de martini. Fue así, en ese sencillo acto, siendo vírgenes aún, que mi hermana y yo comenzamos a tomar pastillas anticonceptivas. Pioneras, adelantadas para la época. Nuestra madre decía que era como un diafragma químico. Se excitaba con esa descripción: diafragma químico.

La palabra “diafragma” la conocíamos desde niñas. Nuestra madre andaba con la cajita en la cartera y una vez se la habíamos robado para jugar. No sabíamos lo que era. Parecía una polvera. Lo habíamos masticado, era una goma blandita. Aquel día mamá nos explicó que era un escudo para defenderse de posibles nuevos hermanitos. No lo pudo usar más, se lo habíamos agujereado con los dientes.

Luego vino nuestra primera menstruación, ahí sí nos hizo un ritual de iniciación. Otra puesta de sol en esa misma casa. Nos hizo ofrendar nuestras bombachas al mar. Mamá lloró hablándole a papá y nos metió desnudas en el agua para que papá nos diera su protección y nos bendijera con su agua salada.

Podría contar mi vida como una sucesión de rituales diseñados por mamá. Esas eran sus especialidades: las pastillas y los rituales.

Volví mis ojos al vestido blanco que colgaba de la silla. Un nuevo ritual me acechaba.

Capítulo 3

La Soñada

OFELIA

Andrés no podía entender cómo, si habíamos viajado especialmente para la boda, yo no quería aparecer antes de la ceremonia.

Andrés no podía entender los nervios que me provocaba ver a Lucía después de tantos años. Andrés jamás podría imaginar cómo mi hermana podía afectarme. Yo tampoco podía entender demasiado. Ni siquiera entendía por qué estaba allí, de nuevo, en esa casa, en ese lugar.

La lancha nos dejó en el puerto y allí conseguimos a un lugareño que mi madre había apalabrado para nuestra llegada. Ella era la única que sabía que Andrés y yo apareceríamos en la boda de Lucía. A mamá le gustaban las sorpresas, a mí no, pero ya había accedido a sus súplicas.

Hacía tiempo que no veía a mi madre y a mi hermana. La vida en la montaña me tenía aislada, preservada.

No hablé en todo el camino. Sólo miré a través de la ventanilla. Miré el mar. Miré la arena. Miré el sol. Miré los bosques al costado de la playa. Las dunas. Las casas. Buscaba alguna pista. Todo me resultaba extraño, como si lo hubiese soñado, o peor, como si alguien me hubiese soñado allí. Esa sensación ocupaba casi todos mis recuerdos; desde la infancia, mi memoria estaba repleta de trozos, fragmentos de una película que ni siquiera podía asegurar

haber visto. Una película que imaginé mientras alguien me la contaba. Imágenes sueltas, mal hilvanadas.

—¿Acá te metías al agua cuando eras chica? —Las preguntas de Andrés siempre estaban teñidas por una inocencia cristalina.

—Sí. Supongo —respondí, sin siquiera intentar sonar cristalina.

Volví mis ojos a la arena. Así era mi pasado. Todo parecía escrito en la arena. Huellas frágiles, volátiles y cada tanto un banco de arena movediza que amenazaba con atraparme.

En la historia de Andrés todo era transparente como los lagos de su tierra. Podía contar incluso, y en detalle, la historia de su familia noruega y su llegada al pie del Fitz Roy. Sabía a la perfección lo que había pasado dos generaciones atrás. Yo no podía narrar, sin mojonos, ni un día completo de mi propia vida.

Andrés decía que era mi despiste. Que siempre una parte mía estaba en otro lado. Me molestaba que él me viese así. Lo veía tan presente, tan sólido, tan plantado allí donde estuviese. Él decía que yo era como una hoja llevada por el viento. Como un diente de león, la flor de la achicoria que se vuelve pompa de algodón y vuela por el aire. Yo, a esa misma flor voladora le decía “panadero”; Andrés se reía, no entendía qué tenía que ver el diente de león con un panadero. Se reía de esos inventos de la ciudad.

Lo miré y vi a un niño fascinado con la puesta del sol y el horizonte. Andrés vivía entre montañas. Sus ojos estaban acostumbrados a otro tipo de horizontes.

—Lindo lugar para casarse, ¿no?

Le sonreí y lo tomé fuerte de la mano. Nosotros nunca habíamos hablado de casamiento. Ni yo ni él lo necesitábamos. Tampoco habíamos ido a bodas. Sus padres sí eran casados, pero sus hermanos sólo habían “arrimado pilchas” con mujeres de campos vecinos.

Yo había logrado adaptarme a los Pedersen y hasta mimetizarme con el

entorno. Había domado cada uno de mis impulsos y modismos de ciudad. Me inquietaba que Andrés conociera mi verdad. Mi madre y mi hermana eran tan diferentes a mí, o mejor dicho, a esa versión de mí misma que yo había encontrado en la Patagonia.

Andrés me miró indagándome.

—Vas seria como perro en bote.

Cómo explicarle si ni yo podía entender el miedo que sentía en el cuerpo. Miedo a esa casa. Miedo a Lucía. Miedo a mi madre. Miedo a recordar. Volver a La Soñada era una amenaza. Era una prueba que tenía que atravesar. Como una adicta que se tiene que demostrar a sí misma que ya es fuerte y que nunca más caerá en la destructiva tentación.

Llegamos a la casa. El sol estaba a punto de ponerse. Esa era la señal que daba comienzo a la ceremonia. No existían horarios, la puesta del sol era la única indicación de tiempo. En ese preciso instante comenzaría todo.

Lucía, mi madre y los pocos invitados estaban junto al mar. Era el momento indicado para entrar a la casa sin llamar la atención. Me latía el corazón como si fuese una ladrona. Llevé a Andrés de la mano hasta mi habitación. De pronto la casa parecía haberse encogido. Todo permanecía intacto, inmóvil, pero yo había crecido y mi cuerpo ocupaba más espacio.

Dejamos el equipaje en la habitación y nos acercamos a las ventanas que daban a la galería. Sólo se veía el fuego de unas antorchas, se oía música y se percibían las cabezas del grupo de gente que había asistido a la boda.

Salí de la casa para espiar el ritual, tomé a Andrés de la mano y lo llevé hacia el mirador. Nuestra casa tenía dos miradores en el techo. Desde allí contemplamos la ceremonia, teníamos un palco preferencial. Los invitados formaban un semicírculo y no dejaban ver a los novios; sólo veíamos el vestido blanco de Lucía, y un traje celeste del que sería su marido.

—Ya sé cuál es Carmen. —Andrés acababa de adivinar a mi madre.

Era una boda íntima y colorida. Me alivió sentir que Lucía, mi hermana, por

fin era feliz. Todo estaría bien. Si Lucía estaba en paz, todos estaríamos en paz.

La música comenzó a llegar desde la playa. Lucía era pianista y cantante, claramente sus amigos tenían que ver con su entorno. Mi madre me había contado en sus cartas que Lucía, en los últimos años, se había dedicado profesionalmente a la música, aunque yo no había tenido acceso a su obra. Tampoco sabía si mamá exageraba un poco al decirme que mi hermana se había vuelto famosa, que había sacado un disco y viajaba dando sus conciertos. Nuestra madre siempre tuvo aires de fama. Desde chiquitas nos quería hacer modelar. Siempre creí que mi madre era una modelo frustrada, o una actriz; vivía como una diva del cine de los años cincuenta. Montaba escenas de película, se rodeaba de artistas. Lucía y yo nos habíamos criado entre ricos con aspiraciones artísticas. Todos habían pintado algún cuadro, o publicado algún libro, o estaban trabajando en una próxima novela. Nunca comprobé si esa gente vivía de su arte. Nunca los vi trabajar.

Esos pensamientos me asaltaron mientras veía la puesta en escena a orillas del mar. Estar junto a Andrés me renovaba la mirada. De pronto todo parecía falso, artificial. Mis años en el campo me habían hecho valorar el trabajo verdadero, lo concreto, lo real. En el campo no había tanto espacio para los vericuetos mentales. Caía nieve y había que agarrar la pala y despejar la puerta de la casa para salir. Se escarchaban las tuberías, se mojaba la leña.

Encender el fuego se había convertido en mi deporte favorito. En La Soñada también había chimenea, pero el fuego era muy distinto. Temía recordar las cosas que habían pasado frente a ese fuego.

Los aplausos desde la playa me hicieron volver allí, al presente, mi presente, con Andrés, en ese mirador.

El corazón se me salía por la boca, la panza se me puso dura, me aterraba el encuentro inminente con Lucía.

Le pedí a Andrés que se ocupara de traer a mi madre al interior de la casa.

No quería aparecer de golpe en la fiesta de mi hermana. No quería incomodarla, sorprenderla delante de sus invitados. Quise evitar el golpe de su reacción al verme. O, mejor dicho, preferí ocultar el espanto.

Capítulo 4

La esposa

LUCÍA

“Te va a costar sacarlo”, fue todo lo que le dije a Juan al ponerle el anillo.

Juan era huidizo, disperso, difícil. Eso me había enamorado de él. Me excitaba esa intranquilidad que él me provocaba. Mi desafío era conquistarlo cada día. Mantenerlo entusiasmado. Esa alianza en su dedo era mi triunfo, más que un disco de platino o cualquier premio a mi música.

Juan y yo nos habíamos conocido bailando juntos en un programa de televisión. A mí me había llevado mi madre. Ella creía que era una buena manera de generar contactos en el mundo del espectáculo. Juan era el más atractivo de los hombres. Éramos siete en total, cuatro mujeres y tres varones. Él, por supuesto, había mantenido relaciones con las otras tres participantes, pero finalmente había optado por mí. Ninguna de las otras pudo llegar a ser su novia.

Renunciamos juntos al *staff* del programa y nos dedicamos a mi carrera como solista. Juan había visto en mí un potencial que yo jamás me hubiese atrevido ni a imaginar. Así se convirtió en mi mánager y juntos conformamos una empresa, una sociedad. Cuatro años más tarde, acabábamos de dar el paso que yo más deseaba, unirnos hasta el fin. Hasta que la muerte nos separara.

Juan resguardaba nuestra intimidad. Teníamos pocos amigos. No le gustaba invitar gente a casa. Él decía que había que ser selectivo. Ser demasiado accesible no era conveniente para mi carrera.

Juan era un gladiador negociando mis contratos y con sólo mirarme me convertía en estrella.

Nuestro casamiento no podía ser multitudinario, sólo nuestro entorno artístico, mi madre y unos pocos conocidos del ambiente.

Juan no tenía familia. O, mejor dicho, había dejado de frecuentarla hacía tiempo. No le gustaba hablar de ellos ni le interesaba invitarlos a su vida. A mi madre la soportaba porque tenía negocios con amigos de ella y también porque hacíamos usufructo de su casa de la playa y de un departamento muy cómodo en el que vivíamos en Buenos Aires.

Juan era posesivo y solitario. Imaginaba una vida en la que sólo entráramos él y yo. Su proyecto era que yo dejara de tener acompañamiento en mis canciones. Sólo mi voz y mi piano. Carlos, mi amigo fiel y guitarrista histórico, no se llevaba bien con él, pero yo estaba acostumbrada a nuestro triángulo. A veces hasta llegué a pensar que Carlos amaba a Juan en silencio. No podía culparlo por eso. No existía persona en la tierra que no se sintiese atraída por mi marido.

La ceremonia ya había terminado cuando Carlos me dio el gusto de acompañarme con su guitarra para que juntos le regaláramos a Juan mi tema preferido de Sandro: “Te propongo”.

Lo canté mirando a Juan a los ojos. Los invitados, ya en la galería, con sus tragos en mano, me escucharon con atención. Juan mantuvo una sonrisa torcida e indescifrable. Algo le molestaba, pero era imposible saber qué. Eso también me gustaba de él. Me ponía a prueba todo el tiempo. Me sorprendía con sus reacciones, nunca podría estar segura de cómo complacerlo.

Canté el tema hasta el final y luego del aplauso supe a qué se debía su desaprobación.

—No cantes más. Tenés que cuidar la garganta.

—Es su noche, dejala que se luzca —dijo Carlos, reactivo, por supuesto.

—Te prometo que cuando sienta la voz fatigada me callo —intenté cortar la tensión. Carlos y Juan se sacaban chispas y yo otra vez confirmaba que mi casamiento no le era indiferente.

Carlos arrojó unos nuevos acordes, desafiando las directivas de Juan. Me dio tanta ternura que no lo quise dejar pagando y retomé el canto.

Juan soltó una respiración por la nariz, ese era un gesto conocido, apretaba la sonrisa y exhalaba con un sonido burlón que lo elevaba por encima de quien estuviese enfrente. Era su forma de mofarse. Hasta despreciaba con estilo. Se apartó unos pasos de nosotros, dándonos la espalda, borrándonos del mapa, tomó una copa de champagne y se perdió entre los invitados, inaugurando la pista de baile.

Lo seguí con la mirada. Juan era el hombre más deseado que jamás hubiera conocido. Tardó segundos en tomar de la mano a Clara, una modelo en ascenso que ni sé por qué habíamos invitado a nuestra boda. O sí: Juan había decidido invitar a un grupo de mujeres solas para sus amigos poderosos, empresarios, potenciales socios.

Carlos me miraba indignado y yo no podía dejar de mirar cómo Juan coqueteaba con Clara. Era un seductor nato. No podía evitarlo.

Juan bailaba y se convertía en centro de atención. No era divertido ni gracioso, nunca perdía su elegancia, sus movimientos eran calculados y sugerentes. Es difícil ver a un hombre que al moverse mantenga su virilidad.

Clara estaba bebiendo un bloody mary y no supo seguirle el ritmo a Juan. Disfruté al ver que el trago de tomate se derramaba manchando la camisa de mi flamante esposo. El líquido se esparció como dibujando una herida sangrante y una parte mía se alivió al verlo salir raudo hacia el interior de la casa. Clara se quedó con las ganas, incómoda y frustrada, y recién en ese momento reparó en mi mirada. La atravesé con mis ojos. El rojo del trago le

había servido de advertencia. Ahora, y más que nunca, Juan era mío. Sólo mío.

Capítulo 5

La hermana

OFELIA

Me encerré en mi habitación de la infancia. Me temblaban las manos. Necesitaba esos minutos a solas en esa casa. La presencia de Andrés me obligaba a mantener una postura y una valentía que no tenían nada que ver con lo que sentía por dentro. Agradecí ese instante de soledad mientras Andrés se ocupaba de conseguir a mi madre y traerla hasta mí.

Esperé algunos minutos, ni sé cuántos, quince segundos o una eternidad. No aguanté más y caminé hacia el living. Escuché pasos que cruzaban la sala hacia la habitación de mi madre. Fui hacia allí, me latía el corazón más que nunca. Seguramente era Lucía. Me sudaban las manos, pero lo mejor era encontrarla allí, a solas, sin sus invitados alrededor.

Caminé lento para no asustarla y me asomé en el vano de la puerta de la habitación, pero no era mi hermana quien estaba del otro lado: era su marido, allí, de espaldas, con el torso desnudo.

Me paralicé por completo. No pude volver ni un paso atrás ni avanzar, ni siquiera pude hacer algún ruido para que notara mi presencia. Me quedé congelada. Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Se estaba cambiando la camisa. Me percibió y giró para verme. Me clavó los ojos y de pronto me sentí chiquita. Me sentí una niña, o una liebre a punto

de ser cazada. En la montaña había aprendido a observar los gestos del miedo animal. Sin dudas estaba frente a un depredador. Él me miró de arriba abajo, me sentí desnuda, frágil, indefensa.

—Hola —fue la primera palabra que se me ocurrió y la pronuncié como pude, con voz temblorosa.

—¿Quién sos?

—Ofelia.

Mi nombre no le fue ajeno. Pude sentir en mi cuerpo su propio estremecimiento al escucharlo. Un estremecimiento poco habitual en alguien que seguramente lo tenía todo bajo control. Sostuve la mirada, intenté mostrarme fuerte frente a él.

—Ofelia... —repitió mi nombre, pausado, como invocando.

—Soy la hermana.

—Lo sé. ¿En qué momento llegaste?

—Preferí no asomarme. Me quedé mirando desde afuera.

—Espionando.

Sin dejar de mirarme, terminó de abrocharse una camisa limpia y avanzó unos pasos hacia mí.

—¿Pensás quedarte escondida mucho tiempo más?

—No.

—Puedo alcanzarte agua y comida. Lucía no tiene por qué enterarse.

Le clavé los ojos queriendo enfriarlo. Espantarlo. Pero seguía acercándose a paso lento, al acecho. Se acercó demasiado y me besó la mejilla. Él actuaba con total impunidad, liviandad, pero yo estaba tensa, demasiado tensa para estar frente al marido de mi hermana.

No entendí qué le estaba pasando a mi cuerpo. No entendí por qué ese hombre acababa de inquietarme.

—Juan Rojo, un placer.

Capítulo 6

Los intrusos

LUCÍA

Los invitados habían comenzado a beber antes de la ceremonia y el alcohol ya era una especie de bruma que nos envolvía a todos.

Juan no volvía a la pista y yo empezaba a inquietarme. No podía cantar, bailar, beber, fumar ni hablar con nadie hasta no verlo. Perderlo de vista me fragmentaba el cerebro, la atención y hasta la respiración.

No soporté más y salí a buscarlo. Me alivió ver a Clara bailar con otro de los invitados pero a la vez me enojó mi propio mal pensamiento. ¿Qué podría estar haciendo Juan, lejos de mí, en nuestra propia fiesta de casamiento?

De pronto alguien capturó mi atención y me volvió a la realidad, un extraño que miraba desde una esquina, ajeno, desaliñado. Sin dudas estaba perdido. O estaba en el lugar equivocado.

Miré a los lados sin poder creer que nadie se ocupara de echarlo. Si Juan me hubiese visto, vestida de novia, yendo a despedir a un intruso.

—Lucía. Felicidades.

Que el intruso pronunciara mi nombre me sacudió. Ya no podía echarlo, quizás era un invitado de Juan, algún millonario extravagante.

—Preciosa boda. Soy Andrés, marido de Ofelia.

Escuchar el nombre de mi hermana me erizó por completo. La sangre se me

heló de golpe. Hacía años que no escuchaba ese nombre, años sin atreverme siquiera a pronunciarlo. Si alguna vez necesitaba referirme a ella, situación que no ocurría casi nunca, decía “mi hermana”. Y si eventualmente mi madre quería comentarme algo, o referenciármela, decía “tu hermana”.

—“Marido” es un decir. Nosotros no nos casamos.

El intruso siguió su relato para llenar mi espantoso silencio.

—¿Ofelia está acá?

Lo dije. Tuve que decirlo. Sentí que se me salía el corazón por la boca al oírme nombrarla. Lo único que necesitaba era verlo a Juan. Mi Juan.

—No quiso invadirte.

—¿Dónde está?

Mi madre nos abordó de repente con una copa en la mano. Estaba exultante y emocionada, más de lo conveniente. Ahí entendí todo.

—Qué mágica esta noche. Se cumplen todos mis sueños.

—¿Qué hiciste, mamá?

—¡Mis dos hijas juntas! ¡Mis dos yernos en mi casa!

—¿La hiciste venir? ¡Vos la invitaste!

—Ya son felices. Están grandes.

Dejé de escuchar, de ver, de pensar. Sólo necesitaba saber dónde estaba Juan, no podía estar tranquila sabiendo que ella estaba en la misma casa que nosotros.

Entré al living dispuesta a todo. Crucé la sala hacia la habitación cuando me topé con Juan, que venía impecable, con otra camisa y un pantalón de otro color.

—¿Dónde estabas?

—Tuve que cambiarme.

—¿Ya la viste?

—¿A quién?

La respuesta de Juan me trajo unos instantes de oxígeno. Pude volver a

respirar.

—Ocupate de los invitados —le dije.

Y salí directo hacia la habitación que alguna vez le había pertenecido a ella.

Asomé por la puerta entreabierta y la vi. Estaba sentada en el borde de la cama, jugueteaba con el dije de piedra azul en su mano, se lo clavaba en la pierna dando golpecitos, como descargando los nervios. ¿Qué hacía ella con el dije que yo había dejado en mi mesa de luz?

—¿De dónde lo sacaste? Estaba en mi habitación.

Entre hermanos no existen los protocolos. Hacía años que mi hermana y yo no nos veíamos. Quizás siete, ocho, no recuerdo. Pero jamás una conversación entre nosotras podría empezar de manera social, ni saludos cordiales, ni “¿cómo estás?”. Desde chiquitas, mi hermana y yo nos recordábamos las fronteras. Hasta aquí es mi territorio, a partir de aquí el tuyo. Esto es mío. Esto es tuyo. La hermandad es el arte de la territorialidad.

—Pensé que era la habitación de mamá.

—Ya no.

—Muy amable, Juan... tu marido.

Ofelia ya había conocido a Juan. Mi hermana y mi marido se habían cruzado o ella estaba mintiendo.

—¿Ya te presentaste?

Ofelia asintió confirmando que el que había mentido era él. Preferí no entrar en detalles. Juan y yo éramos una pareja feliz de recién casados. Cualquier miedo, amenaza, inseguridad sólo me pertenecía a mí y a mi intimidad.

—¿Pensás quedarte acá metida asustando a los invitados que entren?

—No vine a pelear.

—¿A qué viniste?

—A darle el gusto a mamá. Van a ser pocos días. Es la primera vez que viajamos con Andrés.

—Tengo que volver a mi fiesta.

—Voy con vos.

Mi hermana percibió mi mirada desaprobatoria. Parecía una salvaje, una campesina. Su piel estaba más dura y cobriza, sus pelos largos y desordenados.

—La montaña me tiene fuera de moda. ¿Estoy muy mal?

—Te presto algo. Mis invitados son muy detallistas. Salí de la habitación y respiré profundo. Prestarle ropa mía ya me daba cierta ventaja. Siempre es mejor ser la hermana que presta que la que toma prestado. Los roles se mantenían y eso garantizaba cierto orden. Ofelia era la menor, y la menor siempre, desde bebé, hereda lo que usó la mayor.

Capítulo 7

La playa

OFELIA

Lucía me prestó un vestido hermoso, fino, delicado, era de seda verde esmeralda. Tomé como un acto de generosidad que eligiera el vestido más lindo de su guardarropas.

Respiré, ya más tranquila; lo más difícil había pasado. Bajamos juntas hacia la playa. Allí, en la orilla, estaban mamá y algunos de los invitados. Ese era el momento en el que nuestra madre se ponía mística y sensible y hablaba con papá, al que ella había decidido eternizar bajo la figura del mar. Así crecimos, entre la presencia difusa de nuestra alegre madre y la ausencia convertida en mar de nuestro padre.

Sonaban tambores cerca de la casa. Había fuego. Un grupo de lugareños candomberos estaba reunido allí, en el sector público, alrededor de un fogón. Todo eso me inquietaba. Cada detalle, cada golpeteo, invocaba una especie de memoria olvidada.

Mamá estaba descalza, libre, vestía una túnica naranja bastante liviana que dejaba traslucir sus pezones. Para nuestra madre los pechos tenían mucho que ver con la libertad, nunca había usado corpiños, odiaba sentirse atada y odiaba las marcas del sol. Sus movimientos y su silueta eran los de una mujer joven. Sus brazos largos, sus pelos al viento, su delgadez. A la luz de la luna

no había diferencias de edad entre ella y nosotras. De noche éramos tres jovencitas.

—Acá estamos, mi amor. Tus tres mujeres, felices, gracias a vos —gritó aferrada a una cantidad de flores que había tomado de la ambientación para arrojarlas al mar como ofrenda.

Junto a ella estaba Andrés, y también Juan, el marido de mi hermana. Lucía y yo nos acercamos a paso lento. La sonrisa de mamá brillaba en la oscuridad, estaba desbordada de emoción. No le entraba tanta alegría en los ojos. Al verla feliz confirmé la razón por la que me había animado a volver a La Soñada. Quería darle ese gusto a mamá. Quise cumplirle ese deseo.

—¡Tantas lágrimas derramadas en esta orilla! ¡Mis princesas!

Mamá nos abrazó a las dos y quedamos una a cada lado; sólo ella lograba devolvernos a la infancia con un solo gesto. Miró a nuestros hombres y les agradeció, exagerada como siempre. Mamá tenía el don de convertir cualquier detalle en escena dramática y de sobrevolar las peores tragedias con una liviandad admirable.

—Gracias por cuidármelas como yo no supe, no pude. Gracias por hacerlas felices.

El sonido de los tambores crecía en el fogón cercano. Me inquietaba más ese galope que los lamentos eufóricos de mi madre.

—La más chiquita. Mi corazón. Pensé que ya no te iba a volver a ver. La vida no me podía quitar tanto. Ya me quitó demasiado. Las mujeres somos más fuertes. Los hombres no pudieron.

Otra característica de mi madre era guardar secretos eternos y de golpe gritarlos a los cuatro vientos en la situación menos adecuada.

—Ustedes van a tener que cambiar la suerte de los varones de esta familia —les dijo a Andrés y a Juan.

Lucía intentó callarla, pero si había algo que impulsaba y envalentonaba más a nuestra madre, era que alguien tuviera el coraje de querer reprimirla.

—Dejala que siga, con Juan queremos saber a qué nos enfrentamos. Adelante, suegra, me atrae el peligro —dijo Andrés, cautivado por tanto histrionismo.

—No le des cuerda que no para más. —Juan había tenido el tiempo de conocerla y sabía a qué nos estábamos sometiendo.

—¡Que se te muera un hijo! ¡Eso es lo peor que una mujer puede vivir!

La confesión de mamá nos sorprendió a las dos. No teníamos idea de adónde pensaba llegar con semejante revelación.

—Mi único hijo varón. ¡Años me costó superarlo!

—¿Qué decís, mamá? —Lucía se atrevió a contradecirla.

—Tu mellizo, Lucía. Tan frágil, él. Murió y a mí se me cortó la leche, no pude ni darte de mamar, pobrecita.

Lucía quedó paralizada y ahí reaccioné yo, intentando borrar todo lo dicho hasta el momento.

—¿Cuándo tuviste mellizos, mamá? Tomaste de más.

—Ni sé por qué me lo callé tanto tiempo. O sí... Tu padre me pidió que lo olvidáramos. Dijo que íbamos a tener muchos hijos. Nos aferramos a la hermosa Lucía haciendo de cuenta que siempre había sido una sola. Pero no. Ella se gestó con un varón. Su destino no era solita. El deseo de volver a traer a ese chiquito a esta vida me sacó adelante.

No entendíamos por qué nos estaba contando eso, ahí, en ese momento. Jamás supimos que Lucía se había gestado con un mellizo. Jamás supe que yo había nacido para sanar una pérdida. Nunca supimos nada de eso y no necesitábamos saberlo en plena fiesta de casamiento.

Los tambores crecían, amenazantes, entonces intenté apurar la vuelta a la casa. Los invitados bailaban alrededor de la piscina, la música se mezclaba con la percusión candombera, todo indicaba que era hora de volver al festejo.

—Por fin siento que todo lo malo pasó. El mar se llevó todo el dolor para devolvernos felicidad. —Mamá seguía a los gritos frente al mar, o frente a

papá—. A la diosa Yemanyá le pedí otro bebé, y nos regaló a Ofelia. La pequeña Ofelia, con ella sí me vino la leche y ahí las amamanté a las dos, mis mujercitas. Los varones no resistieron. Primero fue Bautista, después Fernando, mi marido.

—¿De qué Bautista hablás? —Lucía estaba cada vez más impaciente.

Yo no quise escuchar, no quise opinar, tomé a Andrés de la mano y comencé a caminar hacia la casa.

—Ese iba a ser el nombre de Ofelia. Pero la vida la quiso mujer. Bautista nació tan débil. Lucía se agarró todos los nutrientes para ella. A veces pasa que un mellizo se come todo lo del otro. ¡Pero teníamos que ser tres!

Andrés y Juan sonreían escuchándola. Mi madre corrió a mi mano y con la otra sujetó a Lucía. Otro de esos gestos que nos mandaban de golpe a la infancia.

—Nosotras tres. Invencibles. Mi triángulo poderoso, mi pirámide.

Lucía y yo nos miramos como hacía años. En esos microgestos nos reconocíamos hermanas. Hay una mirada que sólo los hermanos desciframos. Una mirada que te sujeta, te iguala ante el pudor y la vergüenza. Algo de esa mirada dignifica, como si uno pudiera encontrar la cordura, la salud, en los ojos del hermano. Los ojos de mi hermana me rescataban de la locura.

—Estás a tiempo de correr —le dijo Juan a Andrés, también queriendo rescatarlo.

—Ni lo sueñes. En el campo no se ven estas cosas.

Andrés sabía perfectamente cómo calmarme. Cómo descomprimir. Me decía que yo me hacía problema por cualquier cosa; él era más sencillo y lograba simplificar todo con una sola palabra. Ante la grandilocuencia de mi madre sentí la amenaza de su herencia.

Me alivió verlo entretenido entre delirios y exabruptos. Mamá le provocó simpatía desde el primer minuto, y lo agradecí.

—¡Que siga la fiesta! ¡Esta casa ya fue testigo de demasiada tragedia!

¡Celebremos la vida!

Con esas palabras, fiel a su estilo, mamá había pasado del llanto a la risa. Se adelantó, extendiendo los brazos como entregándose a la noche abierta, y allí salimos todos, tras ella, en colorida y profana procesión.

Andrés estaba disfrutando de la novedad, eso me mantenía serena. Él era de aclimatarse rápido, de adaptarse a todo, se lo atribuía a sus genes vikingos. A mí me costaba volver. Reencontrarme con esa casa, esa gente que parecía tener tanto que ver conmigo y de la que me sentía tan lejana.

Mi hermana ya era toda una mujer, elegante, sofisticada. Mi madre parecía más joven que antes. Y yo, mi piel reseca por el viento, mi pelo sin cuidados, mis uñas sin esmalte. De pronto me vi más arrugada que ellas. El sol y el viento habían hecho lo suyo alrededor de mis ojos. Me había acostumbrado a andar sin perfume, me había vuelto más rústica y más sensible a cualquier estímulo de diseño.

Los invitados de Lucía olían bien, sus pieles se veían humectadas, tersas. Las mujeres estaban bien maquilladas, vestían con telas importadas. Hacía tiempo que no reparaba en los zapatos de las mujeres. Mi vida en el campo era tan simple. Nos movíamos a caballo, sólo podía usar botas de montar y alpargatas para estar adentro. Mi madre jamás hubiera soñado ese destino para mí.

El paladar también se me había desacostumbrado a la mezcla de sabores. Bebí un sorbo de un trago, la astringencia del cítrico, la dulzura del azúcar, el alcohol, demasiados ingredientes para quienes pasamos inviernos enteros racionando los víveres de la despensa.

Alguien se detuvo junto a mí. Muy cerca. Casi rozándome. Sentí su respiración, no me era familiar pero tampoco me era ajena. Se me erizó el pelaje, me sentí una gata a punto de ser atacada.

—Seda italiana. Yo mismo elegí ese vestido. Te queda mejor que a Lucía.
—Era Juan, el marido de mi hermana.

—No creo.

—Será que vuelvo a verlo como si fuera la primera vez.

Él tenía razón. El vestido me había acariciado no bien me lo calcé.

—Tenés buen gusto.

—Es todo lo que tengo.

La presencia de Juan me incomodaba. No quería sentirlo tan cerca. Tampoco sabía por qué me inquietaba. Necesitaba anular por completo esa sensación. Lo miré de lleno, no le tenía miedo, no tenía por qué tenerle miedo.

—Soy un amante de los géneros. Los textiles. Veo los miles de hilos entrelazados. ¿Cuántos gusanos hicieron falta para los metros de seda que tenés ahora sobre la piel?

—Suenan un poco impresionantes.

—Soy exquisito. La piel no puede rozarse con cualquier cosa.

Juan tenía razón en todo, pero había algo que era irracional. No sé si era su intención incomodarme, a fin de cuentas sólo estaba hablando de la tela de un vestido. Sus ojos parecían atravesar el género, penetrarlo, me sentía desnuda y presa frente a él. El vestido era su red y él sabía manejarlo a la perfección. Él mismo lo había comprado. Toqué la tela y no pude cambiar de tema. No se me ocurría un tema menos incómodo.

—Es suave.

—Como si no estuviera. Tu piel va a recordar esa sensación, te va a costar volver a la aspereza.

Nos miramos intensos. Juan acababa de echar sobre mi cuerpo el peor de los maleficios.

Los gritos de mi madre desde la piscina me libraron de la mirada hipnótica de mi cuñado.

—¡Gracias a todos! ¡Esta casa necesitaba una alegría! Es como un nuevo bautismo de La Soñada. ¡Sean libres, amigos! No se repriman.

Y en ese preciso acto inauguró la pileta lanzándose libre, despreocupada,

sin quitarse la túnica naranja de gasa, que rápidamente se adhirió a sus pezones erectos.

—¡Lucía, Ofelia, hagamos la pirámide! ¡Como cuando eran chicas! — Claramente mi madre estaba viviendo una regresión. Los invitados siempre festejaban su desparpajo. Carmen era esa madre que todos querían tener pero que para nosotras hubiera sido preferible conservar de amiga.

Andrés se me acercó, tenía los cachetes colorados; se parecía a su padre y a su abuelo: cuando tomaba dos copas de alcohol se le coloreaban las mejillas.

—Siempre me hablaste de esta piscina. Quiero verte sumergida.

Andrés estaba disfrutando del lugar, la fiesta y hasta de mi familia. Y yo no podía resistirme a su diversión. Decidí darle otro gusto a mi madre y lanzarme con ella a la pileta. Lucía, celosa por haber perdido el centro de su propia fiesta, vino detrás.

Todos los presentes se ubicaron alrededor del agua mientras mamá se trepó sobre nosotras y, en un homenaje a Esther Williams, se mantuvo unos segundos firme, con los brazos extendidos, un pie sobre mi hombro y otro sobre el hombro de mi hermana. La pirámide era una pirueta de nuestra infancia. Mamá inventaba rituales, piruetas, símbolos para hacer de nuestras vidas un gran juego.

Cuando crecí entendí que esa había sido su forma de criarnos sin un padre. Ella jamás se ubicó en su rol de madre. Siempre fuimos como tres hermanas, cómplices, traviesas. Tres hermanas huérfanas llevando el dolor como podíamos pero sin hablar jamás de ello.

Mientras mamá estaba en lo alto como una equilibrista de circo descubrí a Juan fumando en el mirador. Lo primero que vi fue la brasa de un cigarrillo que sostenía desde su boquilla. Lanzó una bocanada de humo y pude ver sus ojos clavados en mí. Lucía también lo vio y rápidamente desarmó la posición. Los invitados aplaudieron la destreza de nuestra madre y mi hermana aprovechó la distracción del resto para enfrentarme.

—¡Salí del agua! Vas a arruinar mi vestido. Salí del agua.

La miré fijo. Entendí que estaba reaccionando conmigo por no atreverse a reaccionar con su marido. Lucía me estaba acusando y yo ya me había desacostumbrado a sus provocaciones. En un solo movimiento me quité el vestido.

—¡Ahí lo tenés!

Salí del agua en ropa interior y eso llamó aún más la atención de Juan, y de todos los presentes. Lucía se puso roja de furia pero no pudo decir más.

Mi madre celebró mi acción y arengó al resto para que todos se quitaran los trajes, los zapatos, los vestidos. Uno a uno, los invitados comenzaron a lanzarse al agua en ropa interior. La fiesta crecía en efervescencia mientras Lucía me declaraba la guerra.

Me alejé de la pileta sin mirarla. Juan parecía un lobo en la oscuridad. Su mirada brillaba encendida desde lo alto y no me quitaba los ojos de encima.

Me perdí entre todos esos extraños hasta encerrarme en mi habitación. Andrés se quedó bailando con mamá. Yo necesitaba aislarme. La música sonaba amortiguada desde la fiesta. Cerré los ojos simulando dormir hasta que llegaron el silencio y la luz del día. No supe con certeza si dormí en algún momento. Tampoco si Andrés se había acostado a mi lado, el descanso me había sido esquivo, me pesaba el cuerpo pero mi cabeza se mantenía encendida.

Había olvidado la sensación del cuerpo en estado de alerta. El insomnio era para mí un acto de rebeldía, un secreto. Cuando era chica y la vigilia me capturaba era signo de que había dejado de tomar los remedios que me daba mamá. La abstinencia me provocaba un gozoso frenesí. Noches enteras en silencio, al acecho, esperando que el día asomara. Noches enteras aguantando la tentación de manotear una de las pastillas de mi madre para poder dormir, un somnífero, y luego, la pesadilla de despertar.

Los anticonvulsivos me generaban una especie de burbuja donde todo

parecía más lento. A veces no dormía a la noche pero durante el día tomaba las pastillas y vivía como en un estado de ensoñación permanente. Ese estado solía confundirme. En algún momento me quedaba dormida y, al despertar, no podía distinguir con precisión qué había sido un sueño y qué no. Los sueños inusuales eran otro efecto posible. Con el tiempo me había vuelto experta en efectos colaterales, mi preferido era la “excitación paradójica”, justamente la reacción opuesta a la sedación suave que se buscaba con la ingesta de barbitúricos.

Andrés no estaba en la cama. Despertarme sola me llevó de viaje directo a mis despertares de la infancia. La casa estaba vacía, silenciosa. Atravesé el living, había restos de la fiesta, rastros de la noche anterior.

La luz del amanecer teñía todos los ambientes. Ya conocía esa luz y me inquietaba. Esa luz era la que confirmaba que todo era cierto. Que estábamos ahí. A esa misma luz le había rogado, años antes, que borrara toda huella de dolor. Y a esa misma luz también, en mi adolescencia, le había pedido que me ayudara a recordar lo olvidado, lo dormido. Bajo esa misma luz había grabado los relatos más íntimos de mi vida en aquel grabador de cinta abierta que aún conservaba.

Fui a la cocina, no había ingresado ahí la noche anterior. Me espeluznó verla intacta. Mi madre nunca había demostrado demasiado interés por la cocina. Casi no la recuerdo encendiendo una hornalla. Que la cocina estuviese impecable tenía una explicación.

Abrí cajones y allí estaban, como siempre, las benzodiazepinas. Fue como un reencuentro con viejas amigas, cómplices, todos sus nombres terminaban en “pam” o “lam”: triazolam, oxazolam, lormetazepam, bentazepam, elegí un par y me las tragué con orgullo. Sabía que podía manejarlas. Necesitaba tomarlas y dormir aunque sea una hora o dos para enfrentar el día más despierta. Tomé las pastillas queriendo calmar ese latido perturbador. Necesitaba apagar el cuerpo. Apagarme.

Salí a la galería; el amanecer bañaba la casa, las enredaderas de las pérgolas estaban estalladas. La madera estaba más clara, más gastada: la de la galería era la única que no mentía, el tiempo había pasado y alguien tenía que contarlo.

Subí la escalerita de ladrillos para ver el mar desde lo alto del mirador. Mi madre había diseñado la casa como si fuera un club vacacional con juegos, salones, piscinas, pista de baile, barra de tragos, terrazas. Su sueño era llenarla de amigos y lucirse frente a sus invitados. Siempre había sido una gran anfitriona.

Desde lo alto miré la pileta, la recordaba más grande. Algunas velas consumidas permanecían flotando en el agua y algunas flores arruinadas se habían pegado al fondo. Flores que un día atrás habían llenado de magia la ceremonia ahora parecían murciélagos ahogados contra los azulejos.

Mis ojos atravesaron el agua y de pronto me vi a mí, la vi a Lucía, en esa misma pileta, diez o doce años antes. Éramos tan inocentes. Recordé un despertar muy parecido. Yo estaba en una reposera bajo la pérgola y desde allí vi, tempranísimo, al amanecer, a Enrique, mi primer novio, nadando desnudo en el mar. La playa estaba desierta y él no me había percibido. Yo lo vi desnudo. Lo miré en detalle. No podía ser un sueño.

Lucía apareció desde la casa y me despertó. Yo estaba segura de haber visto a Enrique nadando pero mi hermana aseguró haberme visto dormir. Yo siempre elegía creer que todo ocurría de verdad. Lucía insistía en convencerme de que nada de lo que yo contaba era cierto. Recuerdo ese despertar, estaba transpirada, como afiebrada, y corrimos a lanzarnos a la pileta, mi hermana y yo.

Lucía estaba muy perturbada. La noche anterior habíamos estado en el bosque con Enrique y su hermano Roberto. Enrique me había tomado de la mano para apartarnos de nuestros hermanos y me había arrinconado contra un árbol.

Él era mayor que yo y a mí me molestaba parecer inexperta. Cuando me arrinconó con el deseo de besarme lo miré desafiante. Él acercó su boca y yo, para demostrarle que no me intimidaba su cercanía, extendí la lengua. Toqué su labio carnoso con la punta de mi lengua, fue como pinchar a un león enjaulado. Enrique me tomó la cabeza con sus dos manos y me besó con pasión. Su lengua me rebalsó la boca. Sus labios estaban tibios y jugosos, me ocupaban casi toda la cara.

Roberto y Lucía se habían alejado de nosotros pero yo abrí un ojo y pude ver a mi hermana espiando mi primer beso con espanto.

Al otro día grabé el cuento de mi primer beso. Allí. Sentada en el suelo de ese mismo mirador, narré en detalle mis sensaciones físicas antes, durante y luego de ese primer beso. Volví a escuchar esa cinta mil veces ese verano. Me humedecía escuchándola. Volvía a sentir ese cosquilleo bajo el ombligo. Eran como golpecitos de electricidad. Me daba ternura recordarme tan inocente y tan excitada. Ahora podía entender esos primeros reflejos masturbatorios. Ese deseo puro que pujaba por salir, por concretarse, mi sexo estaba despertando, yo podía sentir mi cuerpo abriéndose a lo nuevo. Me recordaba tratando de ponerle palabras a lo que mi cuerpo me estaba enseñando. Grabarme era mi arma contra el olvido pero también era un acto erótico, íntimo, grabarme me daba placer, me excitaba. Mi cuerpo volvía a experimentar esas descargas físicas cuando me grababa. Me recordé allí, tan curiosa, tan conectada con mi cuerpo, tan despierta. Hacía tiempo que no me tocaba; cada tanto grababa, eso sí, pero hacía tiempo que no me sentía excitada. La vida en el campo no sólo me había resecado la piel. Quizás mi cuerpo, tan lejos de las pastillas, había aprendido a anesthesiarse.

Bajé del mirador y me sumergí en la pileta. Las velas y las flores seguían allí pero las ignoré. Mis ojos abiertos debajo del agua ya me habían transportado a la adolescencia. Los retazos de ese día después de mi primer beso volvían a mi mente.

En esa misma piscina, Lucía me había pedido que le enseñara a besar.

Lucía, torpe, intentaba besarse la mano como si fuera otra boca. Yo la corregía con precisión. Me encantaba hacerme la experta cuando sólo le llevaba un beso de ventaja.

—Abrí la mandíbula. No saques trompita.

—¿Y si me mete la lengua?

—¿Para qué querés besarlo si no querés que te meta la lengua?

—¿Cómo lo besarías vos a Roberto?

—Yo no lo besaría a Roberto.

—¿Y a Enrique cómo lo besaste?

Intenté reproducir ese primer beso deslizado mi lengua entre mis dedos.

—La lengua tiene que ir buscando el espacio para moverse.

Lucía trató de imitarme mientras yo le mostraba todas las posibilidades que ofrecía una lengua. Cada una usaba su dedo como si fuese la lengua de otro. Yo me chupaba el dedo jugueteando. A Lucía ese gesto le provocaba rechazo.

—Tenés que sentir la lengua de él y seguirla.

—Un asco.

—Es como un juego. O como bailar.

—¿Y cómo respirás?

Lucía no se animaba siquiera a sentir su propia lengua. Se paralizaba. Todo le daba miedo. Me ponía nerviosa verla tan torpe, tan cobarde.

—Los dientes para adentro. Así.

La tomé del mentón y la besé de prepo. Le mostré con mi propia lengua cómo sería, era un beso coreográfico, sin deseo, ni tensión ni sentimiento. Lucía se puso peor pero por lo menos abrió la boca, no se resistió. Abrió grande los ojos y mantuvo la boca bien abierta y la lengua extendida, dejándose hacer.

—Parecés muerta. Sacá la lengua.

Mi hermana parecía una momia y yo no podía creer que no tuviera ni un

solo reflejo natural. Ni un movimiento involuntario, intuitivo. A mí nadie me había enseñado a besar.

—Mové la lengua, o la boca, o podés dar mordisquitos.

Lucía, molesta ante mis correcciones, me tomó fuerte de la cara y comenzó a besarme como desesperada. Parecía una nena ahogándose. Me llenó de baba y me mordió el labio.

—¡Así lo vas a espantar!

La separé de mi boca y me hundí en el agua para barrer cualquier resto de saliva posible. Lucía odiaba que yo, en algo, fuera mejor que ella. Odiaba no ser la primera. Lucía había nacido para ser hija única.

Contuve la respiración debajo del agua recordando físicamente aquel día con mi hermana en esa misma pileta. El agua mantenía a flote algunos de los restos de la decoración de su boda. Todo demostraba que, por suerte, mi hermana había aprendido a besar.

Salí del agua dando una bocanada de aire y allí, junto a la orilla del mar, apareció mi anclaje: Andrés. Estaba sudado luego de un trote por la playa. Alzó su mano a lo lejos y me trajo al presente en un segundo.

La presencia de Andrés me salvaba de aquellos recuerdos confusos. Andrés era real, era vida y era tiempo presente. Si él no hubiera estado allí podría haberme perdido en un laberinto. ¿Cómo saber en qué tiempo está viviendo uno cuando todo parece convivir en un mismo espacio?

Andrés era mi referencia temporal. Andrés era mi salud, sus ojos me calmaban más que cualquier químico.

Caminamos juntos por la playa mientras los demás dormían.

—Tanta planicie me marea un poco. La montaña te engaña más. Acá todo parece infinito. Quedamos minúsculos.

—La casa me parece más chica ahora.

—Es enorme la casa.

—Antes parecía un mundo. Como si no existiera nada más.

—Algo de eso hay.

—Fue otro capricho de mi madre. Quería un fuerte lejos de todos. Una fortaleza donde pudiera hacer cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa como qué?

—Tomar sol desnuda.

Seguimos unos metros más en silencio. Respiré hondo. Andrés me miró y sentí culpa por haber tomado esas pastillas. Andrés no acostumbraba a tomar remedios y yo, ni sé por qué, sentí que debía ocultárselo.

Lucía me había torturado toda la infancia presentándome como su hermana con problemas, la epiléptica, la convulsiva, la enferma, la medicada.

Cuando conocí a Andrés quise parecer sana, había decidido reinventarme en el sur y nunca profundicé demasiado en cuestiones médicas.

La Patagonia daba esa posibilidad, cada persona que llegaba traía un cuento sobre su pasado. Cuentos improbables. Nadie investigaba, nadie indagaba. Los patagónicos elegían creer, o mejor, no les importaba tomarse el trabajo de desconfiar. Cada uno era lo que contaba y también lo que callaba. Yo había decidido callar mi pasado de niña y adolescente sobremedicada.

—No pude dormir. Estoy intranquila.

—Miedo.

—Miedos viejos.

Andrés me abrazó como un oso. Apreté fuerte mis ojos contra su pecho y, por un segundo, sentí el fuerte deseo de desaparecer. De volver a nuestra vida lejos de esa casa, de esos cajones llenos de remedios, lejos de mí, o de esa otra Ofelia que fui en esa misma playa.

—Estoy yo. ¿Qué te puede pasar?

—¿Y si nos vamos?

—¿Adónde?

—Otra playa. Otra casa. Solos.

—Tu madre estaba feliz.

—Por eso mismo. Ya le di el gusto. Podemos irnos.

—Tenés que compartir más con tu hermana. Viniste a eso.

—Lucía no nació para compartir nada.

Me separé de su pecho y miré hacia la casa. El ventanal de la habitación principal daba al mar y de pronto pensé que Lucía podía estar mirándonos desde allí.

—¿Cómo fue lo de tu padre? Ayer unos invitados dijeron algo.

La pregunta de Andrés me llevaba aún más allá. Me quitaba de la adolescencia para sumergirme directo en mi infancia. Mis siete años y el momento más traumático de mi vida.

—Un amanecer. Acá. Le dio un infarto nadando con mamá.

No quise entrar en detalles. Nunca habíamos hablado de ese tema. Miré hacia la casa y me vi. Recordaba perfecto ese momento pero podía narrarlo como si le hubiese pasado a otra persona. Como si aquella nena no hubiera sido yo.

A mis siete años aún no había tenido el episodio de las equívocas convulsiones. Con papá vivo, ni mi madre ni yo conocíamos el efecto de muchas de esas pastillas que luego entraron en nuestras vidas con absoluta cotidianeidad.

Era muy temprano en la madrugada, nuestros padres aún no se habían ido a dormir luego de una larga fiesta en casa. Habíamos celebrado el Año Nuevo.

El viento del mar traía unos gritos perturbadores. Lucía estaba muy asustada. A mí los gritos no me habían dado miedo. No sentía que fuesen gritos malos. Eran gritos lindos.

Subimos al mirador para poder ver más lejos y ahí descubrimos que la que gritaba era mamá. Eran gemidos. Ella estaba sobre papá, estaban los dos desnudos. Sus ropas tiradas más allá, sobre la arena. En ese momento no entendíamos qué hacían.

Mamá abría sus brazos haciendo la misma figura que le gustaba hacer en el

agua cuando armábamos la pirámide. Mi hermana y yo éramos muy chicas, no entendimos qué hacían pero sentimos cierta vergüenza. Las dos supimos que estábamos viendo algo inadecuado y no nos animamos a interrumpir.

Lucía se asustó y corrió al interior de la casa, yo no me pude mover. La imagen de mis padres ahí, tan salvaje, tan natural y tan perturbadora a la vez, me había capturado.

De pronto los gritos de mi madre cambiaron de tono, de nota, de volumen. Su voz desgarradora se volvió espeluznante. Corrí escaleras abajo porque ya nada era placer. Mi madre estaba pidiendo auxilio. Sus gritos dejaron de parecerme lindos.

Mamá zamarreaba a mi padre queriendo arrancarle una última reacción. Y yo tiesa. Muy cerca de ellos. Esperando una señal, una orden que me dijera qué debía hacer.

Ella me miró tapándose la boca con una mano. Lloraba con desesperación. No pudo articular una palabra pero supe que tenía que ayudarla.

Entre las dos arrastramos a papá por la arena hasta la casa. Pesaba. Pesaba el cuerpo, pesaba la arena, y se me resbalaba. Yo no quería mirarlo. Fue el primer hombre desnudo que vi en mi vida. Lucía se salvó por correr antes.

Andrés escuchó mi relato sin dejar asomar un gesto. Yo no lloré al recordarlo. Eso me alivió. Habían pasado años sin recordar ese episodio, y poder contarlo sin una pizca de emoción me hacía sentir más fuerte. O helada. Nunca supe distinguir entre las personas fuertes y las de hielo. Mi hermana era fuerte, siempre la vi así, fuerte por ser fría. A mí la emoción y la sangre me ardían y me hacían avanzar como una yegua desbocada. Como Paloma, mi yegua de sangre espesa.

—¿Fue un infarto?

La pregunta de Andrés parecía más inocente de lo que era en realidad. La causa de la muerte de mi padre se había convertido en un secreto a voces.

—Dijeron que se le paró el corazón mientras nadaba. Mamá dice que el

resto lo soñé. Que ella no estaba sobre él. Que lo encontró en la orilla ya muerto. No me pude meter al mar durante años. A la pileta sí.

Andrés me miró en respetuoso silencio. No importaba mucho qué era sueño y qué era realidad. Crecí sin padre. Eso sí era importante. Si se había muerto haciendo el amor con mi madre o se había ahogado en el mar no cambiaba el terrible impacto que esa muerte tuvo sobre nosotras tres.

—Mañana nos vamos —dije.

—Hoy te estás aclimatando. Mañana vemos.

La calma de Andrés me desorientaba. Él tenía instinto salvaje y yo esperaba que algo despertara su olfato. Me sentía en peligro y me desesperaba sentirlo tan tranquilo, tan en paz.

Volvimos a la casa. Mamá estaba en camión y con jaquecas. Repetida imagen de mis mañanas en ese lugar. Valoré su intención de sorprendernos con un desayuno succulento. Era caótica en la cocina. No sabía medir los tiempos, hacía los huevos antes que el café. O las tostadas antes que los huevos. Mi madre nunca supo organizarse, le costaba lo práctico, lo concreto, le costaba el día.

—¿Esperamos a alguien? —pregunté ante el despliegue.

—Juan se ocupó de ladrarles a todos para que ni se les ocurra caer de visita.

Mamá dejó asomar un reclamo sobre el carácter y la personalidad de Juan.

—¿Dónde se metió toda esa gente? —preguntó Andrés, acostumbrado a recibir grupos de montañistas en su casa y alojarlos durante temporadas enteras.

—En el Biarritz. Se vuelven hoy mismo. Juan quería intimidad.

Cada vez que mi madre pronunciaba el nombre de mi cuñado se me aceleraba el corazón. Tomé un cuchillo, el pan de molde y me ocupé de las tostadas. A mí lo concreto me salvaba.

—No cuentes con los recién casados. Todavía les dura la noche de bodas.

Los escuché —dijo mamá.

Andrés soltó un respingo festejando el comentario de mi madre y yo no pude disimular mi incomodidad.

—¿El campo te volvió pacata? Intenté criar a mis hijas sin pudores. Perdón si no lo logré.

—Lo lograste, Carmen. Claro que lo lograste.

A Andrés le causaba simpatía la liviandad de mamá. Yo me concentré en cortar rodajas idénticas de pan de molde y Andrés, sin inhibiciones, me tomó de la cintura.

—Nos va a venir bien esta luna de miel. Allá vivimos con mucho abrigo, Carmen. Viento, nieve, escarcha. Este lugar se presta más.

—Este lugar se presta siempre. Por eso es que hoy mismo me mudo al hotel.

Otro gesto típico de mi madre, siempre facilitando y celebrando nuestros encuentros con varones.

Me molestaba ver que mamá ya no disponía de su propia casa. Me irritaba ver cómo Lucía se había apropiado de todo. Siempre fui la menos territorial de las dos, pero estar ahí y ver que ella había usurpado el cuarto principal, que había llenado las paredes con sus fotos y sus discos, y hasta autorizaba qué visitas podían quedarse a dormir, me avivaba una urgencia por reconquistar mi espacio, mis derechos. Ella ya había tenido demasiados años para hacer uso y abuso de esa casa y de los bienes de nuestra madre. Yo nunca había pedido nada y eso me había perjudicado.

“El que no pide pierde”, decía mamá. La hermandad te enseñaba a negociar, exigir, buscar atajos cuando se develaba la mentira de la igualdad de condiciones. Lucía había tenido demasiado tiempo a favor y yo, de pronto, sentía en las tripas una necesidad tremenda de recuperar mi parte.

Juan asomó en la cocina. Estaba fresco, descansado, impecable.

—Este hombre duerme parado. Ni se despeina.

La apreciación de Andrés me obligó a mirar a Juan pero rápidamente

preferí esquivar su vista y concentrarme en las tostadas.

Juan vino hacia mí, me pasó demasiado cerca para ir directo a la cafetera. Era una jarra Volturmo con café recalentado por mamá. El rostro de Juan se desdibujó, despectivo.

—Sabía que me lo ibas a criticar —lanzó mamá, neutra.

—Se deja tomar —dijo Andrés dando un gran sorbo a su tazón.

—Yo tengo el paladar domesticado. Café quemado y comida recalentada toda la vida —agregué para descomprimir.

—No sé cómo sobrevivieron a tanto veneno.

El comentario de Juan reforzaba la evidente antipatía que yo ya había percibido entre él y mi madre.

—Te voy a llevar a acampar a la cordillera y vas a ver cómo se te van las mañas.

La rusticidad de Andrés me arrebató una risa. Una risa que no le gustó nada a Juan. Tuve la necesidad de salir al cruce. Tampoco me interesaba que Juan rechazara a Andrés en el primer desayuno de nuestra estadía.

—Andrés es un poco primitivo, no te asustes.

—Asustate. Dejalo que se asuste.

Mi marido no me ayudaba a alivianar las cosas. Quizás esa era la señal de alerta que yo estaba esperando. Quizás Andrés ya había visto en Juan al depredador que ponía en peligro mi carne.

Lucía asomó desde interiores, de pronto fue como ver a mi madre en otros tiempos. Su andar liviano, su kimono de seda sobre la piel desnuda, despreocupada por el desliz de la tela que dejaba ver los pliegues de su escote.

—¡Qué rico olor a café!

La sentencia de Lucía terminó con un estallido a coro. Andrés, mi madre y yo nos reímos por su falta de olfato, de gusto, de sutileza. Juan le clavó los ojos con una mezcla de furia e impotencia.

—Vemos que Juan tampoco pudo refinarte el paladar.

—Una batalla perdida —dijo él.

Lucía tomó una taza vacía y extendió su brazo esperando que su esposo le sirviera el café oscuro, quemado y humeante. Juan la miró intenso, a los ojos, y vertió el café hirviendo sin mirar la taza, tardó un segundo en distraerse y derramar un chorro sobre la mano de Lucía. Mi hermana soltó la taza y estranguló un grito. La cerámica estalló contra las baldosas de la cocina. La voz de Juan se puso más suave y dulce que nunca ensayando un perdón torpe y confuso.

Andrés y yo nos pusimos a despejar el suelo de vidrios. Lucía estaba descalza conteniendo el dolor sin soltarse la mano quemada.

—¡Agua fría! ¡Ponete frío! ¡Hielo! ¿Ni un hielo quedó de anoche?

Mamá, como siempre, gritaba frases sueltas y se movía sin ningún objetivo claro, directo. Nuestra madre no sabía reaccionar en situaciones de emergencia pero tuvo la lucidez de abrir el grifo y dejar correr el agua fría. Juan acompañó a Lucía y, sin dejar de acariciarla y pedirle disculpas, le colocó la mano debajo del chorro helado.

—¿Te quemé mucho? Me distraje mirándote.

Las palabras de Juan, de golpe aterciopeladas, me generaban desconfianza. Andrés se sentó a desayunar despreocupado como siempre.

—Pasta de dientes dicen que hay que ponerse.

—No fue nada. Me asustó más la taza rompiéndose en el suelo. —Mi hermana trataba de dejar de ser el centro de atención y eso hacía todo más sospechoso.

—Lucía siempre quemándose, por una cosa o por otra, siempre con quemaduras —dijo mamá.

Nuestra madre solía colar una frase importante en medio de frases sueltas. Lo que acababa de decir sobre las quemaduras era un tema del que nunca habíamos vuelto a hablar. Era un secreto de las tres. Era algo que el silencio

había borrado. Y ella, en medio de un desayuno con tostadas y huevos, mencionó ese episodio. No pude quedarme ahí como si nada, necesité salir de la cocina. Fui con mi taza de café hacia el living, donde se encontraba la chimenea. Me acerqué a ese sector de la casa que tantos momentos atesoraba. Momentos que nunca terminábamos de quemar.

Allí, a un costado, estaban los implementos del fuego, los mismos de siempre: el atizador, la palita, el cepillo para la ceniza.

Agarré el atizador y sentí un frío que me recorrió la espalda. La quemadura en la mano de Lucía nos llevó a las tres a ese otro momento.

Lucía asomó detrás de mí con una mano envuelta en el pañuelo de seda de su esposo y una taza de café, también quemado, en la otra.

—Mamá no la quiso encender más.

Lucía hablaba de la chimenea pero las dos sabíamos que hablábamos de tantas otras cosas.

—No hace frío.

Eso fue lo único que respondí. Lucía me miró indagándome. Entre nosotras siempre había un espacio para la duda. Ella jamás sabría cuánto recordaba yo de nuestro pasado y yo jamás sabría cuánto de mi intimidad ella se había atrevido a espiar.

Capítulo 8

Grabado en la piel

LUCÍA

Ofelia miraba cada rincón de la casa como acusándome de un delito antiguo. Veía en sus ojos la necesidad de rearmar un mapa, un recorrido. No entendía a qué había venido. No parecía compartir mi alegría de recién casada, ni la alegría de estar en La Soñada otra vez, ni se mostraba disfrutando de sus vacaciones en pareja.

Ofelia parecía estar rastreando pistas, secretos, tenía la mirada de quien busca algo, de quien vino con alguna intención oculta. Ofelia estaba al acecho queriendo recuperar lo que ni ella sabía que había perdido.

La encontré contemplando la chimenea y supe cuáles podrían ser los recuerdos que vendrían a su mente. Nunca creí los cuentos de sus amnesias por el efecto de los barbitúricos. Nunca creí en su fragilidad, en su inestabilidad emocional, ni en su extrema sensibilidad.

Ofelia se había ganado el puesto de la débil a la que había que proteger y cuidar, pero las dos sabíamos que de débil no tenía nada. Ofelia no medía consecuencias, no pensaba. Mi hermana se lanzaba hacia donde su cuerpo y su deseo la llevasen, no le importaba nada. Total siempre estaríamos mamá y yo para limpiar la mugre que dejaba en el camino.

Ofelia era egoísta como lo son todos los que sienten demasiado. Bajo la

bandera de nunca traicionarse, lograba su cometido siempre.

Solía irritarme su libertad. Me molestaba ser la que todo lo medía, lo pensaba, lo calculaba.

Siempre hay un hermano que llega primero al sube y baja y al otro no le queda más opción que subirse en el extremo opuesto para equilibrar el peso. Ofelia nació oscilando de un extremo al otro. Mi madre nos sobrevolaba sin percatarse de mucho y yo me había convertido en la responsable, la ordenada, la salvadora de este triángulo de mujeres.

Juan me había enseñado a descansar. A confiar en alguien, a entregarle el control a otro. Juan había sido mi salvador, mi guía. El que me hizo sentir atractiva. Juan me había conocido sola, sin mi hermana, y yo era otra cuando estaba sin ella.

Me inquietaba tener a Ofelia tan cerca. Me intranquilizaba sobremanera que Juan ahora nos viese juntas, y nos comparara.

Ofelia y yo, en otros tiempos, supimos ser siamesas, unidas, mimetizadas. Esa fusión había contaminado mis primeras relaciones con los hombres. Mi hermana encendía el deseo de los varones y yo podía ver el fuego en los ojos de los hombres que la miraban. Nunca sentí ese ardor en alguien mirándome a mí. Muchas veces quise ser como ella. Quería saber qué hacía, qué era lo que tanto les gustaba.

Ofelia grababa cada experiencia y yo trataba de escuchar sus cintas. La perseguía cuando se escondía con Enrique. Me gustaba verla en detalle. Nunca sentí en mi cuerpo el goce que sentía al verla gozar.

Supe el día que Ofelia había decidido tener su primera vez con Enrique. Los espíe mientras se besaban en la cancha de tenis. Mamá no estaba. Ofelia le pidió a él que la tocara. Le tomó una mano y se la metió en el escote de la bikini. Estaban mojados. Acababan de salir de la pileta. Ofelia miraba la mano de él tocándole las tetas. Enrique estaba fascinado con ella.

—Quiero que seas mi novia —le dijo.

Ofelia lo besó. Se besaban desesperados. Yo podía ver sus lenguas invasivas, enroscadas. Enrique tenía una lengua gruesa, animal, parecía una serpiente gorda y húmeda.

Él quería ser el novio de mi hermana y Ofelia sólo quería experimentar con su cuerpo. No le interesaba si era Enrique, Roberto o el primero que pasara por la playa.

Ofelia nunca se enamoró. Nunca supo lo que era el amor, a ella sólo le importaba que la hicieran sentir para grabarse. Eso. Para grabarse y escucharse, así de egoísta era.

—Si soy tu novia lo tenemos que hacer —fue la respuesta de Ofelia.

Mamá se había ido al puerto a una muestra de cuadros de una amiga pintora. Era el día ideal para que Ofelia tuviera, por fin, su primera relación sexual. Tomó de la mano a Enrique y lo llevó corriendo a su habitación.

A mí se me aceleró el corazón, me daba terror, Enrique era más grande. Estábamos ahí solas, Roberto no había venido con él. Roberto no estaba tan enamorado de mí como Enrique de mi hermana.

Yo no quería ver lo que hacían pero me asustaba la idea de que mi hermana menor estuviese encerrada con ese hombre.

Me acerqué a la habitación desde el patio. Todas las habitaciones tenían salida al patio del aljibe. Mi hermana había dejado la puertaventana abierta, y ahí, entre las cortinas que se movían apenas por el viento, pude ver en detalle cómo ella y Enrique tenían sexo. Nunca había visto una verga. Todavía no había visto la de Roberto, sólo nos habíamos besado.

Recuerdo esa primera impresión, no fue deseo, no fue admiración. Me atemorizó la verga de Enrique. Era oscura y le brillaba la punta roja, parecía de carne viva. Me cubrí la boca viéndolo entrar en Ofelia como un cuchillo. La atravesó. Ofelia lanzó un gemido de dolor. Pude sentir que me desgarraba a mí misma. Pero Ofelia sonreía, gozaba con las piernas abiertas y clavaba sus dedos en la espalda morena y sudada de su novio.

No pude creer que eso fuera normal, natural, no entendía qué podía tener de bueno, de lindo, de romántico. Los cuerpos ahí, frotándose, las pieles resbaladizas, los olores.

El olor de Enrique me dio náuseas. Era horrible lo que estaba viendo pero no podía dejar de mirarlo. Los miré en detalle, en pedazos, recuerdo cada trozo de sus cuerpos como si los hubiese fotografiado. Cuadro por cuadro.

Enrique volteó a Ofelia sin sacarle la verga de adentro, y yo me preguntaba qué estaba sintiendo ella en las tripas. ¿Dónde se metían los órganos cuando nos entraba un cuerpo tan extraño?

Ofelia quedó encastrada sobre él. Tenía los pezones más duros que nunca. Desde allí me miró. Supe que me vio. Alcancé a dar un pasito al costado cubriéndome con la cortina pero las dos supimos que nos habíamos visto.

—Más fuerte. Me gusta bien fuerte. —Ofelia era extrema, le gustaban los filos, los riesgos, las cornisas.

—Quiero que seas mi mujer para siempre —confesó Enrique sin sacar la verga de las entrañas de mi hermana.

El muchacho ahora la amaba más y eso me desconcertaba. Sentí que muy pronto debería hacer el amor con Roberto. Yo también quería que alguien se enamorara de mí y me dijera algo así: “Quiero que seas mi mujer para siempre”.

Ofelia, eufórica, le respondió.

—Para siempre.

Sin duda, en ese acto animal había algo que yo no estaba pudiendo develar. Enrique se encendió eufórico con la respuesta de mi hermana y la tomó de las caderas con mucha fuerza. La piel de Ofelia se puso colorada por la presión de los dedos de él.

Ofelia masticó un gemido, era como un gruñido que le venía de la panza y llegaba a la garganta. Enrique se retorció y levantó el torso hacia ella. Se unieron en un alarido. Ese fue el primer orgasmo que presencié en mi vida. Un

orgasmo en blanco y negro.

Me alejé de la ventana y corrí silenciosa hacia la pileta. Me zambullí queriendo borrar esas fotos que acababan de incrustarse para siempre en mi mente.

No quise cruzarme a mi hermana en todo el día. No quería estar a solas con ella. No quería hablar del tema. Vi que Enrique se fue un rato más tarde. Se besaron junto al portón de la casa que daba a la calle de ripio por donde entraban los autos.

Esa noche no quise comer y tampoco pude dormir. Las imágenes que me asaltaban ya no eran las del varón penetrando a mi hermana. Lo que me torturaba eran los gemidos de placer de Ofelia. Me daba envidia saber que yo nunca podría llegar a tanto. ¿Cómo podíamos ser hermanas y ser tan distintas?

Ofelia disfrutaba de todo, gozaba, como si tuviera más poros que el resto. Como si respirara con toda la piel. Yo era distinta. Yo necesitaba pensar más, imaginarme todo primero, tenerlo en mi cabeza.

Al otro día vinieron juntos Roberto y Enrique. Mamá estaba tomando sol en la galería así que bajamos los cuatro a la playa.

Ofelia llevó un solo pareo colorido para que nos tiráramos los cuatro. A mí me daba impresión tenerlos tan cerca. Sentía que olían distinto después de haber hecho el amor. Como si sus cuerpos tuvieran imanes y transpiraran el mismo sudor. Ofelia y Enrique estaban pegajosos y pegoteados y yo sentía que mi primer encuentro con Roberto estaba cada vez más cerca.

Ofelia giró para tomar sol de espaldas y se quitó el corpiño de la bikini. Los pezones no se le veían porque estaba boca abajo pero igual era incómodo verla sin nada. Casi desnuda.

Roberto ni la miró. Él estaba pendiente de mí, no supe si lo hacía porque yo le gustaba o porque su hermano era el novio de Ofelia.

Me tomó de la mano con dulzura mientras Enrique acariciaba la espalda desnuda de mi hermana con la punta de sus dedos.

Roberto quiso avanzar y me besó el cuello, empezó suave y fue avanzando de a poco.

Ofelia largaba risitas nerviosas. Los dedos de Enrique le hacían cosquillas y ella se doblaba como si lo sufriera.

—Pero te gusta —le dijo él.

Las cosquillas crecieron y Ofelia giró sobre sí. No le importó mostrar sus tetas, era igual a mamá. A mí me llenó de odio que hiciera eso frente a Roberto.

Mi novio la ignoró. Era obvio que si la miraba se iba a excitar y era imposible que se permitiese una erección frente a su hermano.

La piel de Roberto era idéntica a la de Enrique. Ellos sí podrían haber sido confundidos con mellizos. Ofelia y yo no nos parecíamos tanto.

Roberto me metió la lengua y yo pensé en cómo sería su verga. Quizás era igual a la de Enrique. Me tranquilizaba haberlo visto de afuera. Hubiera sido demasiado impresionante conocerlo en el mismo instante que estuviese entrando en mí.

Nunca había pensado en eso. ¿Las mujeres ven las vergas de sus novios antes de aceptar tener relaciones por primera vez? ¿Qué pasaba si te enamorabas de alguien, pasabas meses de novia y luego la tenía muy flaquita, insignificante?

¿Qué pasaría cuando Roberto me viese desnuda? Yo sólo había visto a Ofelia desnuda, y a nuestra madre, no sabía cómo eran las otras mujeres. Qué misterio el cuerpo del otro. ¿Qué necesidad de traspasar esa barrera íntima? No me interesaba para nada que un cuerpo extraño entrara en el mío.

Mientras Roberto me besaba con los ojos cerrados yo espíe a nuestros hermanos. Ofelia se había rendido ante las cosquillas y Enrique ahora le había metido la mano dentro del traje de baño, le estaba tocando ahí. Le estaba metiendo los dedos adentro. Mamá nos había enseñado a llamar las cosas por su nombre, no le gustaba que le dijéramos pochola, chuchi, cachuchis,

almejita, cachufleta. mamá nos obligaba a decirle vulva, decía que vulva sonaba más sabrosa que vagina. Que vagina era lo de adentro y que eso no importaba, que lo que importaba era la salida al mundo de la vagina, que la vulva era como el telón y que tenía que ser un telón pesado, rojo, de terciopelo importado, un telón que dieran muchas ganas de que se abriera, un telón que prometiera el mejor espectáculo.

Yo entendía que vulva era una palabra frutal, escuchaba “vulva” y se me venía a la cabeza un racimo de uvas. Todo eso pensé mientras Roberto me besaba y Enrique jugaba con sus dedos como títeres dentro de la vulva de mi hermana.

—¡Chiquitas!

Por suerte el grito de mamá interrumpió todo espectáculo. Yo estaba a punto de tener arcadas, la lengua de Roberto no dejaba espacio en mi boca.

—¡Qué suerte que están los cuatro! Me invitaron a una fiesta en My Drink y no las quería dejar solas. ¿Me puedo ir tranquila que las dejen en buenas manos?

—Somos grandes.

La que respondió fue Ofelia. Yo no tenía ganas de quedarme sola con ellos tres. Me dolía la panza de sólo pensarlo.

Miré a Enrique y lo descubrí justo en el momento en que se olía los dedos con cierto deleite.

Mamá se fue al atardecer y los varones ofrecieron encender la chimenea. Nosotras nunca prendíamos el fuego si estábamos solas, a mamá le daba miedo. Desde la muerte de papá, el experto en asados y fuegos, mamá había dejado la chimenea sin uso.

Ofelia clavó sus ojos en las brasas, hipnotizada, parecía no querer moverse de ahí. Tomó el atizador y no pudo resistir la tentación de hurgar entre los leños que ardían de un color anaranjado rabioso. Había puesto música pero cualquier melodía era tomada como base por Roberto y Enrique, que

golpeaban con sus dedos sobre la mesita de roble. Para ellos cualquier superficie era un tamborcito.

Enrique se acercó a ella y la tomó de la cintura, por detrás, y ella se enroscó para besarle sin soltar el atizador. El impulso contagió a Roberto, que me tomó a mí también para besarme. Nuestros besos siempre eran más suaves. Nuestros cuerpos todavía no habían atravesado la barrera que los hacía encastrarse.

Ofelia, sin dejar de besar a Enrique, soltó el atizador, que quedó sumergido en el mar de brasas, y miró de reojo cómo nos besábamos Roberto y yo. Nada me irritaba más que el papel de superada de Ofelia. A ella le encantaba llevarme ventaja en el sexo y se había tomado en serio el rol de institutriz.

Ofelia, para desafiarme, se montó sobre Enrique y le desabrochó el pantalón de un manotazo. Enrique se descolocó y trató de incorporarse para buscar un lugar mejor, pero Ofelia lo retuvo. Lo mantuvo inmóvil, dominante, y hundió su cabeza en su verga. Esa palabra también nos la había enseñado mamá. Le gustaba vulva y verga, decía que verga le daba la imagen del conjunto. El pito y sus alrededores. Verga era como un paseo por una isla frondosa. Decía que las entrepiernas de los varones eran como una isla que había que recorrer con mirada de viajera disfrutando de un safari. Había que recorrer en detalle la verga, explorarla, buscarle sus zonas exóticas, fértiles. La verga era un campo minado que había que explorar y eso mismo era lo que estaba haciendo mi hermana menor.

No quise ser menos y subí la camisa de Roberto. Comencé besándole el ombligo. Le dio risa y empezó a temblar, yo no sabía si eso era erótico o no. Comencé a trazar líneas con mi lengua en su abdomen y traté de pensar en otra cosa, no me animaba a desabrocharle el pantalón, no estaba lista para ese encuentro.

Roberto se me adelantó y él mismo se desabrochó el pantalón, seguramente motivado por lo que estaba disfrutando su hermano. Me sudaban las manos, le

di besitos rodeando la zona, lo único que podía pensar era en controlar el temblor, disimular el miedo.

Tenerla a Ofelia tan cerca lo empeoraba todo. Enrique temblaba pero de placer, soltaba como unos alaridos roncós, eran como soplidos con ruido. Roberto estaba cada vez más excitado, seguramente no por mis besitos tímidos sino por los sonidos de goce de su hermano.

Ofelia estaba concentrada, hundida en la selva de la verga, avanzaba valiente, desafortada, como si nadie más estuviera en el living. La miré y de pronto vi su boca abierta y nada de la verga de él. El enorme pito de Enrique había desaparecido dentro de la boca de mi hermana. ¿Cómo no vomita, cómo le entra?, pensé. Ofelia parecía una salvaje hambrienta, la reina de una tribu caníbal deglutiendo el mejor de sus banquetes. Me dio tanta bronca que cerré los ojos con fuerza y traté de hacer lo mismo que hacía cuando tenía que tragar el jarabe horrible para la tos: aguantar la respiración.

Mamá nos había enseñado que para no sentir gustos feos había que dejar de respirar. Como tenía los ojos cerrados no le emboqué bien a mi propia boca y raspé apenas la piel de Roberto con mis dientes.

—¡Cuidado! —dijo él.

Sentí la punta de la verga sobre mi paladar y se me vino una arcada desde el fondo de mi estómago vacío. Estar con los muchachos nos cortaba el apetito y no habíamos comido casi nada en todo el día, alguna aceituna de copetín y nada más. Ese mismo vacío en la panza era el que hacía que Ofelia saboreara la verga de su novio casi con desesperación.

Ofelia empezó a hacer unos sonidos como si estuviese probando el dulce de leche más rico del mundo, o el mejor chocolate. A los sonidos de Ofelia se sumaron los gemidos insoportables de Enrique.

La situación se volvió insostenible. Roberto no estaba gozando conmigo, yo estaba al borde de descomponerme del asco y los cuerpos de ellos parecían levantar vuelo. Como si la alfombrita del living junto a la chimenea estuviese

levitando.

Los miré fijo, vi el atizador al rojo vivo muy cerca de ellos, estiré mi brazo y tomé el fierro caliente. Lo apreté dentro de mi mano. Fue un impulso, necesitaba un rescate.

Grité del dolor mientras una lágrima saltó de mi ojo. Mi grito se mezcló con el gemido de Enrique. Me asustó más su grito que mi herida. Sentí que mi piel se derretía y solté el hierro ardiente.

Roberto se me tiró encima para mirarme la mano. Enrique parecía muerto mientras Ofelia se quitaba la verga de su boca como quien desenfunda un sable.

Mi hermana se lanzó hacia mí. Tenía la boca cerrada, guardaba algo dentro. Fue ahí que manoteó mi mano quemada y escupió dentro de mi palma enrojecida. Fue tan rápido su movimiento que no entendí qué quiso hacer con mi herida, pero de pronto sentí que no era sólo su saliva lo que me había puesto en la quemadura. La imbécil me había tirado el semen de su novio en la herida. La odié. La odié para siempre.

Ofelia escapó corriendo hacia el baño, fui tras ella. Quería matarla, quería refregarle ese líquido inmundo por la cara, quería que se me cayera la mano, amputarme, me parecía horrible que esa sustancia estuviera en contacto con mi piel, o lo que quedaba de ella luego de la quemazón.

Capítulo 9

La niebla

OFELIA

S abía que la estadía en esa casa debía servir para despejar viejos dolores, fantasmas, miedos. Cuando todos estaban tomando aperitivos en la pérgola, por primera vez luego de años me metí al mar. Nadé hacia dentro para no dejar que me ahogara mi propio miedo.

Andrés estaba de lo más entretenido contándole a mi madre sus hazañas en la montaña y mi madre estaba fascinada con sus cuentos de cazador. Hasta se hizo prometer una piel de gato montés para diseñarse un abrigo de color plata.

Salí del mar tiritando y así, fría, le pedí a Andrés que fuéramos al puerto a comprar los pasajes de vuelta. Ya habíamos cumplido nuestra misión ahí. La boda ya había terminado y podríamos irnos en paz.

—El puerto de Buenos Aires está cerrado por niebla. —Mi madre jamás perdería el talento para dar las peores noticias con insuperable liviandad.

—¿Cerrado hasta cuándo? —Mi pregunta tenía un objetivo: dejar bien clara mi impaciencia y mi decisión tomada. Teníamos que irnos de allí lo antes posible.

—Hasta que la naturaleza decida —celebró Andrés.

—Yo no me voy a quedar acá esperando a la naturaleza —dije.

—No te rebelas contra los dioses de los navegantes, te pueden castigar. —

Andrés parecía haberse contagiado la falta de preocupación de mi madre.

Mamá terminó su copa de martini y se metió en la casa. Juan la llevaría al pueblo; allí, en el hotel, aún estaban los invitados que habían asistido a la celebración, y mamá, como buena anfitriona, quería volver para estar con ellos y seguir de fiesta mientras continuaran varados.

—Abre el puerto y nos vamos.

Andrés me miró con calma, entendiendo que no podría resistirse a mi orden. Yo seguía tiritando. Desde el tocadiscos sonaba una música movida que me hizo vibrar. Ya había olvidado el hábito de bailar. Ni siquiera sabía cuáles eran los temas de moda. Andrés sonrió mirándome mientras mi cuerpo se movía solo para entrar en calor. El frío le dejó lugar al frenesí, me sentí más despierta, eléctrica. El efecto de las pastillas que había tomado, combinado con el chapuzón frío, me generaba una dulce excitación.

El motor del Rastrojero se encendió desde el garage de la casa. Era Juan, a punto de llevar a mi madre y a saludar a sus invitados que, paradójicamente, no habían sido vueltos a invitar a la casa.

Pude ver, por sobre el hombro de Andrés, a Lucía que miraba agazapada entre las cortinas. Su habitación era la única que daba a la galería, al mar y a la piscina. Vi cómo me miraba bailar. Seguramente ella lo hacía mejor que yo, hasta había trabajado en la televisión bailando con Juan. Yo no tenía coreografías aprendidas, yo me dejaba llevar. Mi cuerpo me llevaba.

La casa estaba desierta sin nuestra madre, hasta un poco tenebrosa. Lucía no salió del cuarto, me esquivaba. Tomé a Andrés de la mano y nos encerramos en mi habitación de adolescente.

Mientras él se bañaba tuve la necesidad de grabarme. Quería dejar constancia de mi logro: había atravesado mi peor miedo, había derribado la barrera que me impedía meterme al mar.

Revolví mi mochila, la de Andrés y el bolso de ambos. Mi grabador no aparecía por ningún lado; yo estaba segura de haberlo empacado. Mi memoria

ya no era tan frágil. No podía dudar de eso. Yo lo había guardado en mi mochila, lo había traído conmigo, mi grabador me acompañaba a todas partes.

Andrés salió desnudo del baño, le gustaba secarse más con el aire que con las toallas. Me vio desencajada revolviendo el manojito de ropa que había vaciado sobre la cama. Él también estaba seguro de haber visto el grabador en mi mochila.

—Lucía —pensé en voz alta.

—¿También le gusta grabarse?

—Le gusta todo lo que sea mío.

—Con razón me mira tanto. —Andrés lo dijo en broma pero a mí no me causó ninguna gracia.

—¿Te miró?

—Es tu hermana.

—No hagas bromas con eso.

—¿Estás celosa? —lo preguntó sonriendo, divertido con mi reacción—. ¿Me creés tan irresistible como para atraer a una flamante esposa que además es mi cuñada?

No respondí. Vacíé la cama de un manotazo, tirando todo nuestro equipaje al suelo.

—A dormir. Mañana nos vamos.

Andrés sabía resguardarse en el silencio cuando me ponía intolerante. Yo debía agradecer al cielo haber encontrado un hombre tan paciente como Andrés. Era un domador de fieras y sabía cómo hacer para que, en medio de un ataque de ira, mis garras nunca lo alcanzaran.

Prendí el ventilador de pie y apagué la luz. Le di la espalda a Andrés y me acomodé en el extremo de la cama. Él pasó su brazo por encima de mi cintura y se durmió abrazándome sin preguntar nada.

No sé si dormí. Algunas partes de la noche se me habían borrado, seguramente había dormido entrecortado. Seguramente estaba dormida cuando

Andrés se levantó.

El amanecer me encontró con los ojos más abiertos que las persianas de la habitación. Necesitaba dejar de pensar, necesitaba descansar y calmarme. Abrí el cajón de la mesa de luz y encontré allí más frascos de pastillas, los había apartado para un caso de emergencia. Este era uno de esos casos. Tragué dos pastillas, un sorbo grande de agua y me entregué al sueño.

La brisa del amanecer movía la cortina de la puertaventana que daba al patio de adoquines logrando un ritmo envolvente. No sé si me dormí o no escuchando el roce de la tela contra el marco de madera. Ni sé cuánto tiempo había pasado desde que había tomado la última pastilla. De pronto sentí otra piel que rozaba mis piernas; las sábanas se movieron, pero yo no abrí los ojos, me pesaban los párpados, estaba entregada al efecto de los somníferos y al placer que esa fricción comenzaba a provocarme.

Una mano avanzó por mi entrepierna y corrió mi bombacha hacia el costado. Yo no tenía puesto camión, sólo la bombacha. Mi cuerpo estaba adormecido pero abierto. Era extraña la sensación. De pronto la humedad y el calor de una lengua. La puntita de una lengua que separaba los labios de mi concha y se abría paso. Me estremecí por completo pero no pude abrir los ojos.

“Es un sueño, un sueño húmedo y lúcido”, pensé.

Y me entregué al goce.

La sábana se movía acariciando mi cuerpo, que estaba erizado por completo. La cabeza de ese hombre se había hecho lugar entre mis piernas. Sus manos me sujetaron fuerte los glúteos, no tuve fuerzas para oponer resistencia. Ni fuerzas ni ganas. Esa lengua mojada se fundía con mi concha, con mi vulva, también mojada, y recorría puntos desconocidos. Un cosquilleo me empezó a subir por la panza. Los dedos de él se clavaban fuerte en mis glúteos, su lengua crecía, parecía ensancharse, me lamía entera, me penetraba.

Los músculos de mis piernas se pusieron duros, la cadera se me abrió

queriendo hacerlo entrar. Esa lengua me estaba cojiendo. Mi cuerpo empezó a temblar. Ese hombre me estaba devorando, ese hombre estaba a punto de hacerme acabar, y ese hombre no era Andrés.

La pelvis se me contrajo, el corazón se me aceleró, de pronto todos mis conductos parecían recorridos por esa lengua. Todos mis músculos se unían en una convulsión. Él empezó a dar unos golpecitos con la punta de la lengua sobre mi clítoris. Fueron como disparos, como si me estuviese clavando dardos con el veneno más dulce. Esos pinchazos coronaron mi éxtasis. Me retorcí en un sollozo y caí rendida. Me entregué al sueño dentro del sueño, no quise abrir los ojos hasta unos instantes más tarde.

Sólo vi la puertaventana abierta y la cortina flameando. Me sentí empapada. El orgasmo había sido real, mi cuerpo no mentía, pero preferí pensar que había gozado sola, gracias a la combinación de somníferos y verano.

Me había excitado imaginando a alguien practicándome sexo oral en ese misterioso espacio, tan familiar para mí, que se encuentra entre el sueño y la vigilia. Temí ponerle un rostro a ese hombre. Sólo había dos hombres en la casa y me perturbaba la idea de haber tenido un sueño erótico con el marido de mi hermana.

Más tarde, en el almuerzo, noté que Lucía estaba enojada con Juan, no le dirigía la palabra ni lo miraba.

Yo tampoco cruzaba miradas con él. Me sentía constantemente monitoreada por mi hermana.

Andrés, por suerte, siempre estaba ahí para mantener la armonía y evitar que se tocaran temas incómodos en las conversaciones.

El mal humor de Lucía me estaba expulsando, el aire se cortaba con cuchillo. Era claro que algo no estaba bien entre ella y su marido y no me interesaba ser, una vez más, el chivo expiatorio de los infortunios de mi hermana mayor.

—El puerto ya debe estar abierto. Podríamos volver hoy mismo —le dije a

Andrés con seguridad; no fue una pregunta.

—No pueden irse.

El tono de voz de Juan fue más contundente que el mío. Hasta logró sacar a Lucía del mutismo en el que se había mantenido durante toda la mañana.

—Dejalos, que hagan lo que quieran.

—Recuperaste la voz. Pensé que te habías quedado sin habla.

Los chispazos entre Juan y Lucía confirmaban aún más mi decisión.

—Nos vamos hoy —insistí.

Andrés, liviano, buscando complicidad con Juan, intentó indagar en la raíz de la pelea.

—¿Conflictos de recién casados?

—Mujeres.

—Llegaste casi de día, ¿te castigaron?

—Veo que el oído no te falla.

—Ninguno de los sentidos. Te usé de despertador y salí a trotar. Me vino bien.

La conversación entre Andrés y mi cuñado de pronto me inquietó. Juan tomó la mitad de un pomelo que Lucía había cortado y lo apretó con una sola mano sobre su boca, exprimiéndolo. Clavé mis ojos en las manos de Juan y el peor de los pensamientos se me cruzó. No podía ser real. No podría haberse metido en mi habitación, en mi cama, entre mis piernas. No. De ninguna manera.

—¿Disfrutaron de las sábanas? Las traje de Italia. Se duerme mejor en algodón egipcio.

Juan me miró con un brillo perverso en los ojos mientras enjuagaba con su lengua los restos de pomelo que habían quedado sobre sus labios. Se me heló la sangre de pronto. No dije ni una palabra. Traté de convencerme de que la charla de los hombres no tenía nada que ver conmigo y lo que había sentido ese amanecer.

—¿Egipcio o italiano? ¿En qué quedamos? —La liviandad de Andrés

avivaba el orgullo de Juan.

—Tiré a la basura toda la blanquería vieja de la casa. Toallas que no secaban y sábanas que hacían transpirar.

—Un erudito, ¿trabajaste en hotelería?

—Piel sensible.

—Yo tengo el cuero duro. Si querés ponenos las sábanas que raspan, así no te arruinamos las finas.

—Apuesto a que Ofelia sintió la diferencia. Los hilos de algodón acarician entre sueños.

Me espeluznaron estas últimas palabras de Juan. Casi me desmayo ahí mismo. Tomé la ensaladera de la mesa y comencé a revolver las hojas de lechuga con desesperación. Lucía me miró con sospecha. O quizás no. Quizás era yo la que estaba sospechando de mí misma.

El sonido de un motor llegando a la casa me rescató del precipicio: era mamá. La había traído un jardinero que trabajaba en la zona y el viaje la había entusiasmado bastante. Nuestra madre parecía emanar un perfume dulce cuando estaba cerca de un hombre que le atraía. El jardinero la había encendido. Mamá llegó eufórica con una bandeja de milanesas caseras que había logrado encargarle a una cocinera del hotel. Ella siempre tenía artilugios para que alguien le resolviera las comidas.

Aproveché la llegada de mamá, le manoteé la fuente de milanesas y escapé hacia la cocina. Lucía y mamá me siguieron. Mi hermana continuaba de mal humor y nuestra madre, resacosa, daba muestras de haber tenido una noche larga.

Encendió un cigarrillo antes de comer; ese era su desayuno: un cigarrillo. Mamá podría haber sido protagonista de un comercial de cigarrillos. Tenía una conexión sensual con el tabaco, con el humo. No me imaginaba a mi madre sin un cigarrillo en la mano, o en la boca; a veces pasaba horas sin encenderlo pero lo llevaba entre los dedos, jugueteaba, se lo pasaba por los labios. Mamá

era una experta en seducción aunque estuviese sola, con nosotras. Mamá seducía a pesar de sí.

—¿Quiénes estaban anoche? —La pregunta de Lucía fue un disparo.

—¿Tu marido no te contó?

—Te estoy preguntando a vos.

—Bailamos hasta que se hizo de día y algunos se fueron a desayunar a La Fragata. No estuve pendiente de Juan.

El mal humor de Lucía tenía que ver con la llegada de su marido a la luz del día y algo que podría haber pasado la noche anterior, en aquel hotel donde se alojaban los invitados al casamiento.

—Deberías agradecerme por animar a tu gente. No entiendo por qué no fuiste. Deberían haber recibido a todos acá, prender un fuego, hacer un asado.

—Andrés es buen asador si quieren invitar a alguien —dije, intentando descomprimir.

—A Juan no le gusta tener la casa llena de gente.

—A Juan no le gusta compartir los festejos con Lucía. La pasa mejor solo —sentenció mi madre.

Entendí que los chispazos entre mi madre y Juan estaban cargados de secretos. Mamá era experta en guardar secretos. Hasta pensé que quizás ellos habían tenido algo. Me molestó esa imagen que se cruzó de golpe por mi cabeza: Juan y mamá, solos, desnudos. No, si eso había pasado era mejor no averiguarlo jamás. Lucía podría ser capaz de asesinarla.

Andrés asomó en la cocina con una copa de martini lista para agasajar a su suegra. Mamá le sonrió agradecida, por fin tenía su desayuno completo: tabaco y martini.

Ahí mismo le propuso a Andrés organizar un asado para la noche. Andrés tomó la responsabilidad de inmediato, él se había quedado con las ganas de traerles un cordero patagónico de regalo. Mamá reparó rápidamente el sentimiento de culpa de mi marido recomendándole la carne local.

Terminé de calentar las milanesas y nos reunimos alrededor de la mesa, bajo la pérgola. Lucía no miró a Juan en toda la comida, mamá no paró de hablar con Andrés y yo intenté mantener la mente en blanco. Me aturdí a pensar.

Lucía comió poco y encendió un cigarrillo. Ella no fumaba habitualmente, había algo de rebeldía en su repentina acción.

Juan la ignoró y fue hacia el tocadiscos. Quizás también como un acto de rebeldía, no colocó un disco de nuestra querida Lucía, y lo que comenzó a sonar fue “Trigal”, de Sandro.

Cada vez que Juan se trasladaba por el espacio yo tenía la necesidad de mirar hacia el lado opuesto. Era una extraña tensión, una molestia dudosa.

—Vení, Lucía —la llamó él, desde el tocadiscos.

—No quiero bailar. Quiero fumar.

—Enojate conmigo, no con tus cuerdas vocales.

Lucía lo fulminó. Asomó algo de odio en sus ojos, me pregunté qué podría ser tan grave para que ella lo mirara así.

—¡Ofelia te acompaña! —Ese era mi marido, como siempre, ajeno a cualquier tensión subyacente—. Sacate las ganas. Después hibernamos y no bailás por años.

Andrés me estaba empujando a bailar con Juan y a mí me ponía nerviosa mi propia incomodidad. Tanta tensión me delataba, no tendría que tener nada de malo bailar con tu cuñado en una sobremesa familiar. No debería ser violento ni comprometedor. Mi propia rigidez me volvía sospechosa. Intenté ser natural y encarar el baile con liviandad.

Juan estiró su mano atrayéndome hacia él. Y ahí, frente a su mujer, frente a mi marido, me atravesó con los ojos.

Esquivé su mirada y comencé a moverme dejándome llevar por la música. La espontaneidad había desaparecido del aire ese mediodía pero mi cuerpo sabía liberarse cuando la música lo encendía. El cuerpo de Juan también

vibraba, pero no era por la música, era por mí. Lo pude sentir. Pude sentir los chispazos mientras bailábamos.

—Está radiante mi hija. Con mirar a una y a otra sé cuál tuvo sexo y cuál no.

Carmen, nuestra madre, jamás perdería la espontaneidad. Mamá tenía un olfato especial para ese magnetismo que se producía entre los cuerpos. Como si tuviera la capacidad de oler las endorfinas en el aire.

—Será que el baile le causa un efecto parecido, porque desde que llegamos... —respondió Andrés, echando por tierra las fantasías de mamá.

—No me defraudes. Esta casa necesita fuego y mis hijas también.

Sentí los ojos de Lucía incrustados en mi nuca mientras, del otro lado, los de su marido me perforaban los labios.

—En la siesta no te salvás, ¿escuchaste? ¡A pedido de tu madre!

Andrés enarbolaba su promesa de sexo diurno a los cuatro vientos pero Juan me estaba cojiendo ahí mismo, sin tocarme, sólo con su deseo, su baile y su mirada. Un escalofrío me recorrió la espalda. Juan hizo un gesto con la boca que me dejó ver su lengua. Se la miré en detalle buscando una pista, una señal que me confirmara que había sido él quien me había poseído esa misma mañana.

Mamá lanzó al aire su deseo de siesta con el jardinero. La sobremesa parecía habernos erotizado a todos, menos a Lucía.

Juan interrumpió el baile de golpe y encaró a Andrés. Me paralicé por completo.

—¿Estás para nadar mar adentro? Tu mujer me hizo entrar en calor.

—No vayas al mar —le dije a Andrés.

—¿Necesitás chaleco salvavidas? —dijo Juan, batiéndolo a duelo.

—Vamos. Me va a venir bien un poco de ejercicio antes de la siesta.

Andrés se quitó la remera, desafiante, y salieron caminando a paso rápido rumbo a la playa.

Mamá los miró alejarse, de espaldas, relamiéndose. Soltó el humo que le

llenaba la boca y pensó en voz alta, como pensaba siempre.

—Si no los conociera pensaría que están cambiados. Andrés de Lucía y Juan de Ofelia.

—¿Qué tiene que ver Juan con Ofelia? —La pregunta de mi hermana clavaba una bandera en la espalda de Juan.

—Electricidad. Misterio. —La respuesta de mi madre nos puso más nerviosas a las dos.

—Andrés es el hombre más bueno del mundo —dije. Eso era lo más verdadero que yo tenía para decir.

—Te vas a aburrir. Tarde o temprano, te vas a aburrir.

Las reflexiones de mi madre siempre tenían un tono agorero que nos condenaba por su exactitud. Lucía y yo fugamos nuestros ojos al mar. No podíamos agregar más. Andrés y Juan estaban yendo hacia la orilla y sólo podíamos mirarlos y suplicar que todo siguiera igual. Que nada cambiara, que nada se echara a perder.

—¡Qué espaldas! ¡Cómo me gusta ver las espaldas de los hombres! —exclamó mamá, sin tapujos.

—¿Anoche Juan habló con alguna mujer en el hotel?

Lucía estaba obsesionada por reconstruir la noche de su marido y mamá estaba capturada por la belleza de sus yernos.

—La transparencia y los ojos tiernos de Andrés. La altura y los abdominales de Juan...

—¿Qué decís? —interrumpí.

—Diseño al hombre perfecto. Juan no es para nada simpático conmigo pero todo se le perdona por ese músculo oblicuo, ¡qué regalo de Dios, un surco que te indica el camino!

Nuestra madre parecía comérselos con los ojos, estaba acalorada. Se abanicó con la pantalla de bambú que, según ella, le había traído de una gira un amante muy famoso, estrella de la canción. Pensé que quizás nuestra madre

tendría fantasías sexuales con nuestros hombres. Con los dos juntos. Que se tocaría pensando en ellos. Mamá siempre nos había hablado de la importancia de la autosatisfacción. Ella veía un acto de libertad y una vía de conocimiento en la masturbación. A Lucía nunca le interesó mucho escuchar sus consejos, la irritaban esos temas.

Mi acto de agradecimiento más sincero fue no sentir celos si mi madre se erotizaba con mi amor. Era lo mínimo que le podía ofrecer a cambio de tanto conocimiento y libertad.

Lo que sí me inquietaba era que Andrés estuviese a solas con Juan.

Me aparté unos pasos, no los quería perder de vista. Andrés no estaba acostumbrado al mar y no era un excelso nadador.

—Esto amerita otro martini y una buena vista panorámica.

Mamá rellenó su copa hasta el borde y marchó hacia el mirador. Los hombres se veían cada vez más lejos, me preocupaba que se alejaran tanto. Me turbaba pensarlos juntos en la profundidad del mar. Desconfiaba de lo que Juan pudiera decirle a Andrés y me torturaba imaginar alguna posible reacción de mi marido.

Subí corriendo las escaleras del mirador. Desde allí se veían las cabezas, los brazos, el mar estaba agitado, aunque no tanto como yo.

—¿Qué hacen? ¡Que vuelvan!

—Dejalos. Son hombres. Necesitan medirse.

—Lo voy a buscar.

—No lo humilles. No podés hacerlo salir a los gritos.

—Andrés no le tiene miedo a nada, es un inconsciente.

—Juan controla todo. No te preocupes. —Lucía ni los miraba. Sólo fumaba y perdía su vista en el horizonte.

—La que parece muy preocupada sos vos. No cambiaste la cara en todo el almuerzo. —El comentario de mamá calaba hondo en la coraza de mi hermana.

—Algo le pasó a Juan.

—¿Algo?

—Alguna mujer.

Me aterró la posibilidad de ser esa mujer, escapé de la acusación de mi hermana y partí al auxilio de Andrés, algo no estaba bien aguas adentro.

Atravesé el jardín, crucé la duna que daba inicio a la playa pública y les grité desde la orilla para que volvieran.

Los cuerpos de Andrés y Juan parecían estar entrelazados. Reconocí los brazos de uno, la cabeza del otro. La peor pesadilla se revelaba frente a mis ojos. Los vi luchando, dando manotazos, hundiéndose, asomando de nuevo.

Grité sus nombres con desesperación, ese mismo mar no podía volver a tragarse a nuestros hombres.

Lucía llegó de golpe, vino corriendo hasta mí.

—Se están peleando. Algo pasó.

Las palabras de mi hermana confirmaron lo peor: ya nada era una alucinación mía, no se trataba de un sueño ni de espejismos. Estábamos ahí, las dos, viendo a nuestros hombres reñirse como fieras.

Una leve calma asomó en la superficie. Los cuerpos enredados se separaron y Juan nadó enérgico hacia la orilla.

Salió del mar hecho un toro, ni nos miró. Las dos lo observamos con recelo pero no nos atrevimos a preguntar. Lucía salió tras él ofendida por algo que ninguna de las dos terminaba de comprender.

Esperé a Andrés, que avanzó apacible hacia la orilla. Lo miré con culpa, no sabía qué me esperaba. Su sonrisa me descolocó, sentí alivio. Andrés me devolvía la paz cuando todo parecía estar por estallar en mil pedazos. Él estaba tentado de risa y yo no sabía si reír o llorar. Algo había pasado allí adentro, en pleno océano, algo que no me atreví a investigar.

—No se le puede hacer una broma a tu cuñado.

Eso fue lo único que dijo. Me aferré a su mano y volvimos a casa. Nos encerramos en la habitación y no pregunté más.

Mientras Andrés se duchaba yo no podía hacer otra cosa que fijar mi vista en el ventilador de pie. Estaba agobiada, demasiada intensidad, demasiadas sensaciones físicas. Mi único deseo era borrarlo todo. Borrar cada instante de ese día como se me borraban las imágenes de la adolescencia. Necesitaba confundirme, volver a ser difusa.

—Juan tiene razón.

Era Andrés, desnudo, desde la puerta de nuestro baño, mientras sobaba su piel con una toalla mullida.

—Se siente la suavidad. ¿O ya me estaré contagiando?

Recién ahí entendí que hablaba de la toalla y la manía que tenía Juan por la calidad de las telas.

Andrés, rápidamente, sin importarle la nobleza de esa toalla, la hizo un bollo con sus manos, la arrojó contra un rincón de la habitación y se abalanzó sobre mi cuerpo. Yo ya estaba duchada, en bombacha, sólo cubierta por una sábana de mejor estirpe que el toallón desechado.

—¿No ibas a buscar un cordero para la noche?

—Sobra el tiempo acá.

—Te levantaste temprano, ¿no tenés sueño?

—Después duermo.

Andrés mantenía la excitación del almuerzo y estaba decidido a cumplir su pacto de sexo en la siesta. Me besó encendido; Andrés era rústico, viril y práctico. Me quitó la bombacha con un movimiento preciso. Agradecí no tener puesta la misma bombacha del amanecer.

Andrés iba directo al punto, sin preámbulos, su verga se ponía dura de golpe y me la encastraba con velocidad.

El deseo de ser penetrada me habitaba desde temprano, mi piel todavía guardaba huellas de esa mañana húmeda.

Cerré los ojos y clavé mis dedos en la espalda de mi amor. Quería seguir siendo suya y sólo suya.

—Estás empapada —dijo.

Quizás no había dejado de estarlo. De todos modos mi objetivo era barrer cualquier vestigio que pudiera haber quedado de ese perturbador despertar. Me entregué al placer, necesitaba liberarme. Dejé salir mis gemidos sin importar que me escuchasen. O peor, quería que mi hermana y su marido supieran que entre Andrés y yo el deseo permanecía intacto.

Abrí los ojos para imprimir la mirada de goce de mi hombre. Él era mi hombre y yo iba a ser su mujer. Para siempre.

Fue ahí que una silueta me distrajo. Alguien estaba de pie junto a la puertaventana, la cortina se movía y dejaba su sombra a la vista.

Pensé que sería él, el mismo que había cometido la atrocidad de burlar mi sueño.

Andrés, concentrado en cojerme, no percibió a ese tercero que nos espiaba. Y yo descubrí lo más previsible: no era Juan el que nos espiaba, era ella otra vez, mi hermana.

Apreté mis mandíbulas con furia, me aferré a Andrés y así, como una estocada rabiosa, le dediqué a Lucía mi primer orgasmo.

Andrés me giró sin dejar de penetrarme, él sabía cuál era mi posición preferida, aunque seguía ignorando la mirada presente de su cuñada.

Lo monté con destreza y furor. Le ofrendé esa cabalgata al morbo de mi hermana. Tomé a Andrés con fuerza de las muñecas y ametrallé a Lucía con uno, dos, tres orgasmos. Le dejé claro que no necesitaba a otro hombre, Andrés podía saciarme aun en mis momentos más voraces.

Andrés se retorció de placer soltando un respingo grave. Terminamos juntos y nos desinflamos, acabábamos de extinguir cualquier duda posible pero, también, acabábamos de encender la mecha al esquivo deseo de mi hermana.

Capítulo 10

Vapor

LUCÍA

Corrí por el patio empedrado y me sumergí en mi habitación. Busqué a mi marido con la mirada pero no lo encontré en nuestra cama. Desde el baño se oía la ducha abierta. Fui hacia allí, entré sin golpear y tampoco lo encontré en la bañera. El vapor no me dejó ver más allá cuando Juan me sorprendió entre la niebla.

—Me estoy bañando.

—¿Puedo bañarme con vos?

—Pensé que no me hablabas.

—No vine a hablar.

Juan estaba sudado y húmedo pero no se estaba bañando. Quizás estaba masturbándose. Lo tomé de los hombros y lo guié hacia el cubículo de la ducha. Él estaba demasiado excitado, sin duda lo había interrumpido en el momento justo. Me tomó de las caderas con violencia, me alzó y me sentó sobre la pileta. Quedamos encajados en medio de los tres espejos, rodeados por nuestros propios cuerpos. Multiplicados. El vapor me dejó ver un rasguño en la cintura de mi marido. Un rasguño que cruzaba sus dorsales.

—¿Quién te hizo esto?

—Adiviná.

A Juan le gustaba provocarme, jugar con mis celos, él gozaba con mi inseguridad.

Me helé de golpe mirándole esa marca pero Juan me tomó de la nuca y llenó mi boca con su lengua, callándome, como si me amordazara. Así eran sus besos, vehementes, implacables. Juan sabía dominarme. Me bajó de la pileta y me estampó contra uno de los espejos. Ahí me tiró del pelo para hacerme bajar. Él sabía que chupársela no era una de mis acciones preferidas. Otra vez me estaba provocando, otra vez me estrellaba contra mis inseguridades más profundas. Soltó un suspiro casi de hartazgo, me giró poniéndome de espaldas a él y frente al espejo. Y así, por detrás, me penetró con brutalidad.

Clavé mis ojos en los suyos a través del espejo pero él no me estaba mirando, él se veía a sí mismo. Él se miraba y yo lo miraba sabiendo que, mientras ensartaba mi cuerpo, otra mujer ocupaba sus pensamientos. Otra mujer lo estaba haciendo arder.

La eyaculación llegó más rápido de lo que yo hubiera podido soportar, me salvó su urgencia.

Juan se enjuagó y salió del cuarto de baño. No le volví a hablar. Me duché sola y esperé oír el motor del Rastrojero alejándose de la casa para salir de mi habitación.

Los hombres habían marchado a comprar carne para la noche. Busqué a Ofelia por la casa y la encontré de pie junto al portón principal. Se había despedido de ellos y había quedado clavada ahí, como una estaca, en el límite que separaba la casa de la calle. Estar a solas conmigo le causaba pavor.

Me acerqué a paso lento sin querer asustarla. Ella volteó y me miró de lleno.

—Devolveme el grabador. Lo tenía en mi bolso. Lo agarraste vos.

Ofelia me estaba acusando de algo de lo que yo no tenía la más mínima idea. No sólo no había visto su grabador sino que desconocía por completo su supervivencia.

—¿Y las cintas?

Respondí con esa pregunta buscando alguna pista en su respuesta.

—¿Qué cintas? Creí que ya ni existían.

—Existen.

—Rompiste todas mis fotos. Podrías haber destruido las grabaciones —
gritó.

Su reclamo cargaba un tono de amenaza. No supe qué responder. Me paralicé al pensar que el grabador y las cintas habían caído en manos de mi marido.

Ofelia corrió hacia la casa y se mandó directo a mi habitación. Sin pedir permiso hundió su cabeza en nuestro vestidor, revolvió estantes, cajones, se descargó contra mi lencería y mis vestidos de Pucci.

—¡Vas a arrugar todo! ¡Te dije que acá no hay nada! Capaz lo agarró Andrés. ¿Por qué no vas a revolver sus cosas?

Ofelia estaba ciega y desesperada. Allí, entre mis cosas, encontró la cadenita de plata de la que alguna vez colgó su dije con piedra azul. Se quedó dura al encontrarla. El fantasma de su novio Enrique volvía a meterse entre nosotras. Esa cadenita era el símbolo de la promesa de amor que los había unido. Tragó saliva como ahogando un sollozo viejo, un dolor del pasado y se lanzó hacia el baño.

Me quedé dura junto al vestidor pero, al verla cruzar la puerta del baño, recordé la situación en la que había encontrado a mi marido minutos antes. ¿Qué estaba haciendo Juan con la ducha encendida, ahí, entre el vapor? Yo lo había sorprendido, él estaba nervioso, perturbado. Su cuerpo mostraba rastros de una masturbación trunca y mi cuerpo había sido depósito de una eyaculación que no me correspondía.

Marché hacia el baño sabiendo que podría confirmar lo peor.

Ofelia estaba acuclillada. Acababa de vaciar el contenido de la caja de cintas en el suelo. Revolvía con sus manos los rollos de su infancia mientras

leía las etiquetas. Su grabador también estaba allí. Mi hermana lo había encontrado en el mueble del baño, escondido entre las toallas, debajo de los lavabos.

La miré seca mientras pensé una estrategia creíble.

—Dejalos acá.

—Los estuviste escuchando.

—Sí. ¿Qué tiene? Todo lo que contás me lo acuerdo. No necesito grabarme para recordar.

Mentirle era mi única arma para cubrir a Juan. Que Ofelia se supiera espiada por mi marido me destrozaba por completo, me anulaba, me sacaba de juego.

Mi hermana abrazó su grabador y volvió a guardar las cintas dentro de la caja, pero yo no podía dejar que se llevara todo.

—¿Vas a arriesgarte a que las escuche Andrés? Acá nadie las va a encontrar.

Ofelia me ignoró y avanzó hacia la puerta. Me crucé en su camino cortándole el paso. No la podía dejar ir. Me quedaba sin excusas si Juan se sabía descubierto por ella.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a grabar.

—¿Para qué?

—Para recordar. Vos lo dijiste: grabo porque después me olvido.

—¿Te sigue pasando? ¿Olvidarte?

Ofelia, por toda respuesta, me quitó del medio dándome un empujón y se abrió paso.

—¡Ojalá yo pudiera olvidarme, pero no! ¡No me olvido de nada! ¿Sabés? ¡Por tu culpa me pasa todo lo que me pasa!

Ofelia se volteó y me miró desafiante.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que te pasa, Lucía? ¿Qué te pasa? Si a vos nunca te

pasó nada.

Me quedé dura mientras ella se alejaba con la mercancía en sus manos. Ofelia estaba cargando, en esa caja, el peso de nuestra memoria compartida.

Capítulo 11

Esa voz

OFELIA

Me atrincheré en el bosquecito aledaño a la casa. El mismo bosque que había sido testigo de tantos momentos de nuestra infancia. Ese era nuestro espacio preferido para la exploración y los descubrimientos. A nuestra madre le gustaba la aventura, la naturaleza, y siempre nos inventaba juegos en el bosque, búsquedas del tesoro, expediciones. Después crecimos y comenzamos a perdernos entre los árboles por nuestra cuenta, sin mamá. Ahí di mi primer beso, ahí nos escondíamos con nuestros novios. El bosque era sagrado y guardaba todos nuestros secretos, esos mismos secretos que atesoraban mis grabaciones de la adolescencia.

Coloqué el grabador entre mis piernas y tomé un rollo de cinta al azar. Me temblaban las manos, transpiraba. Sentí los nervios de estar espiando a alguien aunque sabía que en esas grabaciones sólo escucharía mi voz. Me daba pavor recuperar imágenes perdidas. Mi memoria confusa me había salvado de los peores traumas pero por algo yo me había ocupado de grabar y rotular cada episodio importante, por algo estaba de nuevo en ese bosque dispuesta a descubrir lo que fuera, por algo esas cintas habían sobrevivido a las tijeras de mi hermana. Lucía se había ocupado de recortar mi rostro en cada foto familiar, me había extirpado cuidadosamente de cada álbum. Lucía me había

amputado de su vida pero no había podido borrar esas cintas.

Oprimí ese botón duro, gastado, pero mi voz de niña salió del aparato como una bocanada de aire fresco. Me escuché liviana, inocente, hasta feliz:

—Te llenás la boca de saliva y le mojás bien todo el pito. Esparcís la saliva con la mano para que quede resbaloso. Tapás los dientes con los labios para no raspar. Primero hacés de cuenta que es una banana. Como si te la fueras a comer pero sin morder. Y empezás a enroscar la lengua, para un lado, para el otro. Siempre sujetando con la mano. Para mantenerlo duro, apretadito. Si te gusta a vos, a él le va a gustar.

Sonreí al escucharme. No recordaba nada de aquel momento pero todo indicaba que le estaba enseñando a Lucía a chupar una verga.

—¿Y si no me gusta? ¿Se da cuenta? —La voz de Lucía en mi propia grabación me sorprendió. No solía grabarme con ella, pero se ve que esa vez fue una excepción. Una suerte de clase teórica grabada.

—Imposible que no te guste. Probá.

—¿Qué te gusta? ¿El sabor?

—Cuando crece. Se hincha y te ocupa toda la boca de pronto. Como si lo inflaras de tanto chuparlo. Como si tu lengua lo hiciera revivir. Crece y crece como un pichoncito que de pronto vuela. Cuando cierro los ojos pienso que mi lengua y la verga de Enrique están hechas de la misma cosa. Como hermanitas mellizas.

Las risitas nerviosas de ambas pusieron el punto final a esa cinta. Se nos escuchaba curiosas y aventureras. Entendí que para esa época yo ya había tenido relaciones con Enrique, mi primer hombre, pero, por supuesto, Lucía todavía era virgen. Como lo siguió siendo durante todo aquel verano.

Revolví entre las cintas y encontré una de las primeras, mi preferida, aquella grabación donde había dejado impresas las sensaciones de aquel primer beso. Ese primer encuentro con Enrique había sido un umbral. Un umbral que nos había puesto a prueba a mí y a mi hermana.

—Enrique me metió la mano por adentro de la blusa. Me tocó un pecho mientras nos besábamos. Es la primera vez que siento la mano de un varón en mi pezón. Le transpiraba la mano. Yo tenía los ojos cerrados, me hubiese gustado ver mi pezón entre sus dedos. No me dio nervios. Las píldoras del amor me hacen bien. Mamá tiene razón. Tengo las tetas más hinchadas. Ya somos mujeres. Cuando Enrique me vuelva a besar voy a sacarme la blusa.

La voz de la grabación me llevó directo a aquel día. Me recuerdo concentrada grabando mis sensaciones, sentada en el mirador que daba a la pileta. Lucía me espiaba, siempre sigilosa, escondida. Yo sentí sus pasitos corriendo escalones abajo. La recuerdo tirándose a la pileta. Mi relato la había movilizado. Desde ese día supe que cada vez que yo grabara, Lucía iba a estar escuchando. O que tarde o temprano me robaría las cintas para oírlas. Recordé que me gustaba saberme escuchada por mi hermana, disfrutaba de ser la primera de las dos explorando la sexualidad.

Miré las copas de los árboles de ese bosque y pensé en la cantidad de años que habían pasado. Lucía y yo habíamos dejado de ser cómplices. Nunca supe cómo fue su primera vez con un hombre. Ni cómo habían sido sus comienzos con Juan. Los roces entre nosotras nos habían distanciado. Lucía sentía rechazo por mí, me culpaba de todos sus males. Eso me había alejado, me enfermaba su odio.

A mis dieciocho años me fui de la ciudad, dejé el amplio y señorial departamento de mamá para refugiarme en una secta de meditación trascendental fundada por un Maestro que había llegado de Los Ángeles directo a las sierras cordobesas. Establecí un vínculo simbiótico y destructivo con ese Maestro, Maharishi; él decía que hasta John Lennon había sido su discípulo en California.

Maharishi era encantador, sabio, paternal. Me sentí a salvo el día que me recibió en el recinto. Tardé pocos minutos en enamorarme, en creer que era mi alma gemela, el hombre de mi vida. Días después entendí que todas las

mujeres que estaban en la comunidad creían lo mismo. Él lograba hacernos sentir egoístas y poco evolucionadas por no querer compartir su amor. No pude grabar relatos de esa época. Maharishi no me dejaba atar a nada, ni siquiera a mi frágil memoria.

Nunca pude recordar en detalle aquellas ceremonias sexuales masivas. Ahí probé el LSD y ni sé qué otras drogas. Alcancé puntos altísimos de éxtasis, dejé de tener piel durante meses, me sentía en carne viva, como si las terminaciones nerviosas de todo mi cuerpo hubieran estado en la superficie, en contacto con el aire. Una sola brisa podía excitarme al máximo. Esa extrema sensibilidad podría haberme vuelto loca. Escapando de Lucía había buscado protección en el infierno.

Mi cuerpo era más sabio y él solito buscó la salida. Un día, en una meditación, supe que mi destino estaba en otra montaña, más al sur. Así llegué a Andrés y a mi verdadera sanación: la Patagonia.

Durante todos esos años no tuve contacto con Lucía. Cada una sabía de la otra lo que nuestra madre se ocupaba de transmitir. La comunicación con mamá era inevitable. Me daba culpa no verla, y además era ella la que se ocupaba de enviarme giros telegráficos cada vez que necesitaba dinero.

Escuchar mi voz de la adolescencia me había sumergido en un repaso de nuestras historias. Y allí estaba yo de vuelta, con aquel grabador, en el bosque de la sabiduría.

Pensé en Lucía, en todos esos años jamás supe qué había pasado con la sexualidad de mi hermana. Podría haberse vuelto célibe, monja, lesbiana. Nada me hubiese sorprendido. Mamá nunca me habló de Juan, Lucía se lo tenía prohibido, y mamá, fiel a los secretos, había cumplido su promesa.

Quizás Juan había sido el único hombre de mi hermana, el primero. Quizás Lucía había cumplido el sueño de casarse con el hombre que la desvirgó.

Revolví la caja de cintas y activé otra grabación.

—Lucía dice que tengo el diablo adentro y que por eso beso mejor que

ella. Que el diablo besa mejor que nadie porque viene del fuego. Ahora quiere que deje de hacer el amor con Enrique porque ella no se anima a hacerlo con Roberto. Dice que tenemos que hacer las dos lo mismo. Que si no Roberto la va a dejar.

Un escalofrío me erizó la piel. Recordé de golpe la atrocidad que había hecho Lucía. Ese mismo verano ella había descubierto que no podía sentir, o que jamás sentiría con mi misma intensidad.

Recordé aquella noche; Lucía había querido entrar a mi baño, yo estaba jugueteando con el bidet. La había escuchado a mamá haciéndolo y me gustaba, me calmaba. Antes de ir a dormir, después de ducharme, me sentaba sobre el bidet y podía pasar horas sintiendo el chorro de agua tibia acariciar mi vulva. Así estaba yo esa noche cuando eché a Lucía del baño y se ofendió.

Un rato más tarde me asomé al living porque vi el resplandor del fuego encendido. Ahí estaba Lucía, sola, sentada con las piernas abiertas, desnuda frente al fuego. Me dio pudor invadirla, entendí que era un momento íntimo de mi hermana y supe que no tenía que interrumpir. No quería hacer lo que tanto me molestaba que ella me hiciera a mí.

Volví sobre mis pasos, silenciosa, no quería desconcentrarla. Un sollozo repentino me llamó la atención. Giré para saber si estaba todo bien y ahí descubrí que Lucía tenía los ojos cerrados y apretaba un almohadón con sus dientes como preparándose para un dolor fatal.

Su expresión me espeluznó pero no pude detenerla. Una lágrima se anticipaba en su mejilla. Abrió los ojos apenas, manoteó la brasa más roja de todas y se la llevó a la entrepierna con un movimiento rápido, como quien marca a fuego a una vaca.

Grité de espanto. Ella no. No gritó, Lucía sólo mordió el almohadón y lloró.

Salté sobre mi hermana para liberarla de tanto dolor. Estaba roja; le di un manotazo a la brasa, un manotazo tan rápido que no llegó a quemarme. La brasa se ennegreció sobre las baldosas que rodeaban la chimenea. Se volvió

carbón de golpe, como si el contacto con el clítoris de mi hermana la hubiese petrificado.

—¿Qué hiciste?

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritaba ella, pidiendo auxilio.

Mamá apareció tambaleando desde su habitación. Estaba desnuda y somnolienta. Mamá dormía sin ropa pero se tapaba con pastillas que la cubrían hasta del frío.

—¡Me quemó! ¡Me quemó!

Lucía me acusaba a los gritos con su entrepierna en carne viva. No pude contradecirla, no pude reaccionar, yo podría haberlo evitado. Podría haberle abierto la puerta del baño para enseñarle el dulce placer de sentir la tibieza del chorrillo del bidet. Podría haberla interrumpido antes de que ella agarrase la brasa caliente.

Lucía se había quemado a propósito, había querido sentir más que yo, o quizás no, quizás su objetivo era clausurarse por lo que restaba del verano. Si ese había sido su fin, acababa de conseguirlo.

Recordé a mi hermana cambiándose las vendas, a mi madre abriendo hojas de aloe vera y untando la entrepierna de Lucía con esa gelatina fresca que sale de adentro de la planta. Recordé que hice lo mismo a escondidas, a la sombra de los árboles del bosque, para sentir esa frescura. A veces quedaba irritada después de hacer el amor tantas veces con Enrique. El aloe vera regeneraba todo, decía mamá.

También recordé la culpa que sentía al ver a Lucía vendada, sin meterse en la pileta, sin tomar sol. Esa culpa me había hecho dudar de mí misma. En aquel momento pensaba que quizás era cierto que yo la había quemado. Así de vulnerable era yo, así de propensa, hasta podían convencerme de actos que jamás había realizado.

Abracé el grabador, las cintas y me fui. El bosque había comenzado a asfixiarme. Caminé por la playa a paso rápido. Ni pude mirar el mar. Mis ojos

estaban metidos para adentro, sólo podía ver esas fotos del pasado que pasaban frenéticas sobre mi frente. El grabador me acompañó sonando todo el trayecto hacia la casa.

—*Enrique no me entendió. Lucía dice que Roberto se enamoró de mí después de esa chupada. Que por eso se pelearon. Que por eso nos dejaron.*

La peor noche de aquel verano se me hizo carne de pronto. Lucía me había pedido ayuda, tenía pánico de que Roberto la dejara. Mamá nos había dicho que teníamos que tener siempre bien atendidos a nuestros hombres. Que cuando un hombre está mal atendido se saca las ganas con otra.

Enrique y yo hacíamos el amor todo el tiempo, todos los días y en cada rincón de la playa, del bosque, de la casa. Lucía, en cambio, se la pasaba improvisando excusas para no concretar con Roberto.

Los días habían pasado y su período también. La regla era el pretexto preferido de mi hermana, y Roberto venía contando los días, hasta que la quemadura la dejó fuera de juego por completo. Lucía estaba inhabilitada y entonces me pidió ayuda, no quería perderlo.

Era de noche y ella estaba con él en la cama de nuestra madre. Mamá había salido, tenía una fiesta temática en un boliche céntrico. Cada miércoles había una fiesta distinta y a ella le encantaba disfrazarse y salir con un novio que la buscaba en un auto convertible; nunca nos dejó verle la cara.

Roberto, Lucía y yo habíamos tomado un vino blanco dulce típico de Uruguay. Enrique no había podido venir porque trabajaba esa noche en la misma fiesta a la que iba mamá. Roberto todavía era menor de edad y no podía trabajar en locales nocturnos, aunque a veces lo hacía lavando copas en la cocina. Los hermanos, como todos los lugareños, aprovechaban el verano para hacer trabajitos de temporada.

Lucía tenía las compresas con aloe vera debajo de su bombacha, el vendaje se había convertido en cinturón de castidad.

Roberto le prometía que la esperaría hasta el próximo verano sin tener

relaciones con otras mujeres. Él estaba enamorado de Lucía, yo podía verlo en sus ojos.

Mamá ya nos había contado que éramos tema de conversación en los bailes y los encuentros de la gente bien. Las hermanitas de la aristocracia argentina con los hermanos candomberos.

A nuestra madre le divertía muchísimo que se hablara de nosotras. Ella sólo decía que nunca había visto a sus hijas tan felices y aseguraba que éramos la envidia de todas las porteñas que veraneaban en Punta del Este por aquellos años.

Lo cierto es que esa noche Lucía, algo borrachita por el vino dulce, se subió sobre Roberto y, antes de besarlo, prometió que le daría un premio.

—No abras los ojos por nada del mundo. Por suerte no me vendaron la boca —le dijo.

Lucía lo besó tierna y bajó por su cuello, le lamió el pecho, las tetillas, hasta llegar a la cintura. Le rodeó el obliquo con su lengua. Roberto, con los ojos cerrados, se movía acusando cosquillas. Hasta allí no hubo sorpresa para Roberto.

Yo estaba alerta junto a la puerta entornada. Desde allí pude ver cómo Lucía, con suavidad, desabrochó el pantalón de él; se lo bajó sin urgencia, todo era calmo, suave, hasta inocente.

Roberto sonreía entregado al placer que aún no había llegado.

Lucía metió la mano dentro del calzoncillo de su novio y sacó su verga afuera.

Pude ver la punta del pene de Roberto que asomaba por debajo del elástico del calzoncillo.

Lucía avanzó con sus besos, esquivando el pito: le chupó la ingle, los muslos y hasta las rodillas. Roberto tiritaba de la risa.

Esperé la seña precisa que indicara mi entrada y aparecí para hacer mi parte. Lucía se apartó de la piel de su novio dándome el paso a mí.

Retomé sus besos en la rodilla, en perfecta transición, para que no fuera brusco el cambio. Copié exactamente el ritmo de mi hermana, eran besos cortos, bastante secos, intercalados con lengüitas traviesas.

Yo, cada tanto, miraba a Lucía esperando su gesto de aprobación, o una mirada de arrepentimiento para abortar todo acto.

—Así. Mi amor —susurró Roberto.

Esas palabras en la boca de su novio encendieron los ojos de mi hermana. La miré dudando pero no vislumbré celos en su mirada, al contrario, de pronto la había visto gozar.

Lucía me empujó con un gesto indescriptible que hizo con la boca. Avancé en mi acción y mi lengua fue derecho a la verga de mi cuñado. Se la chupé a mi manera, de la única manera que lo sabía hacer. El pito de Roberto era bastante parecido al de mi novio, cerré los ojos y olvidé que no se trataba de Enrique.

—¡Así! ¡Qué bien lo estás haciendo!

Roberto se hinchó de golpe. Todo estaba funcionando perfecto.

Lucía se excitó y se trepó a la cama. Parecía una gata en celo. Nunca había visto a mi hermana así, su cuerpo parecía otro, parecía vivo, ardiente.

Lucía tomó el rostro de Roberto y le metió la lengua hasta la garganta.

Lo besó con pasión, mareándolo. Fue en ese momento que Roberto abrió los ojos de golpe, extrañado. Su novia lo estaba besando pero alguien seguía practicándole sexo oral.

Mi hermana intentó callarlo cruzando su dedo índice sobre los labios carnosos de su hombre. Pero Roberto no se quedó tranquilo. Se sentó en la cama de un salto y se espantó al ver mi cabeza entre sus piernas.

Su pito estaba más duro, más grueso y con la punta más roja que el de su hermano. No dejé de chuparlo.

—¿Qué hacen?

—¿Te gusta o no te gusta? —preguntó Lucía.

Los miré sin dejar de chupar. Mis ojos se cruzaron con los de Roberto y pude sentir que su excitación creció al vernos a las dos. Lucía le cerró la boca de un beso. Roberto no pudo resistirse a tanto disfrute.

Lucía se mantuvo besándolo y yo lo chupé hasta sentir que su orgasmo estaba viniendo.

Saqué su pito de mi boca y vi la leche caliente que salía a borbotones y caía sobre su propio ombligo. Lucía no lo miraba a él, me miraba a mí.

Volví a mi presente, de vuelta en esa casa, con ella, con su marido, con mi amor. Otra vez ahí, sentada en el mirador que daba a la pileta. No podía dejar de escuchar las cintas. No podía dejar de recordar. Y no podía dejar de sentir asco, revoltijo, ganas de vomitar.

Nos imaginé tan chiquitas, tan expuestas, tan curiosas. Lucía y yo habíamos tenido mala suerte. Nunca quisimos hacerle mal a nadie. Éramos libres, algo salvajes, éramos sobrevivientes. Antes de quitar ese rollo escuché el último fragmento.

—Para mí no era grave. No hicimos el amor, ni lo besé. Chupar un pito no es importante. Es como chupar un dedo.

Me daba lástima escucharme tan inocente. Lástima y nostalgia. El sexo era algo tan lindo, tan sano, tan natural. ¿Por qué los humanos lo echamos todo a perder? ¿Por qué nos enfermamos tanto?

La grabación saltó y tomé otra. Quería escuchar todas. Quería unir las piezas. Quería más pistas sobre mi hermana. Ella lo había planeado todo. Lucía había besado a Roberto. Lucía había roto el pacto. Lucía se había calentado mirándome a mí. Con Enrique, con Roberto y ahora lo hacía espionando mi cama con Andrés. Lucía me odiaba pero me deseaba. Me daba pavor darme cuenta de semejante cosa. No podía pensar eso de mi hermana, ¿en qué momento me había vuelto tan enroscada?

Revolví la caja de cintas y coloqué otra, al azar.

—Como no sabía si lo había soñado le mentí a mamá y hace una semana

que no tomo las pastillas de la epilepsia. Mamá decía que no las podía dejar de tomar de golpe. Siento temblores pero son lindos. No quiero apagarme con esas pastillas. Me gusta la sensación de electricidad cuando tengo relaciones con Enrique. Es como agarrar un cable pelado. Mi cabeza a veces se olvida de las cosas pero mi cuerpo no. Me calma saber que mi cuerpo guarda todo. Como este grabador.

No pude contener las lágrimas. Me abracé a mí misma. Le pedí perdón a mi cuerpo y le di las gracias.

La música del piano comenzó a sonar desde la sala. Y con la música hizo su aparición mamá. Siempre con colorida túnica y copa de martini en mano.

—¿Se puede saber qué pasó con tu hermana que no me habla? ¡Esto es el colmo! ¿Ustedes tienen sexo en la siesta y yo sigo siendo la única de buen humor?

No respondí. Mamá subió la escalerita del mirador y se sentó junto a mí. No despegué mis ojos del horizonte. El atardecer estaba próximo.

—¿Qué son esas grabaciones?

—Nunca fui epiléptica.

—¿Qué decís, hija?

—Siempre me llenaste de pastillas.

—No empecemos con los reclamos. Las madres hacemos lo que podemos.

—¿Y ese cuento del mellizo, que Lucía nació con un varón?

—Con lo que sufrí. Se me cortó la leche al instante, pobre bebita Lucía. ¡No entiendo por qué me atacan! ¿Quieren que me suicide yo también? No lo van a lograr.

—¿Quién se suicidó?

—Un borracho en el pueblo. Contame de la siesta. Me fui a buscar al jardinero. Estaba todo sudado desmalezando un terreno acá cerca. Me dijo que la señora está esperando un bebé. ¿Y qué tiene que ver?, me pregunto yo. No quiso nada el culposo. Jamás entenderé el sentimiento de culpa.

No la toleré más y corrí escaleras abajo. Me lancé de espaldas a la pileta con los brazos abiertos y los ojos cerrados; mi cuerpo se hundió, el agua calma de la pileta era como una bendición en medio de mi tormento. Abrí los ojos debajo del agua y vi la silueta de mamá parada en lo alto del mirador. La miré a través de ese velo de agua cristalina. Así había sido siempre, velada, confusa, con su copa en la mano y su rostro tan lleno de secretos borrosos. Mamá no sabía lo que era la culpa, quizás tampoco recordaba cómo se sentía el dolor. Mamá era una activista de la alegría y moriría en su ley sosteniendo esa postura tan libre y tan sola. Feliz y negadora. Mamá nos había llenado de cuentos y hasta había podido reemplazar nuestros recuerdos más amargos por relatos dulces.

Las grabaciones habían abierto la puerta de mi propia cripta. Entregué el peso de mi cuerpo dejándolo en reposo, haciendo la plancha. Él era el único que lo sabía todo: mi cuerpo.

Pensé en Enrique y lo recordé furioso el día después de aquella noche siniestra. Lucía y yo estábamos tomando sol junto a la casa. Enrique tenía los ojos inyectados en sangre. Yo no había sentido nada por Roberto, no lo había vivido como una traición, éramos inocentes, ingenuas. Mi amor por Enrique estaba intacto. Tan intacto y tan intenso como todo primer amor. Un amor libre de miedos, de prejuicios, ese que no paga deudas de amores viejos. El primer amor corre con la ventaja de no tener que sanar heridas de otro ni despejar fantasmas. El primer novio no tiene que competir con su antecesor, no hay comparación. Todo es extraordinario, descubrimiento puro.

Recordé los ojos de Enrique. Estaban rojos. Ni me saludó, se detuvo a unos pasos como cuidándome de su instinto más primitivo.

—Mirame y decime que no es verdad.

No pude responderle. Esquivé su mirada queriendo manotear la mejor palabra para explicar lo sucedido.

—Que Lucía te cuente —apunté a mi hermana buscando una mano que me

sacara a flote.

—Yo no sé mentir —respondió ella, hundiéndome.

—Lo hiciste con mi hermano, ¿sí o no?

Enrique tenía los nudillos lastimados. Lucía se espantó al ver la sangre en sus manos y comenzó a increparlo. Yo no pregunté, ni respondí ni me justifiqué. Sólo pude llorar.

—Llorás porque es verdad. Lo hiciste.

—No lo hicimos —dije entre sollozos.

—Mi hermano dice que se la chupaste.

Mi llanto creció confirmándolo todo. No pude negar, disfrazar, ocultar, reemplazar. Ahí descubrí que no era digna heredera de mi madre, no tenía ni uno de sus artilugios.

Lucía no reparó en mi llanto ni en la furia de Enrique. A mi hermana sólo le importaba Roberto.

—¿Qué le hiciste a Roberto? ¿Dónde está?

Enrique volteó y marchó clavando sus pies como pezuñas en la arena. Lucía hizo el intento de correr tras él pero no llegó muy lejos.

—Déjalo. No te quiere ver más.

La respuesta de Enrique confirmaba dos cosas: que Roberto estaba a salvo y que las dos acabábamos de quedarnos sin amor.

Lucía contuvo el llanto, ofendida, y me miró de lleno.

—¡Todo por tu culpa!

Me acusó y corrió hacia la casa. Recordé que yo no pude hacer más que seguir llorando. Lucía tenía el poder de hacerme sentir un monstruo.

Había olvidado esa sensación. La montaña me mantenía a salvo pero la cercanía de mi hermana parecía convertirme rápidamente en amenaza.

Salí de la pileta y, sin secarme, caminé hacia esa misma playa de la adolescencia. El viento fresco del mar me erizaba la piel. Esa sensación me devolvía algo de vida entre tanto pensamiento de muerte. El grabador había

quedado en el mirador. Mi madre no lo tocaría, ella jamás levantaría una alfombra para descubrir la mugre acumulada debajo.

Caminé sin rumbo por la playa queriendo vaciarme. No quería que Andrés me viera en ese estado. No podría explicarle. Ni yo podía explicarme tanto.

Una culpa vieja me invadía. Ahora podía reconocer con claridad que era una culpa ajena. Lucía había digitado cada instante de aquella noche. Lucía había decidido no tener relaciones ese verano. Lucía me había tendido aquella trampa. Era injusto que ese dolor siguiera persiguiéndome.

Un bulto en la playa me estremeció. El mar conspiraba para ponerme cara a cara con las más crueles pesadillas del pasado. Era un lobo marino, como tantos, como siempre en los veranos. Un lobo marino muerto. Siempre me pregunté por qué el mar despedía a los cuerpos y no los guardaba para sí. El fondo del océano me resultaba el destino más poético y colorido para cualquier muerto.

Mis ojos se fugaron hacia ese bulto en la arena y en un segundo la playa volvió a ser la misma que había sido hacía más de una década: aquel lobo ya no era lobo, era Enrique.

Aquella mañana había caminado por la playa, insomne como tantas mañanas pero llorando como sólo se llora al primer amor. Llevaba en mi mano la cadenita con el dije azul que alguna vez había pertenecido a la madre de Enrique. Recuerdo que el cuerpo no me pareció un cuerpo, lo creí lobo. Era tan chica. Mi imaginación se negaba a un horror tan inmenso.

Sus contornos se fueron definiendo frente a mis ojos. Me quedé tiesa al reconocerlo. No corrí hacia él. Supliqué que se tratara de un sueño, el peor sueño, y avancé lentamente rogando que alguien me despertara antes de tocarlo.

Dejé de llorar, de respirar, de pensar. Sólo me acerqué. Llegué a él, caí de rodillas en la arena. No pude acariciarlo. Lloré sin entender por qué nada me despertaba de esa pesadilla. Lloré varios minutos, imposible saber cuántos,

hasta que extendí mi mano, le toqué la mejilla, su boca entreabierta. Estaba tan frío como jamás pensé que un ser humano podía estarlo. Mi mano se enfrió con su piel. Nos convertimos en sal, en hielo. Cerré los ojos con fuerza, desesperada por hundirme en un sueño, pero confirmé lo peor: estaba despierta.

Me reencontré de pronto en esa misma playa, tanta vida después, llorando junto al cadáver de un joven lobo marino. Pensé en todos los cuerpos, en todas las sangres.

“Cómo se puede sentir tanto fuego y cómo podemos helarnos tan de repente”, pensé.

Capítulo 12

La carne

LUCÍA

El sonido del motor me avisó que Juan había vuelto a casa y recién ahí salí de la habitación. No me interesaba soportar a Ofelia haciendo preguntas sobre sus memorias grabadas, ni a mi madre lamentándose por un jardinero que se resistió a sus encantos.

Me sentía extranjera en mi propia familia. En eso éramos iguales Juan y yo. Nos identificábamos con poco.

Salí de mi habitación por la puerta que daba hacia la galería y me topé con Andrés, que venía con el torso desnudo y sus ropas manchadas con sangre. Me sonrió con un brillo salvaje en los ojos.

—Lo tuve que cuerear —dijo.

Lo indagué con la mirada sin atreverme a pronunciar una palabra.

La pulcra aparición de Juan me alivió. Mi marido era capaz de conservar la elegancia aun después de visitar una carnicería.

Andrés cargó sobre sus hombros el chivo recién carneado y fue directo al quincho, donde prepararían el fuego. La sangre del bicho parecía todavía caliente y esto encendía la suya. Los hombres eran cazadores y yo reconocía ese instinto en sus ojos. Juan era un depredador, pero no de los que se ensucian las manos.

Los acompañé y me mantuve en silencio observando los movimientos expertos y rústicos de Andrés.

Juan no me miraba y eso me hacía sentir vacía, opaca, ausente. Hasta parecía ignorar mi atención desmedida sobre las acciones de Andrés. Juan tenía el don de hacer brillar lo que mirara y hacía algunos días me había quitado los ojos de encima.

Mi cuñado clavó un hierro en la tierra, crucificó al animal, lo amarró con alambres y encendió el fuego.

Juan se mantuvo sin inmutarse, a unos pasos, fumando con su boquilla y tomando planter's punch, el cocktail frutal que había preparado mi madre con una receta aprendida en el Biarritz.

Me acerqué al fuego para avivarlo con el fuelle. Juan me miró mal, no le gustaba verme ocupada en tareas cotidianas. Para él una estrella tenía que ser estrella las veinticuatro horas, decía que lo deserotizaba la vida real. No me importó nada de eso. Con mi gesto había logrado lo que buscaba: que él volviese a registrarme.

—Casi nos quedamos sin chivito. La carnicería estaba de duelo —dijo Juan.

—No íbamos a suspender el asado por un ahorcado —agregó Andrés mientras ubicaba el costillar a una distancia precisa de las llamas.

—¿Quién se ahorcó? —pregunté.

—Nadie.

—El carnicero, Roberto.

El nombre de Roberto me congeló todo impulso, fijé mis ojos hacia el fuego y no quise saber más. No podría ser el mismo Roberto. Aquel Roberto. El hombre al que nunca más me quise cruzar.

—Te hipnotiza el fuego como a tu hermana. ¿La chimenea no se enciende nunca?

—Es decorativa. No me gusta el olor a humo en la casa —dijo Juan.

—No me voy de acá sin prenderla. Te doy mi palabra.

Andrés desautorizó a Juan y se acercó a mí. Manipulaba el atizador con minuciosidad quirúrgica. Apiló una brasa sobre la otra para irradiar el calor exacto que pedía la carne.

Juan nos miraba apartado, guardaba una distancia que no tenía que ver con su aversión a las manchas de ceniza o el olor a humo. Mi marido era puro control y a mí me hacía feliz captar su atención aunque jamás se permitiera una escena de celos. Rojo no sentía celos. Para él los celos eran una muestra de inseguridad, un síntoma de poca inteligencia. Lo exasperaban mis ataques de celos y siempre lograba hacerme sentir inferior, básica, miserable.

Tomé el atizador de manos de mi cuñado y me dispuse a colaborar con las brasas. La cercanía con Andrés estaba provocando algo en mi marido y me encantaba sentir esa tensión en el aire. El triángulo era una figura perfecta.

—Guarda con las quemaduras. Sos especialista, ¿no?

El comentario de Andrés me descolocó. Desconocía cuánto podía saber ese hombre sobre mí y mis quemaduras. No osaba ni imaginar lo que Ofelia habría podido contarle. Justo Ofelia, la que lo confundía todo.

El triángulo se rompió con la irrupción de mi madre y mi hermana. Aparecieron desde la casa con más planter's punch y algunas mantas tejidas a mano para abrigarnos. La noche estaba cayendo.

—¡Cómo me gusta esta vida de campo! Leña, fuego... Familia. —Esa era nuestra madre, festiva y olvidadiza.

—No entiendo por qué no vinimos antes —agregó mi cuñado.

—Yo tampoco entiendo. ¿Cómo nos imaginabas, Andrés? ¿A Lucía, a mí, cómo nos imaginabas?

—No soy de imaginar mucho —respondió.

—¿Y vos, a Ofelia? ¿Te la imaginabas así?

La pregunta de mi madre puso entre las cuerdas a mi marido, y Ofelia esquivó la vista. Su nerviosismo la exponía, conocía a mi hermana desde el

día de su nacimiento. A mí no podía mentirme. Juan la inquietaba, yo podía olerlo. Ofelia estaba brillando como sólo brillábamos las mujeres cuando nos sentíamos deseadas por hombres como Juan.

—Mi imaginación tiene un límite.

La respuesta de mi marido fue su venganza por mi coqueteo con Andrés.

—Para Lucía siempre fui la peste —disparó Ofelia.

—Ofelia siempre tan frágil de salud. Lucía perdió todo el protagonismo. Por algo se hizo artista. ¡Tendrías que agradecerle a tu hermana!

Las palabras de mi madre parecían diseñadas especialmente para crisparme.

—Miren lo que encontré. Ustedes que no me creían lo de la leche. —Mamá acompañó la palabra “leche” con un gesto grosero: metió la mano entre sus pechos y sacó de allí una foto vieja. Andrés fue el primer curioso en clavar sus ojos en la foto.

—¿Amamantando de a dos?

—A un regimiento entero podía amamantar cuando nació Ofelia —agregó mi madre—. Eso también se lo debés a tu hermana, recién cuando nació ella probaste la teta. Tomaban juntas, Ofelia bebé y Lucía de año y medio.

Yo no sabía de qué hablaban pero mamá me puso la foto frente a los ojos. Jamás la había visto. Ahí estaba ella, con sus pechos turgentes como siempre y una beba prendida a su pezón; esa era Ofelia. Yo, más grande, de pie, como quien toma de una botella a las apuradas con la puerta de la heladera abierta. Así estaba yo con la teta de mi madre en la boca; tendría dos años.

Supuestamente yo no había tomado la teta de recién nacida. Parece ser que ese mellizo que no resistió la vida le generó un trauma que cortó la leche para alimentarme. El nacimiento de Ofelia fue pura abundancia y esa foto evidenciaba mi lactancia tardía. Me provocó rechazo verme como un corderito guacho tomando la leche de otro.

—¡Milagro, una foto que se salvó de las tijeras de Lucía! —dijo Juan y

miró a mi hermana—. Te habrás visto con la carita recortada.

Ofelia se mantuvo en silencio mientras yo lo miré a Juan con ganas de sacarle los ojos con el atizador.

—Si Lucía hubiese heredado un poquito de la seguridad que tienen ustedes...

Volví mi mirada al fuego concentrada en ignorar las palabras de mi marido. Él sabía cómo desarmarme.

—Su peor enemiga es ella misma. Mírenla: le gusta el fuego pero se las rebusca para quemarse y perder el encanto.

Ni lo miré. Él estaba buscando una reacción, un impulso irracional, pero yo no quería darle el gusto. Sus comentarios avivaban una brasa que llevaba años sin arder y decidí pasársela a mi hermana.

—Me quemé muchas veces. Por eso mi miedo, ¿o no, Ofelia?

—La marca en tu entrepierna es lo que me enamoró de vos. Un toque de imperfección, de riesgo. Eso también deberías agradecerse a tu hermana.

El chivo crucificado todavía estaba crudo junto al fuego pero ya habían empezado a volar cuchillos entre nosotros. Ofelia supo esquivar también mi mirada y salió hacia la cocina.

—Voy a buscar el martini.

La seguí con los ojos y con la calma de quien sigue a un delincuente que será detenido más allá. Tarde o temprano Ofelia iba a caer. Era cuestión de tiempo. Estaba en su naturaleza perder, sufrir, desbarrancar. Yo, en cambio, nunca había perdido nada.

—¿Te quemaste justo ahí? Habrá dolido. —El tono despreocupado de Andrés contrastaba con su pregunta íntima y específica.

—La piel quemada pierde la sensibilidad. Eso duele más.

Esa fue mi última palabra hasta después de la cena. Dejé que mamá y Andrés se lucieran con cuentos improbables. Mi cuñado hablaba de hazañas salvajes y mi madre de admiradores imposibles. Millonarios que la

deseaban y la tentaban con joyas y promesas. Celebrities internacionales a las que había accedido gracias a mi música. Hasta decía que Julio Iglesias se había inspirado en ella para escribir la canción “Por el amor de una mujer”.

Fumé durante toda la comida. Ofelia se mantuvo en silencio, comió poco, sólo miró su plato y eventualmente a su marido. Juan, muy por el contrario, no le quitó los ojos de encima.

Andrés comió como perro hambriento. No paró hasta lustrar los huesos del chivo. Era un animal, sólo en esos detalles podía entender qué hacía mi hermana con un hombre como él. Ofelia también era primitiva y había nacido hambrienta.

Juan apuró la partida de mamá ofreciendo llevarla al hotel, y mi madre, que siempre tendría mejores planes allá que con nosotras, no se hizo rogar.

—Voy y vuelvo —dijo mi marido antes de salir.

Seguí sin mirarlo aunque me extrañó que me comentara sus planes. Jamás lo hacía. Quizás hasta me hubiese dejado tranquila que esa noche se quedara hasta la madrugada bebiendo en el hotel o en algún boliche del centro.

Encendí otro cigarrillo y miré el fuego. La cruz de hierro en la que se había asado el animal estaba vacía pero las brasas seguían ardiendo. Allí, atraídos por ese calor, estaban Ofelia y Andrés, bailaban lento, abrazados, aislados del entorno.

“Noche de amantes” era la canción que sonaba entonces. Habíamos logrado sacar el disco de Julio Iglesias para poner el de Sandro.

Mi hermana y su hombre se movían a un ritmo extraño, con otro tiempo. Por un momento los imaginé en su otra vida, allá lejos, en el campo o la montaña o donde fuese que vivieran.

Ofelia desaparecía en los brazos de Andrés como si pudiese huir de sí misma. Pero no podía escapar de mis ojos, ni yo de los de ella. Con sólo mirarnos nos devolvíamos eso que creíamos perdido, nuestra historia, nuestros miedos, nuestra memoria. Éramos casi una misma cosa. Sentí que nos

habíamos amputado una de la otra. Era extraño cómo habíamos podido sobrevivir todo ese tiempo.

Al verla allí, con su hombre, junto al fuego, sentí una brisa de calma, de alivio; hacía tiempo que no tenía esa sensación de paz. Ahí supe que no podíamos seguir negándonos. El éxito que yo había construido lejos de Ofelia tenía algo de falso. Y su vida en la montaña también olía a simulacro. Ofelia me encendía, me completaba. Y yo a ella.

Respiré hondo y canturreé sobre la canción. Mi hermana no me miró, Andrés sí. Lo hizo por sobre el hombro de Ofelia y me sonrió.

Mi voz los abrazó, de lejos, pero los abrazó. Sus cuerpos no me eran extraños, ya los había visto encastrados, fundidos, perfectos.

A Ofelia le encantaba descubrir mi mirada. Siempre me dedicó todo a mí, sus convulsiones, sus llantos, sus ataques de ira, sus insomnios. No sé qué hubiera hecho sin tenerme de espectadora.

Yo también le había dedicado mi vida, mi crecimiento. Mi felicidad era una venganza, una provocación.

Perdí la noción del tiempo mirándolos bailar y besarse, el disco de Sandro dio varias vueltas. Por un momento hasta creo haber desaparecido. Eso sucede cuando uno pierde la vista y los pensamientos en un punto fijo. Me resultaba familiar olvidarme del cuerpo, abandonarlo, escaparme de él, dejar de existir.

El motor del vehículo se detuvo en el portón de la casa. Juan había vuelto.

Encendí un nuevo cigarrillo, Juan asomó en la galería y se sirvió una copa de vino tinto para sentarse a contemplar el espectáculo de los amantes.

—Cuando te quedes sin voz no llores.

Lo dijo sin mirarme. Su vista también se había fugado pero él ni registraba a Andrés. Él tenía ojos sólo para Ofelia.

—Tu madre pidió que no la busquemos mañana. Quiere descansar.

Entendí que mi madre tendría compañía esa noche. Jamás sabríamos de quién se trataba. Carmen era famosa por sus romances y su libertad pero nunca

descifraríamos con certeza cuáles habían sido sus amantes reales. Yo había elegido pensar que la sexualidad de mi madre era un gran mito. Ofelia, en cambio, creía hasta en el amor de Julio Iglesias.

—Escuchaste las cintas. Fuiste vos.

Se lo dije así, directo, no fue una pregunta, no necesitaba su respuesta. Sólo quería que él supiese que no era más inteligente que yo.

—¿Qué es lo que pasa?

—Pasa que no parás de mirarla.

En esa segunda frase volví a caer en la trampa de mi inseguridad.

—¿Me vas a hacer una escena de celos?

La pregunta de él buscaba neutralizarme, sacarme de juego.

—¿Qué escuchaste? ¿Qué querés saber? Preguntame y te cuento. ¿Qué te interesa de Ofelia? ¿Qué es lo que tanto te intriga de mi hermana?

Le di un tono de superación a mi seguidilla de preguntas, hasta de complicidad. Estábamos hablando de mi hermana, no de una modelito en una entrega de premios, de una maquilladora en un estudio de televisión. Cuando veía a Juan coquetear con ese tipo de mujeres, muchas veces elegía ignorarlo. Con Ofelia era distinto, entonces lo miré de lleno, habilitando su confesión. Él me miró también. Me miró por primera vez en lo que iba de la noche y me corrió un mechón de pelo de la mejilla con calculada dulzura.

—Nunca vas a ser como ella. No sufras más.

—Vamos a la cama.

—¿Tenés sueño?

—No. Vamos a la cama.

Me paré de un salto. Ofelia y Andrés seguían en su órbita, no nos miraban ni nos escuchaban. Tomé la mano de mi marido y lo atraje hacia mí de un tirón.

—Besame.

Juan me besó para callarme y yo le mordí los labios y la lengua. Él desvió su vista hacia Ofelia y yo supe que ella y Andrés podrían estar mirándonos.

Besé a mi marido con pasión y lo guié hacia el interior de la casa. Nuestra habitación estaba pegada a la galería. No me importaba que nos vieran, que nos oyeran. Esta vez era yo la que le dedicaba el sexo a ella, a mi hermana.

Capítulo 13

Humo

OFELIA

Andrés estaba exhausto por el asado y el vino, los dos habíamos perdido la cuenta de la cantidad de botellas abiertas. Cayó rendido en la cama y se durmió abrazándome. No hicimos el amor y eso me provocó un extraño alivio.

Aproveché el sueño pesado de él para manotear el cajón de la mesa de luz y tragarme tres pastillas. Ni una ni dos: tres. Quería dormir y olvidarme de mi voz de niña narrando detalles escabrosos de aquel verano. Me angustiaba mi propia contradicción, una vida grabándome, ocupada por dejar testimonio, para luego querer olvidar todo, o por lo menos diluirlo con un par de pastillas.

Lucía y Juan me miraban desde las fotos que colgaban de las paredes. No habían dejado un solo ambiente de la casa sin sus retratos. Tapas de discos donde aparecían ellos con otros jóvenes bellos y televisivos bailando los hits del momento.

Dormí profundo y sin pesadillas inquietantes. No fui testigo del alba, eso en mi vida era indicio de un buen descanso. No me despertó el claro del día, ni la temprana partida de Andrés para su trote por la playa. Lo que interrumpió mi sueño fue una bocanada de humo. Como una nube gris, embriagadora, que llegó hasta mi nariz, mi boca.

Desperté sobresaltada como quien huele una pócima. La cortina de la puertaventana se movía como una capa levantando vuelo, y allí, a los pies de mi cama, de pie, impoluto, estaba él: Juan Rojo.

Lo miré confundida, tenía que ser un sueño, otra vez un sueño.

Juan estaba fumando, sin boquilla esta vez; el humo espeso atrapaba los primeros rayos de sol que se colaban por la ventana.

Era una aparición peligrosa, perturbadora.

Temblé y lo atravesé con mis ojos. Él no podía estar ahí. Juan, calmo y sereno, tomó la punta de la sábana con una de sus manos. Su piel parecía fundirse con los hilos de algodón egipcio de sus sábanas preferidas.

No pude gritar, ni resistirme ni correr, como si ese humo me hubiese hechizado, envenenado. Mi cuerpo estaba paralizado y alerta.

Juan le dio una calada intensa a ese cigarrillo y sumergió su cara debajo de las sábanas.

Fugué mis ojos al techo de bovedilla y abrí las piernas, entregada. El humo ahora abrazaba mi concha, se metía por cada poro, cada pliegue. Ese humo era un soplido espeso que exaltaba mi clítoris, y me enloquecía.

—Estás loco —fue lo único que pude articular entre tímidos espasmos.

Juan se hundió sediento en mi pubis. Su lengua se multiplicaba, crecía y lo abarcaba todo. Era un pulpo que estimulaba, a la vez, todos mis puntos. Me retorcí de placer mientras el movimiento de la sábana dejaba asomar oleadas de ese humo extasiante.

Juan me sujetó de los glúteos con fuerza y siguió lamiéndome. Me estaba cojiendo con su lengua. Era él, había sido él, siempre había sido él. Mi cuerpo no mentía y yo lo sabía. Juan me poseía entre sueños, mientras mi marido entrenaba y su esposa dormía.

Sentí su saliva tibia como un torrente que crecía y arrasaba. Su lengua parecía viajar a través de todos mis conductos. Juan era un experto.

Me desesperaba que no me penetrase. Tiré de la sábana para descubrirlo

pero él la sujetó con fuerza. Quería llegar a él, tocarlo, besarlo. Se paró en la cama sin dejar de chuparme. Mis piernas se trenzaron alrededor de su nuca y todo mi cuerpo quedó en el aire, pendiendo de él. Sentí su lengua hasta mi coronilla. Ni un punto de apoyo. Así, flotando, estallé en un orgasmo. Acabé con la cabeza dada vuelta. Él de pie y yo colgando. Fue un clímax largo y silencioso. La electricidad me duró un buen rato. Juan se reclinó para devolverme a la cama, quitó mis piernas anudadas de su nuca y me dejó tendida.

Apreté fuerte los párpados, no quise verlo salir de la habitación.

La electricidad del orgasmo no se me iba del cuerpo. La posición invertida había logrado confundir hasta mi torrente sanguíneo.

Cubrí mi rostro con la sábana blanca y contuve el llanto. La culpa era inmensa, y lo peor de todo era que no había vuelta atrás, no habría píldora milagrosa que borrara la atrocidad que acabábamos de hacer.

Empecé a llorar como una nena. Lloré porque otra vez había caído en la destructiva tentación de echarlo todo a perder.

Enjuagué mi llanto bajo la ducha y no salí del cuarto hasta el mediodía. No quería cruzarme con Lucía. No tenía manera de estar cerca de Juan sin inquietarme.

Pude ver a Andrés, que llegaba sudado desde la playa, y recién en ese momento me dejé ver. Lucía había preparado el desayuno, cosa rara en ella, su buen humor se me volvía sospechoso.

—Dormiste bastante. Cuando salí a correr estabas desmayada —me dijo Andrés y besó mi boca con sus labios salados.

Juan, también de excelente humor, interrumpió nuestro beso con una jarra humeante en su mano.

—¿Café?

—Veamos si es tan superior al de Carmen.

Juan sonrió ante el desafío de Andrés. Tanta cordialidad me puso más

nerviosa.

—¿Esas marcas te las hice yo en el agua? —le preguntó mi marido.

—No creo —respondió el esposo de mi hermana.

Andrés acababa de descubrir unos arañazos en el torso y la espalda de Juan. Y Juan, lejos de incomodarse, disfrutó de su curiosidad. Escondí la cara dentro de la taza de café tratando de recordar si yo había tenido contacto con su piel, con su espalda, quizás en un raptó de euforia...

—Se las hice yo —dijo Lucía.

La sentencia de mi hermana me liberó y entonces pude tragar el café caliente.

—Yo marco así a mis animales —agregó Andrés.

—Yo les ponía mi inicial a todas mis cosas cuando era chica —agregó mi hermana.

Ella hacía eso para no compartir conmigo. O para humillarme cada vez que usara algo que llevara bordada la inicial de su nombre. Lucía siempre había tenido un fuerte sentido de la propiedad.

—Ya me pusiste este anillo que me corta la circulación del dedo. No necesitás más marcas.

Juan torció una sonrisa socarrona, tomó el mentón de su mujer y la besó de lleno. Esta vez sí los miré. Miré ese beso en detalle. Esa misma lengua que todavía sentía en mi entrepierna inundaba ahora la boca de mi hermana.

—¿Qué gusto es ese? —preguntó Lucía.

Dejé de respirar por varios segundos.

—Café del bueno —respondió su marido.

Todo parecía tan natural y tan enroscado a la vez. Pensé en qué habría pasado si Andrés no hubiera estado ahí. Si no me hubiese acompañado a ese viaje. Su presencia en la casa nos mantenía a salvo.

Andrés decidió darse un chapuzón en la pileta antes del desayuno-almuerzo y yo elegí caminar sola, alejarme de todos.

Marché a paso rápido por la arena, pero el aire del mar no lograba quitar la sensación húmeda y tibia que todavía impregnaba mi entrepierna. La ducha tampoco había podido arrancar las huellas invisibles que Juan me había dejado.

¿Cuándo termina un encuentro sexual? ¿Cuando el otro cierra la puerta? ¿O cuando se nos borran las impresiones que dejó ese cuerpo sobre nuestra piel?, pensé.

Me perdí caminando por la playa. Sola, aunque ese ardor me acompañó el día entero.

Capítulo 14

El goce

LUCÍA

Ofelia y Andrés se encerraron en la habitación a la hora de la siesta. Ni Juan ni yo sabíamos lo que era dormir de día. No teníamos esa costumbre pueblerina.

Juan se quedó en la piscina, le gustaba nadar unos cuantos largos en soledad, nadie podía meterse en la pileta mientras él estaba entrenando. Decía que allí meditaba sobre los próximos negocios, que en el agua se le aparecían las ideas, las soluciones, y hasta las canciones de mi próximo disco.

Me senté en el piano a practicar escalas: no quería vocalizar, no me salían las notas de la garganta, estaba cerrada. Traté de concentrarme en mi música, al final eso era lo único que me había salvado la vida, cantar y tocar el piano.

Un gemido de Ofelia llamó mi atención. Lo escuché desde mi taburete. El gemido se impuso por sobre el sonido de mi piano, mi hermana me estaba provocando.

Avancé unos pasos hacia la galería para asegurarme de que mi marido siguiera concentrado en su nado, crucé la sala y salí hacia el patio empedrado que conectaba todos los ambientes. En el centro había un aljibe y todas las habitaciones tenían esa doble circulación.

La ventana del cuarto de mi hermana estaba abierta. La cortina flameaba y

dejaba ver la espalda de Ofelia, desnuda, y los dedos fuertes de Andrés clavados en sus costillas.

Ofelia no me vio esta vez. No me percibió. Algo le pasaba, no estaba tan atenta. Yo siempre había creído que mi hermana tenía ojos en los poros, o narices. Ella olía, veía, respiraba y escuchaba a través de la piel. Pero esta vez estaba distinta, ausente, desconectada.

—Mirame —le dijo Andrés.

—Perdón —respondió ella.

Ofelia se desarmó sobre el cuerpo de su hombre. Andrés la envolvió con sus brazos. De pronto la vi chiquita, frágil, vulnerable. Me acerqué un poco más y la descubrí rendida como jamás la había visto.

—No puedo.

—¿Querés contarme?

—Quiero irme.

Andrés la acarició con una suavidad ajena a sus manos curtidas. Ofelia se quedó en silencio, escondida entre sus brazos, refugiada. Su marido olió con un gesto animal, como un depredador que huele a su presa cerca. Me aparté unos pasos temiendo ser descubierta.

—Hay olor a cigarrillo acá, ¿sentís? —preguntó él.

—No. No siento.

Esa respuesta era insospechada en boca de Ofelia. Todo indicaba que algo fuerte le estaba pasando, o dejando de pasar, con su pareja.

Me alejé por el patio de vuelta hacia la galería. Juan venía mojado y renacido desde la pileta.

—No escuché el piano y pensé que dormías.

—Nunca duermo.

Lo tomé del cuello y lo besé con desesperación. Su cuerpo estaba frío por el agua y su sangre más fría aún frente a mis besos.

—Sos mío. Todo mío.

—Vamos a la cama.

—No. Acá.

Sin dejar de besarlo lo llevé hacia el recoveco que separaba el vestuario de la cancha de tenis abandonada. Juan miró hacia los lados con una mezcla de cautela y pudor que jamás había visto en sus ojos.

Le deslicé el traje de baño y clavé mis uñas en sus glúteos, quería ser penetrada ahí mismo. La repentina apatía de Ofelia me había excitado.

Juan levantó mi falda, me tomó de las caderas y me encastró. Deseé con todas mis fuerzas que Ofelia se asomara y nos viera.

De pronto escuchamos arrancar el motor del Rastrojero. Juan se desconcentró un instante, como si hubiera sabido que era Ofelia partiendo. Su cuerpo me abandonó por un segundo, aunque su verga seguía dentro de mí.

—¿Qué pensás? Estás acá, conmigo.

—Adentro tuyo estoy. ¿Qué más querés?

Un tenue rencor asomaba en el fondo del negro de sus ojos. Apretó las mandíbulas y me penetró brutalmente. Me sujeté a su espalda con fuerza y le mordí el hombro. Desde allí pude ver el Rastrojero alejarse por la calle de tierra, levantando polvareda.

No alcancé el orgasmo pero sentí un regocijo que seguramente se le parecía bastante. Gocé al imaginar que Ofelia me había visto desde la ventanilla del vehículo mientras yo tenía sexo con mi marido, contra una pared de ladrillos.

Capítulo 15

Sin salida

OFELIA

Andrés me llevó al puerto. No hablé en todo el camino. No habíamos salido de la casa desde que llegamos, entonces entendió mi silencio. Cada callecita, cada esquina, me llevaba directo a la infancia, tantos veranos ahí, tanta vida pasada.

El silencio era nuestro lugar de encuentro preferido. Pasábamos horas en silencio mirando un lago, un fuego, un glaciar. Andrés jamás sospecharía de mi silencio y jamás sentiría el deseo de invadirlo.

Me pregunté qué habría pasado si yo no hubiese accedido a la invitación de mi madre. Si no hubiésemos viajado.

Lucía y yo llevábamos años sin vernos. Años de paz. Estábamos bien así, a la distancia, sin hablarnos. La sangre nos había tendido una trampa. Las familias son una trampa. Se me vino a la cabeza la revelación de nuestra madre sobre ese embarazo de mellizos. No había nadie que pudiera desmentirla, quizás era cierto. Lucía no había nacido para compartir nada con nadie, me la imaginé gestándose junto a otro ser y apropiándose de todo hasta matarlo.

Me sentí un capricho. Otro capricho de mi madre. El deseo ajeno también era una trampa.

Solté un suspiro que llamó la atención de Andrés. Me miró de reojo pero evitó preguntar.

Llegamos al puerto, me pidió que lo esperara dentro del vehículo pero no quise. Necesitaba comprar esos pasajes yo misma y asegurarme la partida.

Caminar por el puerto me recordó aquellos años y a nuestros dos novios de la adolescencia. Hasta me sentí observada por los lugareños. Sin duda éramos las locas de la casa alejada.

El barco a Buenos Aires ya había salido y el próximo saldría recién en cuarenta y ocho horas. Dos días.

Un zumbido agudo me aturdió de pronto y dejé de escuchar los argumentos de la empleada de la boletería.

Dos días más en la casa. Dos días más de peligro. Me temblaban las manos. Avancé por el puerto con la respiración entrecortada. Un sudor frío me estaba alertando.

Mi cuerpo quería escapar, atravesar el río nadando y no volver nunca más. No era por Lucía: mi amenaza era Juan.

Me sentí horrible, perversa, traidora. Andrés no merecía lo que yo le estaba haciendo.

Di unas vueltas más por el puerto abriendo grande los ojos para que se me secaran las lágrimas.

Volví al Rastrojero y le di la mala noticia. Andrés no entendía mi urgencia por irme y yo tampoco podía explicársela.

Antes de volver a la casa le pedí que pasáramos a comprar lasaña por el local de una señora italiana. Mamá no nos dejaba ir solas porque doña María no les cobraba a las mujeres. A nosotras nos encantaban sus pastas, pero nuestra madre decía que íbamos a parecer muertas de hambre. Que la gente del pueblo iba a comentar.

Aproveché que estaba con un hombre y le pedí a él que se ocupara de comprar la comida. Y pagarla, por supuesto.

Al volver a la casa no nos cruzamos con Juan ni Lucía, estaban encerrados en su habitación. Andrés registró algunas migas sobre la mesa y dedujo que se habrían hecho unos sándwiches con la carne que había sobrado de la noche anterior. Doña María le había contado la historia del sándwich típico del lugar. Andrés, muy entusiasmado, me contó el cuento sobre el dueño de un bar llamado El Mejillón y una turista que quería comer chivo. El hombre le habría improvisado un sándwich con jamón y peceto que llamó “chivito” y que se convirtió en emblema de la gastronomía uruguaya.

Yo conocía esa historia, pero igual la escuché encantada. Cualquier anécdota que no me tuviera como protagonista me aliviaba.

Comimos la lasaña con hongos y nos fuimos a la cama. Andrés me abrazó hasta que me quedé dormida. No me hizo falta tomar pastillas. Dormí con ganas de no despertarme más.

Cuando la luz del día comenzó a asomar entre las cortinas me descubrí en otra cama. Era la habitación de mi madre, la cama que ahora compartían Lucía y su esposo. Fue un despertar extraño. Me encontré en el centro de la cama, pero no era yo. Era aquella que fui en la adolescencia. A mi lado no estaba Andrés, era Lucía, profundamente dormida. Del otro lado mi madre, que, despierta y atenta, me acariciaba la cabeza custodiando mi sueño.

—¿Cuánto dormí? ¿Lo soñé? ¿Lo de Enrique? ¿Lo soñé?

—Mi chiquita. Igualita a mí saliste. Mi mismo destino te tocó.

Ahogué un sollozo impresionada. Estaba lenta, débil, dopada. Mamá manoteó unas pastillas de un frasco que tenía sobre la mesa de luz, un vaso de agua y me las dio.

—Tenés que dormir un poco más.

—Me quiero ir.

—¿Adónde?

—Con él y con papá.

Fue ahí que Lucía abrió los ojos. Estaba más despierta que yo y hasta más

despabilada que mamá.

—Sí. Que se vaya. Que se vaya para siempre —dijo.

Mamá la calló con un gesto y me acunó en sus brazos.

—Duerman las dos. Mañana todo habrá sido un mal sueño.

Canturreó una canción de cuna inexistente. No sabía ninguna, entonces improvisó una melodía sin letra.

Fueron varios días de ensoñación. Mamá me mantuvo dormida y no supe nada sobre el velatorio, el entierro de Enrique y esas cosas. Nunca había podido decidir mucho cuándo dormir, cuándo soñar, cuándo recordar, ni cuándo estar despierta.

Mamá no nos dejó pisar el pueblo durante años. Lucía tampoco volvió a ver a Roberto.

Un golpe seco en la ventana me sacó de los pelos de ese cuarto. Desperté sobresaltada y volví a encontrarme en mi cama. La de mi habitación. Sola. Andrés ya se había ido a correr, y seguramente había sido un pájaro lo que acababa de estrellarse contra el vidrio y contra mi sueño.

El silencio en la casa me inquietó. Juan no había venido a visitarme. Quizás se había dado cuenta de lo riesgoso que era y quiso evitarme el trastorno. Lo cierto era que Juan no había traído su lengua hacia mí esa mañana, pero todas las células de mi cuerpo sentían su falta.

Comprobé que la puerta estuviese abierta como todos los días, con un sospechoso temor de haberle impedido la entrada a mi visitante secreto. Me vestí rápido con un camisón que no había usado en toda la estadía y salí rauda buscando ni sé a quién.

Crucé el patio como un fantasma, mis pies no sonaban sobre las baldosas de adoquines. Llegué a la parte trasera de la habitación principal. Mamá había diseñado su cuarto con una ventana alargada que atravesaba el respaldo de su cama. Decía que era para ver las estrellas desde su almohada. Por esa misma ventana vi parte de la cama matrimonial, y allí, entrelazadas, las piernas de

Juan con las de Lucía.

Me perturbó la imagen cotidiana de la pareja. Me alteró esa armonía, esa calma. Juan había logrado capturarme y mi cuerpo me mostraba que ya nada podía ser igual en mi relación, en mi vínculo con Andrés, en mi estadía. Me fastidiaba profundamente que todo siguiese igual entre él y Lucía.

Me alejé con urgencia de esa ventana y corrí hacia la piscina. Me di un chapuzón sin quitarme el camisón ni la ropa interior. Estaba todo mal. La equivocada era yo. Juan estaba haciendo lo correcto: seguir con su vida.

Floté haciendo la plancha con los ojos cerrados hasta que una superficie fría y húmeda se posó en mi frente: era un pescado fresco en manos de Andrés. Pegué un grito y empecé a los manotazos. Andrés se reía sin parar. Me había visto tan apacible que se tentó y me puso el pescado muerto sobre la frente. Lo acababa de atrapar. El bicho colgaba de los dedos, que le atravesaban las branquias.

—Va a ser nuestra última cena. Hoy cocino yo —dijo entusiasmado.

—¿Pescaste? —preguntó Juan, fumando desde la puertaventana de su habitación.

Lo miré sin salir del agua. No pude evitar el reproche en mi mirada. Todo era patético. Yo era patética.

—Lo pesqué con un alambre que encontré por ahí. Secretos de supervivencia —respondió Andrés.

Juan, registrando mi expresión y sin quitarme los ojos de encima, se acercó a la pileta.

—Voy a bajar al pueblo. ¿Querés acompañarme?

—¿Yo?

Juan era impune y yo no podía creer que fuera capaz de planear, sin reparos ni disimulos, un momento a solas conmigo.

—A Lucía la vuelven loca cuando anda por el pueblo. Aunque no lo crean, es una artista muy reconocida.

—¡Qué desperdicio! Pasar tantos días con una estrella y ni enterarnos. —El tono de Andrés se había puesto cada vez más burlón con el pasar de los días.

—Las estrellas no hacen las compras. —El comentario de Juan parecía más malicioso que el de mi marido, aunque nunca entendí de quién pretendía burlarse.

—El día que baje a hacer las compras voy a descubrir que mi éxito es un invento de mi marido para hacerme feliz —agregó Lucía.

Mi hermana también se asomó desde su habitación, en traje de baño y kimono, y se acercó a la pileta.

—No necesitás pisar un mercado para descubrir eso —le respondió Juan.

Las palabras de su marido nos incomodaron a todos. Yo quise apurar mi salida del agua antes de que mi hermana me criticara por estar en camisón y ropa interior.

—Vayan. Traigan limones —acotó Andrés.

Clavé mis ojos en los de mi amor intentando apelar a su instinto de cazador, de montañista. Andrés tenía que oler ese peligro. Tenía que ver en Juan su peor amenaza.

—Prefiero quedarme —supliqué.

Andrés miraba su pescado con deleite sin registrar, ni por asomo, la sed con la que Juan me miraba a mí.

—¿Por qué no querés ir? ¿Tenés miedo de que me quede sola con tu marido? ¿O te da miedo estar a solas con el mío? —lanzó Lucía.

Miré a mi hermana y pude develar su propósito. Me estaba desafiando. No querer compartir un viaje hasta el pueblo con su marido me ponía en evidencia.

—Vamos —insistió Juan.

Miré a uno y al otro. Me estaban provocando. Hasta quizás se habían puesto de acuerdo. No podía resistirme, un movimiento torpe en ese momento podía dejarme desnuda frente a todos, expuesta. ¿Qué podía tener de malo bajar al

mercado con el esposo de mi hermana? ¿Por qué no podía actuar con naturalidad? Cualquier familia que organiza un asado se mezcla y se reparte. Cualquier mujer puede compartir el vehículo con un hombre. Di una bocanada tomando aire y accedí.

—Limonos, ¿y algo más?

—El vino dulce ese que toman acá —dijo Andrés antes de dejarme ir.

Andrés enarboló el pescado y se dirigió a Lucía. Le pidió que le tocara algo en el piano mientras él se ocupaba de limpiar el pejerrey.

Juan me esperó en el Rastrojero. Yo tuve que hacer una pasada rápida por mi habitación. Cambié el camión por un vestido y salí tan pronto como pude, con el pelo aún mojado, recogido en un rodete rápido.

Nos alejamos de la casa sin cruzar palabra. El sonido del motor llenaba todo espacio y la vibración del vehículo mantenía nuestros cuerpos buscando el equilibrio para no rozarse.

Juan sintonizó la radio. Algunas frecuencias llegaban con algo de interferencia. Yo no escuchaba nada, estaba concentrada en mi blindaje, aunque sentía una piedra en el estómago y un incontrolable galope en mi corazón.

Juan rompió el silencio tarareando la melodía del tema que salía por los parlantes.

—¿Llegó esta música a la Patagonia?

—No hay antenas. Escuchamos el viento.

—Para volverse loco.

—A mí me calma.

—¿Y ahora cómo estás? ¿Más calmada?

No lo miré en toda la conversación. Volví a mi silencio.

—¿Cómo gozaste todas estas mañanas!

Lo miré de lleno. Me descolocó que se refiriera a esos episodios con tanta impunidad.

—¿No habrás pensado que era un sueño como cuando eras chiquita y tu madre te dopaba?

No pude creer su tono grosero. Me invadió el pudor. No quería hablar de eso. No podía ponerlo en palabras. No quería nombrar lo que habíamos hecho.

—¿Hoy me extrañaste?

—Olvidemos lo que pasó.

—Tarde.

—Yo amo a Andrés.

—Tu piel dice otra cosa.

—Basta.

—Negámelo.

—La piel no ama.

—Si tu hermana hubiese aprendido algo...

—Por favor. Basta.

—Naciste bendecida. Saber gozar es una bendición. Somos dos elegidos. Pensá que hay mujeres que no acaban nunca.

Juan dio un volantazo hacia el costado del camino de arena, frenó de golpe en medio de una duna y apagó el motor del camioncito. Sentí el olor a peligro que yo misma emanaba.

—Arrancá.

Juan avanzó hacia mi cuerpo. Yo estaba tiesa, no moví ni un músculo. Él tampoco me tocó, ni me rozó, sólo se acercó para quedar a milímetros.

—Decime que no querés sentir mi lengua en tu boca. Es la misma lengua que sentiste adentro.

Le clavé los ojos, dura; sólo pensé en hielo, quería ser de hielo, tenía que serlo.

—No lo hagas.

—Pero te morís de ganas.

Juan me susurraba casi al borde del roce. Me estaba provocando. Él sabía

perfectamente cómo encender mi fuego.

—¿Por qué te metiste en mi cama?

—Porque se te salía el deseo por los poros la primera vez que nos vimos. Porque cuando entraste a la habitación la noche de la fiesta los dos supimos lo que iba a pasar.

—Eso no es cierto.

—Sabés que sí. El cuerpo no miente.

Juan se apartó unos centímetros y me desnudó con la mirada. Tragué saliva y apreté mis puños, tenía que ser fuerte. Fría y fuerte.

—Mi lengua ya conoce cada uno de tus pliegues. Ya sabe dónde tocar para que te erices.

Intenté hacer el esfuerzo de no tener imágenes, ni un recuerdo. Las palabras de Juan buscaban hacerme revivir el placer de sentir su lengua adentro de mí. Me desconcertaba su precisión. Narraba cada chupada en detalle. Cada movimiento había sido calculado. Él sabía a la perfección cada estímulo, cada reacción, él sabía cómo me había hecho gozar y hasta lo podía describir con minuciosidad.

—La punta de mi lengua en ese punto. Tres golpecitos: el primer toque te pone alerta, te paraliza. El segundo toque te da una descarga, como una inyección de la droga más lisérgica, y al tercer toque ya estás acabando. Me hiciste adicto.

—No sigas.

—Esperaba que pasara cada noche. Vi asomar cada primer rayo de sol. Nunca tuve el oído tan agudo. Era escuchar la puerta, saber que él ya se había ido y correr a tu habitación como un perro sediento.

—Esto está mal. Es horrible.

Juan me acarició el hombro casi sin tocarme, pude sentir la electricidad de su piel acercándose a la mía.

—Mirá cómo te ponés. Mirá lo que pasa. Imanes.

El cuerpo me estaba traicionando. No me podía contener. O era mi pensamiento queriendo traicionar a mi cuerpo. Me estremecí. Cerré los ojos, pensé en Lucía, pensé en Andrés. Sentí los nudillos de Juan ahora rozándome los pezones. Los tenía más duros que nunca.

Es tan extraña la naturaleza, con la rigidez y sus múltiples sentidos. Nos ponemos duros de deseo, duros de excitación, duros de rechazo. Mis pezones duros en sus nudillos duros. Sus ojos me penetraban y podía sentir su verga también dura.

Juan me besó. Su lengua estaba blanda, me rebalsó la boca, me rebalsaron las ganas. Esa lengua que tanto me había hecho disfrutar ahora estaba en mi boca y se enredaba con la mía. Nos besamos con desesperación y desenfreno. Todos los pensamientos desaparecieron. Sólo me concentré en su lengua y la mía, dejé de distinguirlas, eran una sola.

Juan me tomó del pelo y empujó mi cabeza hacia abajo. Endurecí mi nuca y seguí concentrada en su boca. Ahora la rigidez era resistencia.

Él se empecinó en llevar mi boca hacia su bragueta mientras, con la otra mano, se abría el pantalón.

—Mostrame lo que tanto sabés hacer. Tu hermana nunca pudo. ¿Tanto se puede perder la cabeza por una chupada? Chupámela como contabas en tus grabaciones. Chupámela como se la chupaste a los hermanos suicidas.

Las palabras de Juan, entre besos, me cortaron el ritmo con una mezcla de curiosidad y espanto. Lo miré sin entender.

—En el pueblo dicen que se ahorcó por vos ese Roberto, el que quedaba vivo. Te vio en la playa. La noche de la boda.

El impulso y el ardor me abandonaron de golpe. Me congelé.

—¿Qué decís?

—No te vas a poner sensible por un loquito. Seguí, quiero sentir cómo crece adentro de tu boca.

Un profundo asco me nació de las tripas. Andrés había comentado algo de

un suicidio. Mi madre también. Roberto se había ahorcado justo ese verano. Justo cuando mi hermana y yo volvíamos a compartir esa casa.

Juan ahora lo sabía todo. Juan había escuchado las cintas y conocía más detalles de mi pasado que los que yo era capaz de recordar.

—Basta. Esto nunca pasó.

Bajé del vehículo de un salto, di un portazo y caminé hacia la playa. No sabía ni dónde estábamos ni cuánto tiempo había pasado desde que nos habíamos ido de la casa.

Juan bajó detrás de mí e intentó retenerme con sus gritos.

—Estamos lejos. Vení acá. ¡Ofelia! ¡Volvamos!

Ya no podía volver atrás. Acababa de salvarme. Acababa de resistirme a la peor de las tentaciones, la tentación de mi propio deseo.

Atravesé un médano anclando mis ojos en la línea del horizonte dibujada sobre el mar. Me llené de fuerzas, de coraje. Escuchaba los gritos de Juan cada vez más lejanos. Sentí orgullo de mí misma. Estaba pudiendo rescatarme. Por primera vez en la vida estaba ganándole a mi adicción, yo era adicta a mi propia naturaleza, a mi esencia, a mi piel.

La arena hirviendo me quemaba los pies pero más me ardía la sangre. Respiré hondo suplicando enfriarme. Pensé en Lucía, admiraba su capacidad de disociación. Lucía andaba por la vida viéndose desde afuera, como sin encarnar, como si le diese culpa haberse quedado en la tierra, existir.

Respiré hondo inhalando la brisa del mar. No me detuve, mis pies rojos no se podían detener, corrí más rápido.

Una mano me tomó del hombro interceptándome de golpe. Era Juan; me había alcanzado, silencioso. Me derribó en un solo movimiento y, junto a mi cuerpo, se derrumbaron todas mis defensas.

—Calmate. Tenemos que volver juntos.

Lo dijo sin rasgos de erotismo en sus ojos. Él era un controlador, como Lucía.

—No me toques.

—No te voy a hacer nada. Ya entendí. No hace falta que corras.

Me paralicé. Lo miré fijo con la rigidez de una serpiente. La mente se me puso en blanco, fue un instante de ceguera absoluta.

—¿Qué te pasa ahora?

No pude responder. Todas mis partículas estallaron hacia él. Desaparecí por un momento y lo capturé con mi piel, lo reduje entre mis piernas. Un instinto asesino me llenó de una fuerza bestial. Juan cayó al suelo, de espaldas, y yo prendida a él, fatal, rabiosa.

Le arranqué la camisa y lo besé hambrienta, le abrí el cierre del pantalón y me perdí entre sus piernas. Juan lanzó un alarido de placer con algo de dolor. Todo fue brusco y urgente.

Le chupé la verga con bronca. Volví a sentirme en esa selva que tanto describía mi madre cuando usaba la palabra “verga”.

Me hundí en esa verga como una caníbal salvaje y voraz.

El cuerpo desafiante de Juan era de pronto un animal domesticado y hasta temeroso. Se entregó manso a mi ataque. Me le trepé y lo monté con furia. Quise exorcizar esos días enteros de deseo contenido. Nos miramos con odio. Juan me clavó los dedos en la cintura y me penetró con saña.

Cojimos por no matarnos. Yo sabía que acabábamos de cruzar una línea de la que no podríamos volver. Me contuve para no acabar en la primera fricción, ni en la segunda. Retuve cada orgasmo, guardé todas mis balas para explotar en un único alarido primal.

Quedé exhausta, vacía, extinguida. Juan aprovechó mi debilidad para contraatacar. Rodamos por la arena en una lucha feroz, nuestros cuerpos encastrados ardían a la par.

Juan se paralizó de golpe. La rigidez del éxtasis. Sentí sus músculos entumecidos, le noté un rictus muy parecido al de la muerte. Se desarmó en un par de espasmos y lanzó un gemido desgarrador, como si le quemaran las

tripas. No le importó estar adentro de mi cuerpo. Todos sus conductos se fundieron en ese disparo caliente que me colmó. Lo sentí vaciarse dentro de mí y envenenarme.

Caímos desplomados uno al lado del otro. No nos abrazamos ni volvimos a rozarnos. Un silencio demoledor nos estaba condenando.

Recuperé algo de fuerzas para meterme en el mar hasta la cintura. Le pedí al agua salada que se llevase todo vestigio. Que me limpiara, que me perdonara.

Juan me esperó con el Rastrojero en marcha. Partimos al pueblo en busca de mi madre y de unas compras de la farmacia que había encargado Lucía. Marchamos sin decir una palabra.

Agradecí la verborragia de mi madre durante el camino de vuelta a la casa. También agradecí su capelina, que me cubría de los ojos de Juan. Ella iba sentada en el medio de los dos, ajena a todo. Su comportamiento me confirmó que el mar me había barrido todo rastro de sexo. Mamá era una excelsa lectora de cuerpos erotizados.

Juan conducía en silencio, serio, y yo sólo miraba hacia la nada. Respiré profundo con la calma de una fiera que ya sació su hambre, pero con la certeza de que querrá volver a comer la carne que conoció.

—No entiendo qué apuro tienen. Andrés nunca te vio tan feliz. Me lo dijo él. Liviana, fresca, más joven. El campo te embruteció.

—Salimos mañana a primera hora, mamá. Ya está. Suficiente.

—Se hicieron semejante viaje para llegar acá. Hasta Lucía estuvo tranquila. Nunca la vi tan en paz.

De pronto se me encendió una alarma. Me sentí una asesina descubriendo una falla, una huella en la escena del crimen.

—¡Los limones!

—¿Qué limones? —preguntó Juan.

—Andrés nos encargó limones para el pescado. ¡Volvamos! No podemos llegar sin un solo limón.

—Ya estamos llegando.

—No puedo decirle que me olvidé. Fue lo único que me pidió.

Clavé mis ojos en los de Juan. Estábamos juntos en esto. Lo habíamos hecho juntos. La prueba de nuestro delito estaba en esos limones.

—Ya te parecés a tu hermana teniéndole tanto miedo a tu marido —deslizó mamá.

Juan la miró torcido pero mi madre siguió sin callarse.

—¡No se va a enojar por un par de limones! Echame la culpa a mí. Son expertas echándome culpas. Decile que los desvié, que los distraje. Decile que tu olvido es una secuela más de mi compulsión por medicarlas de chiquitas. Eso les encanta a ustedes.

Juan siguió manejando sin plantearse ni un segundo la posibilidad de volver atrás. Estábamos próximos a la casa cuando una curva dejó el horizonte abierto frente a nuestros ojos. Era el atardecer. El sol se estaba poniendo como una bola de fuego, más rojo que nunca.

Me capturó esa puesta de sol, era la última que vería ese verano y no pude dejar de mirarla.

—¿Qué hicieron? ¡Algo pasó!

Las palabras de mi madre me hicieron desviar la vista. A lo lejos se veía un humo negro que emergía desde la casa.

—Andrés debe haber prendido el fuego —dije.

De pronto los roles se habían invertido. Mi madre se puso más apocalíptica que nunca mientras yo me esforzaba por convencerla de un hecho absolutamente cotidiano.

—No me gusta. Tu padre fue el último en encender ese hogar.

—No inventes, mamá.

—¿Podés ir más rápido? No me gusta esto.

Mamá apuró a Juan y se tomó el pecho acusando palpitaciones.

—Esa chimenea siempre fue para problemas.

Juan apretó el acelerador y la arena se agitó a nuestro paso. El fuego del sol, el humo espeso de la chimenea y la nube de arena se mezclaron de pronto en una bruma de miedo y confusión.

Llegamos a la casa y antes de frenar, casi como confirmando una tragedia, apareció Lucía ensangrentada. Tenía manchas de sangre en la ropa y el rostro desencajado. Corrió hacia el portón a los gritos, desbordada como jamás hubiese podido imaginar a mi hermana.

—¡Ayuda! ¡Ayúdenme!

Se me paró el corazón. Salté del camioncito todavía en movimiento y me lancé sobre Lucía. Algo le había pasado a Andrés. Algo de lo que ella seguramente era culpable. Por algo se quiso quedar a solas con mi marido. Ella había armado todo, me había empujado a ese viaje al pueblo. Lucía no logró calmarme ni contradecirme. No podía articular palabras. La rigidez del shock.

—Está lastimado. No reacciona.

Entré corriendo a la casa y vi el cuerpo de Andrés en el suelo. Quieto, entre vidrios. Su torso desnudo con algunos cortes. Sangre en su piel, sangre en el piso. Los gritos de mi madre llenaron el espacio con su espanto.

—¡Les dije! ¡Ese fuego! ¡Esa chimenea! ¡Les dije! Que venga una ambulancia. Un médico.

—Fue un accidente —balbuceó Lucía.

Fui hacia él empujada por la desgracia. No sentí los vidrios que se me clavaron en las rodillas cuando me lancé a abrazarlo.

—¡Otra muerte en esta casa no! ¡Por Dios! —gritaba mamá, agorera.

—Yo no hice nada. Se golpeó. Encendió el hogar. Se llenó todo de humo. Quiso subirse. El tiraje estaba tapado —explicaba Lucía.

Sujeté a Andrés entre mis brazos, su sangre estaba caliente y sus párpados se movieron. Recién ahí pude volver a respirar. Me aferré a su vida.

—Subió al techo. Se resbaló. La escalera rompió el vidrio y atrás cayó él.

Se golpeó la cabeza, la dio de lleno contra el suelo.

Lucía seguía intentando ordenar en su cabeza lo que había pasado, yo no podía ni escucharla. Andrés me miró con sus ojos llenos de amor y tomé su rostro con una culpa desesperada.

—¡Vive! ¡Está vivo! ¡Bendito seas! —gritó mamá pasando de la tragedia al milagro repentino.

Andrés intentó mover una pierna y acusó dolor. Mamá salió de la casa buscando a Juan. Yo no supe dónde estuvo él durante ese tiempo. Tampoco podría definir con certeza cuánto tiempo había pasado desde nuestra llegada a la casa hasta que oímos acercarse a la sirena de la ambulancia.

Juan irrumpió enérgico junto a dos hombres. Seguramente eran el médico y un enfermero.

—Lo dimos por muerto. Horrible. Todo ensangrentado. Ni reaccionaba —les explicó nuestra madre.

Me aparté de Andrés para dejarlos trabajar. Lo revisaron con calma y precisión. Un zumbido agudo no me dejaba terminar de comprender lo que decían. Huesos, ligamentos, vértebras. El cuerpo podía ser tan frágil y tan concreto cuando se lo desmenuzaba.

Nos tranquilizó saber que las heridas eran superficiales.

Mamá aprovechó la visita médica para pedir más calmantes. Estaba voraz imaginando el maletín del doctor repleto de medicamentos para ella.

—Tranquilas. Estoy entero —fueron las palabras de Andrés.

—Va a tener que acercarse al hospital para que le hagan rayos —sugirió el doctor.

—Puedo apoyar. Duele un poco. Mañana nos vamos temprano.

El médico decidió inyectarle un analgésico y dejarnos apósitos para las heridas.

—Que se haga las placas cuanto antes para que se queden tranquilos. Quizás haya que enyesar —dijo, mirándome.

—Soy duro de enyesar. Esto se arregla solo —respondió mi hombre.

Me alivió escucharlo decidido a irnos al día siguiente y me calmó su fortaleza física.

Los doctores salieron hacia la ambulancia, insistían en dejarnos una silla de ruedas. Andrés se resistió a la silla como se oponía a cualquier muestra de debilidad.

Mamá seguía pidiendo remedios, desinfectante, vendas y todo lo que hiciera falta. Lucía se mantuvo apartada, a Juan no lo quise ni mirar.

La sonrisa que Andrés me dedicaba fue como un puñal en el estómago. No pude contenerme y, una vez pasado el susto y los nervios, todas mis defensas se rindieron ante la culpa. El llanto me sobrepasó, no lo pude controlar. Jamás pude controlar nada.

—¿Llorás porque me salvé? —preguntó.

El espanto me salía por los poros, por los ojos. Mi cuerpo empezó a temblar, eran espasmos nerviosos.

—Es horrible esto —dije entre sollozos.

Ese llanto repentino me volvía sospechosa. Juan me fulminó, cómplice, mientras Lucía nos clavaba los ojos a ambos, acusatoria.

—No soy la única que va a necesitar calmantes. Lucía, agarrá del cajón las pastillas de tu hermana —gritó mamá, desde la puerta.

—¿Por qué llorás, Ofelia? —disparó Lucía.

No pude hablar. Lloré más fuerte, desconsolada, delatándome. Me lancé sobre Andrés buscando que su abrazo me rescatara como tantas veces.

—Estoy bien —dijo, sereno—. Lo que importa es el pescado. Ahora lo tiramos a la parrilla. ¿Trajeron el limón?

Esquivé la mirada de Juan. Lucía no me quitaba los ojos de encima.

—No. No trajimos.

—¿Fue mi culpa! —lanzó mamá queriendo apaciguar.

La culpa se sentía tan ajena en la boca de mi madre pero tan filosa dentro de

mi cuerpo.

—No. Fue mi culpa. Perdón. Perdón. Fue todo culpa mía —dije como pude sin salir de mi estado convulsivo.

Andrés intentó alivianar el clima. Nuestras reacciones le parecían una exageración. Yo que no paraba de llorar, mi madre que lo había dado por muerto y resucitado. El silencio de Juan. La mirada incrustada y ofensiva de Lucía.

—¿Perdón por qué, Ofelia? —La pregunta de Lucía removi6 el cuchillo que yo sentía clavado en mis entrañas.

—Por cuatro limones —desliz6 Andr6s poni6ndonos a todos en rid6culo.

Yo no sabía mentir. Era mala para disimular y jam6s en la vida había podido controlar las l6grimas. Cuando el llanto aparecía en mis ojos, me arrasaba.

—¿Qu6 hicieron? —redobl6 mi hermana, esta vez mirando a su marido—. Por algo llor6s. —Volvi6 a apuntar hacia m6.

Mir6 a Andr6s, a mi amor, al hombre que me había mantenido a salvo durante tantos a6os.

—No teníamos que venir. Yo no tenía que volver a este lugar. Yo no quería. Yo sabía que esto iba a pasar.

—Suficiente, Ofelia —dijo Juan abriendo la boca por primera vez en todo ese rato.

—Dejala —amenaz6 mi hermana.

—¡Suficiente! Juan tiene raz6n, suficiente. Vamos a preparar ese pescado y tengamos la cena en paz. Ofelia, ocupate del martini. Traje aceitunas. —Esa era mi madre. La que regaba con martini los momentos m6s 6speros.

Intent6 ahogar el llanto pero la explosi6n fue peor, llor6 con gritos de desgarrro y desesperaci6n.

—No pas6 nada. De verdad. Calmate. Ya est6 —me decía Andr6s, acun6ndome entre sus brazos.

—¡No! ¡No está nada!

¡No está! Lucía fulminó a Juan y, sin titubear, lo lapidó.

—¡Sos un hijo de puta!

Mi hermana se abalanzó sobre su marido y le cruzó la cara con una bofetada precisa. Andrés se quedó absorto. La rigidez de la sorpresa. Supe que el fin acababa de llegar; me tapé la cara, avergonzada y descubierta. Sin escondite, sin escapatorias.

—¡Cómo pudieron! ¡Cómo pudiste! —Lucía gritaba. Ella lo sabía todo. Ella siempre sabía todo.

Mamá deambulaba de un lado para otro tratando de encontrar la manera de calmarnos. Empezó a llamar al médico a los gritos. La ambulancia todavía no había partido.

Fue ahí que Lucía, la responsable de todos mis males, tuvo que decirlo con todas las letras:

—Te cojiste a mi hermana. ¡Yo sabía! ¡Un minuto solos tuvieron y se cojieron! ¡Enfermos! ¡Se cojieron!

Andrés escuchó extrañadísimo, su reacción tardó en llegar. Me miró desconcertado buscando un gesto que negara la acusación de Lucía. Pero ella siguió, siguió y siguió. No se calló nunca.

—Nos cagaron. Estos dos nos cagaron. Como me cagó siempre mi hermana. Y después llora. Lloro y no dice nada. Mentí por lo menos. Si llorás, mentí. Inventá algo.

Lucía tenía razón en todo. Era cierto lo que había pasado entre su marido y yo, y también era cierto que yo era una incapaz, una inútil. No sabía mentir.

Andrés buscó una respuesta en mis ojos pero yo, lejos de contradecir a Lucía, corrí hacia afuera, sofocada, intentando respirar. Me escapé llorando y confirmándolo todo.

Capítulo 16

El triunfo

LUCÍA

Es extraño el goce de la confirmación. Hay un placer ahí, como una venganza dulce.

Juan siempre me decía que yo era una enferma de los celos y que veía historias donde no las había. Las mujeres sabemos, no imaginamos, vemos lo invisible.

Yo no podía aguantar más sin confirmarlo. Yo sabía leer el deseo en el cuerpo de mi hermana. Yo misma los empujé a que fueran juntos a comprar esa mañana. Yo necesitaba que estuvieran solos, necesitaba ponerlos a prueba.

Me sentí victoriosa. Ni engañada ni traicionada. Triunfal. Confirmar la infidelidad me daba un poder absoluto, me devolvía las riendas y me otorgaba el arma del perdón. El dominio sobre el que estuvo en falta. La debilidad del otro, su pérdida de control, nos pone siempre en un lugar superior, elevado.

Miré a Juan, moví la cabeza negando, fui económica en mis movimientos, fría, distante. Él me miró desde su rincón de acusado.

Respiré hondo, aliviada, y fui hacia el piano, esa escena merecía una acción poética. Avancé hacia el piano con la dignidad de la que lo develó todo. Me senté y comencé a tocar. Me refugié en la música, la música solía colocar las cosas en su lugar. Llevaba días sin poder tocar el piano, sin poder cantar. La

angustia me había estrangulado. Mis pensamientos estaban tomados por la duda, la sospecha. Una taquicardia en el pecho me mantenía alerta, todos mis sentidos puestos en ellos. En mi marido y en mi hermana. Por fin había acabado la tortura. Ya podía volver a mi música, podía volver a mí.

La música era mi sostén pero también era la trampa de Juan. Juan no podría abandonarme, no podría sobrevivir sin mi carrera, mi éxito, mi nombre. Mis inseguridades desaparecían cuando yo podía demostrar que tenía razón.

Si Ofelia y Juan se hubiesen podido resistir a la tentación, a sus impulsos, a la naturaleza de sus cuerpos, todo habría parecido una fantasía mía producto de mi mente retorcida, de mis celos, de mis fantasmas y los miedos que siempre me provocó mi hermana.

Mamá seguía a los gritos pidiendo calmantes, muletas, analgésicos.

Ofelia había desaparecido de la vista de todos. Estaría llorando desgarrada por ahí, pero nadie podría escucharla. La música desde mi piano tapaba todo y ralentizaba la acción, los gritos, la furia. Todo se volvió extraño, épico.

Andrés, shockeado y herido, se paró en un pie y avanzó con dolor sujetándose de las paredes.

Mamá despachó al médico plantándole en la mano una abultada propina en pago por la discreción, los remedios y las muletas que nadie usaría.

Andrés atravesó el marco de la puertaventana que daba al mar. Pasó entre medio de los vidrios puntiagudos que no habían llegado a caer. Mi madre intentó frenarlo y hasta ofrecerle las muletas, pero Andrés estaba ciego y feroz.

Esa era la diferencia entre él y yo. Su dolor era el dolor de la vergüenza. La furia del burlado. Esa era la herida de la traición. Como una suerte de trampa en la que uno cae y, una vez preso, se descubre observado por un auditorio que disfruta el escarnio.

Andrés fue el último en verlo todo y eso lo marcaba a fuego. Sentirse traicionado por una pareja tenía eso de infantil, lastimar el orgullo de alguien

puede ser un pecado mortal.

No dejé de tocar el piano pero tampoco lo perdí de vista. Lo miré alejarse hacia el mar, arrastrando una pierna, sus ojos inyectados en sangre, escapando de su propio instinto asesino.

Juan, estratega, escudándose tras una dignidad inverosímil, marchó tras Andrés.

La música del piano se montaba sobre el viento y los alcanzaba, como nos alcanzamos todos. Como Juan también había alcanzado a Andrés.

Los vi a lo lejos. En plena noche, a orillas del mar. No supe qué se dijeron pero hasta podía adivinarlo. Juan era un maestro de la simulación. Lo adiviné desmintiendo, negando, descalificando. Lucía la insegura, la inestable, la temerosa, la posesiva. Seguramente me tildaría de loca. Los varones siempre manotean ese recurso cuando nuestro poder los deja desnudos. Loca. Loca como tu madre, loca como tu hermana. Ya había escuchado esas frases en boca de Juan. Algunas veces hasta lograba convencerme de la posibilidad de la locura. La confirmación de la infidelidad también me dejaba a salvo de eso, yo no estaba loca.

Pude imaginar cada una de sus excusas. Él siempre las tenía muy a mano. Yo a veces elegía creerle, fingía que le creía. Me tranquilizaba no sentirme burlada. Ese era mi talento, saber ver la trama completa.

Andrés, por toda reacción, embocó una piña de lleno en la cara de Juan. Juan la recibió desprevenido. Por primera vez desprevenido.

La sangre en su nariz fue una declaración de guerra. Ahora los dos se sentían burlados, y nada más peligroso que un hombre expuesto al ridículo.

Andrés se le fue encima. Parecía un oso. Rodaron por la arena golpeándose, bestiales. Yo no los detuve. Ofelia tampoco. Nuestra madre se dejó caer en el sillón, ya había perdido la cuenta de la cantidad de pastillas ingeridas. Ninguna de las tres se movió para interrumpir la pelea.

Mi música no paró nunca. Toqué “Tómame o déjame”, de Mocedades. La

lucha parecía una danza. Yo no sentía nada. O sí. Sentía algo rarísimo. Me sentía ajena. Era la pianista que tocaba en vivo sin afectarse por el dramatismo de la escena. Todo parecía puesto. Ahí estábamos las tres, por momentos espectadoras y por momentos tan protagonistas de esa ficción.

Andrés era más fuerte que Juan y lo estaba liquidando. Vi una última trompada, brutal. Juan no se movió más. Vi la espuma blanca y rabiosa del mar que iba y venía enjuagándolo. Andrés se apartó unos pasos pero un nuevo raptó lo hizo volver y rematarlo de una patada. Juan no reaccionó a ese último golpe. Andrés lo abandonó ahí y se fue sin voltear. Caminó herido por la playa ventosa hasta desaparecer en la noche cerrada, casi sin estrellas.

Mi marido, tendido en la arena, parecía otro cuerpo arrastrado por la marea.

Ofelia no se animó a mirar. Extinguió sus lamentos hasta que se hizo de día. La música de mi piano se mezcló con su llanto fantasmal, y la vi correr al rescate de mi amor. Nuestro hombre.

Capítulo 17

Tres

OFELIA

La misma escena tantos años después. Esta vez no era nuestro padre, era Juan. Esta vez la ausente era mamá.

Mi hermana y yo arrastramos el cuerpo de ese hombre que acababa de arruinarnos para siempre. Lucía no pronunció palabra. Yo no la miré.

Juan tenía los párpados reventados, sus rasgos desdibujados. Parecía haber sido atacado por las garras de un animal salvaje.

Lucía tenía la capacidad de actuar con la frialdad de un cirujano en emergencia. A mí me impresionaban la sangre y la degradación del cuerpo.

Logramos recostar a Juan en la cama, lo acomodamos entre almohadones, aquellos mismos almohadones de la infancia.

Lucía trajo el frasco de perfume de ella y se lo acercó a la nariz. Me pidió agua, hielo y las compresas que los doctores habían dejado para Andrés.

Salí de la habitación con alivio. Prefería estar lejos de ella. Lejos de ambos. Corrí a la cocina y abrí la heladera, quería hundir mi rostro en el hielo, quería congelarme para siempre.

Mamá seguía dormida en un sillón de la sala. Ajena a todo. Traté de ser silenciosa para no interrumpir su sueño.

Cuando volví al cuarto vi a Juan ya despierto, aunque débil y moribundo.

Entreabría los ojos con dolor. Lucía estaba recostada a su lado sosteniendo el perfume con que lo había hecho reaccionar.

Juan me miró de reojo, como pudo. Estiré la mano hacia mi hermana para que ella tomara las compresas y los hielos y se ocupara de las curaciones.

—Ayúdame. Sola no puedo.

Lucía me invitaba a sumarme y yo no tenía fuerzas ni para pensar qué era lo que quería hacer. Me recosté del otro lado y así, entre las dos, comenzamos a curar cada una de sus heridas.

Juan tiritaba del dolor mientras limpiábamos con alcohol su piel lastimada y bajábamos la hinchazón con el frío del hielo. Los tres, en la cama, funcionábamos como un triángulo perfecto.

No había rencor en los ojos de Lucía. Casi como si hubiera borrado cualquier mal recuerdo de su mente. Como si nada hubiera pasado. La calma de Lucía me inquietaba.

—¿Por qué no llamamos al médico? —pregunté.

—La gente después comenta —respondió.

Mi hermana se levantó de la cama, alejándose. Me aterró que me dejara allí, con su marido.

—¿Adónde vas?

—No me siento bien. Sujétale el hielo.

Mi pregunta era una súplica, pero su respuesta, una cadena que me amarraba a Juan.

Lucía apuró el paso y se encerró en el baño. Mis manos sostenían, sobre la frente de Juan, un puñado de cubitos de hielo envueltos en una servilleta de tela.

Juan me tomó una de las muñecas y me miró de lleno.

—No te vayas —lo dijo en un susurro—. No te voy a dejar ir.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y la panza de nervios.

—No me hagas esto.

—Nunca la quise. Nunca la amé.

—Basta. No sabés lo que decís.

—Te quiero cerca.

—Mi vida acaba de hacerse pedazos.

—Dame esos pedazos. Algo se me va a ocurrir.

No quería seguir escuchando.

—Quedate conmigo.

—No puedo. Basta.

—Te amo, Ofelia.

—Mentira. Ni me conocés. Estás diciendo cualquier cosa.

—¿No me amás?

—Amo a Andrés y acabo de perderlo para siempre.

—Ya no lo amabas.

—Sí. Yo era feliz. Muy feliz.

—Mentís.

No pude contener el llanto.

—El cuerpo no miente. ¿Qué fue eso que sentimos?

—Eso no es amor.

—No me importa. Quiero sentirlo siempre. Con Lucía no lo sentí jamás, ni lo voy a sentir.

Me lancé de la cama, los hielos se estrellaron contra el suelo.

—Tampoco lo sentías vos con Andrés.

Escapé de Juan, sus palabras eran dagas y mi cuerpo no resistía un arañazo más. Atravesé la puerta del baño. Lucía estaba en el suelo. Acababa de vomitar. Se levantó despreocupada, se humedeció la cara con agua fresca y me miró por el reflejo del espejo.

—Estoy embarazada.

La confesión de Lucía fue la espada más filosa. Se me hundió en el estómago y me cortó el aire.

—¿Juan lo sabe?

—No todavía. Estoy cumpliendo mi sueño. Voy a formar con Juan la familia que siempre deseé. Cuando mamá despierte voy a darles la noticia a todos.

—Mamá tomó sedantes. Va a despertarse tarde.

—¿Y vos? ¿No pensás dormir? Andá a dormir, Ofelia.

Mi hermana me miró con piedad. Lo único que siempre quise fue dormir. Dormir mucho. Dormir y no despertarme más.

Antes de salir del baño agarré las cintas y el grabador que estaban ahí escondidos, entre toallas.

Salí del baño y crucé la habitación sin volver a mirar a Juan, que seguía en la cama.

Sobre la mesita del living todavía estaban los restos de pastillas que había dejado mi madre. Algunos calmantes nuevos, que ella había conseguido del médico, y los remedios de siempre. El contenido del famoso cajón de las pastillas estaba dado vuelta sobre la mesita. Todo indicaba que mi madre había improvisado un cóctel para dormir tan profundo como lo deseaba yo.

Me arrodillé en la alfombra. Apoyé el grabador ahí mismo. Coloqué una de las grabaciones y, mientras escuchaba esa voz tan mía y tan lejana, tragué una, dos, no sé cuántas pastillas. Todas las que pude. Ni supe para qué eran. No leí los frascos.

—Lucía se quemó sola y me echó la culpa a mí. Dice que yo no me acuerdo por mis pastillas, que me hacen olvidar las cosas. Yo sé que no la quemé.

Habían pasado años y mis pesadillas seguían siendo las mismas: Lucía, las pastillas, el olvido y la culpa.

Abracé el grabador con las dos manos y salí a la galería. Atravesé la pérgola. Todavía estaba en el suelo la escalera de la que había caído Andrés. Todavía estaban ahí su sangre y los vidrios.

Andrés se había ido sin llevarse más que lo que tenía encima, pero yo sabía

que no volvería jamás.

Miré la casa, esa casa, mi trampa. El grabador seguía sonando. Era mi memoria haciéndose presente. El pasado me alcanzaba, se me revelaba y me confirmaba que ya no tendría salida.

—Es raro el cuerpo. Como si tuviera vida propia. Se me eriza toda la piel, se me acelera el corazón, se me estiran los dedos de los pies, y me humedezco toda cuando algo me hace arder. Le conté eso a Lucía, le dije que sentía como si la vulva fuera una flor que se abre y se pone tibia. Le expliqué eso y ella se quemó con el fierro de la chimenea.

Me desnudé y avancé hacia la pileta. En esa pileta había empezado todo. Ella había sido la testigo de tantos encuentros, tantas fantasías.

—Ella quería sentir. Lucía no siente. Ni siquiera cuando se quemó sintió. Yo siento demasiado. Me odia por eso y yo a veces también. A veces quisiera sentir menos, mucho menos, pero no puedo...

Me lancé de espaldas al agua. Mi voz en las cintas se detuvo. El grabador se hundió antes que yo. Apreté fuerte los párpados. Quería hundirme junto a mi memoria. Floté unos instantes. Mi cuerpo sentía el agua. Cada célula mía se sentía abrazada por el agua de la pileta. Ese era mi problema, mi castigo, sentir tanto.

Una zambullida me desconcertó. De pronto sentí que el agua formaba una ola. Sentí unas manos de hombre tomándome de la cintura y sacándome a la superficie. No pude abrir más los ojos. El cuerpo me pesaba. Sentí en cámara lenta. Las pastillas estaban haciendo su efecto. Esas manos, esos brazos, me alzaron justo cuando empezaba a hundirme. Él me besó, ahí, todavía en el agua. No era Andrés, era Juan. Otra vez desafiando el sueño, otra vez confundiéndose en mi vigilia. Otra vez confundiéndome.

Sentí sus labios tibios y lastimados sobre mi boca fría y respiré. Con mucho esfuerzo pude entreabrir los párpados, lo vi difuso. Los vi a él y a ella. Lucía estaba en el borde de la pileta, mirando.

Juan me llevó en brazos hacia donde estaba mi hermana esperándonos.

—Llémosla a nuestra cama. Vamos a dormir —dijo Lucía.

No pude decir nada. No pude resistirme. Mi cuerpo se entregó a los brazos de ese hombre.

Lucía se acopló, ayudándolo a salir del agua. Él también estaba débil y ella era la más fuerte de los tres.

Sentí la mano de Lucía sobre mi espalda. Una sonrisa se le dibujó en el rostro. El vidrio de la ventana que daba a su dormitorio nos reflejaba a los tres. Juan me miraba a mí, deformado por los golpes, pero enamorado. Ella también.

Volví a verme en los ojos de mi hermana. Volví a ser esa niña. La vi niña a ella, me vi chiquita a mí y, por primera vez, sentí que todo estaría bien así.

Los miré a los dos y me dormí. Por fin pude dormir.

Agradecimientos

A Diego Kaplan, Alex Kahanoff, Fernando Sokolowicz y todo el equipo técnico de *Desearás al hombre de tu hermana*, por la valentía de llevar esta historia al cine.

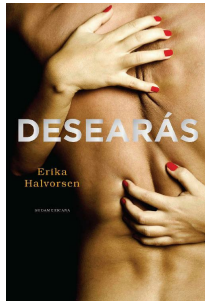
A Carolina Ardohain, Mónica Antonópulos, Juan Sorini, Guilherme Winter y Andrea Frigerio, por darles vida y cuerpo a mis personajes.

A Glenda Vieites y Ana Laura Caruso, por la confianza.

A todos mis hermanos, por el aprendizaje.

A mi madre, mis abuelas y las mujeres que me precedieron, por el conocimiento heredado.

A mis amigos, por rescatarme y sostenerme, siempre.



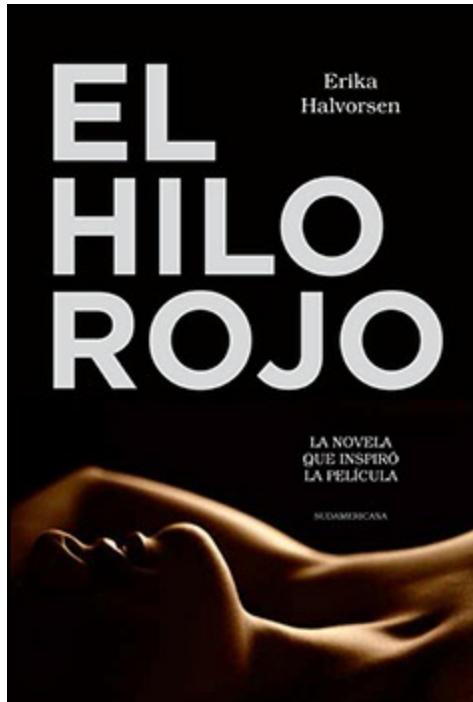
Lucía y Ofelia jamás hubieran sido amigas, pero les tocó ser hermanas. Entre ellas siempre existió una rivalidad que se fue agravando con el tiempo. Luego de siete años sin hablarse, Lucía se casa con Juan en una ceremonia íntima, y su madre invita a Ofelia acompañada de su pareja. Así las hermanas vuelven a encontrarse sin saber que protagonizarán un triángulo que las hundirá en lo más profundo de sus propios deseos, dando rienda suelta a su perturbadora fantasía.

Erika Halvorsen, autora de **El hilo rojo**, ha escrito un magnífico thriller erótico. Una historia de sexo, transgresión, infidelidad y obsesión. Una novela sobre el lado más oscuro de la familia y del matrimonio.



ERIKA HALVORSEN

Nació el 20 de octubre de 1980 en Río Gallegos, Santa Cruz. Bisnieta de pioneros de esa provincia, llega a Buenos Aires en 1998 para dedicarse al teatro. Egresada de la Licenciatura en Dirección Escénica del IUNA, es dramaturga, guionista y directora de teatro. Ha estrenado *Hija de Dios*, *Happyhour*, *Me doy el gusto*, *Next*, *Mátame de nuevo*, *La persuasión*, *Bisnietas*, *Yo me lo guiso, yo me lo como*, *Vic y Vic* y *Ser ellas*. Su obra *Noruegas* recibió la mención especial del Premio Nacional de Dramaturgia del Instituto Nacional del Teatro (INT). En 2008 se inició como guionista con la ficción multiplataforma *Amanda O*, que le valió la nominación a mejor autora en el Seoul Drama Awards 2009. Desde entonces escribe libretos para televisión, como la exitosa serie *Amar después de amar (ADDA)* (Telefé, 2017). *El hilo rojo* (2016), su primera novela, se convirtió rápidamente en un best seller y fue adaptada para cine. Su segunda novela será llevada a la gran pantalla bajo el título *Desearás al hombre de tu hermana*, con guión de su autoría.



[Otro título de la autora en megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Halvorsen, Erika

Desearás / Erika Halvorsen. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2017.

(Narrativas)

Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.

ISBN 978-950-07-5935-9

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Foto de cubierta: © Getty Images

Edición en formato digital: agosto de 2017

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-5935-9

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Desearás

Dedicatoria

Epígrafe

Capítulo 1. Latido (Ofelia)

Capítulo 2. La novia (Lucía)

Capítulo 3. La Soñada (Ofelia)

Capítulo 4. La esposa (Lucía)

Capítulo 5. La hermana (Ofelia)

Capítulo 6. Los intrusos (Lucía)

Capítulo 7. La playa (Ofelia)

Capítulo 8. Grabado en la piel (Lucía)

Capítulo 9. La niebla (Ofelia)

Capítulo 10. Vapor (Lucía)

Capítulo 11. Esa voz (Ofelia)

Capítulo 12. La carne (Lucía)

Capítulo 13. Humo (Ofelia)

Capítulo 14. El goce (Lucía)

Capítulo 15. Sin salida (Ofelia)

Capítulo 16. El triunfo (Lucía)

Capítulo 17. Tres (Ofelia)

Agradecimientos

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Otro título de la autora](#)

[Créditos](#)